

**DESAPARECIDOS QUE RESISTEN, LA PRESENCIA DE LOS
AUSENTES. EXPERIENCIA DE LA VIOLENCIA ESTATAL ENTRE
FAMILIARES DE VÍCTIMAS DE CRÍMENES DE ESTADO EN
COLOMBIA**

Tesis de grado presentada por
NATHALIA VANESSA MONTENEGRO PÉREZ

Tutores

Claudia Patricia Platarrueda

Carlos Iván Molina Bulla

José Zapata García

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
PROGRAMA DE ANTROPOLOGIA
AREA DE SALUD, CONOCIMIENTO MEDICO Y SOCIEDAD
LINEA DE SALUD MENTAL, CONFLICTO Y VIOLENCIA

Bogotá, noviembre de 2017

Agradecimientos

Quisiera agradecer a todas las personas que me apoyaron, me guiaron y me dieron sus consejos y críticas y que además me permitieron conocer lo más íntimo de sus historias para poder escucharlas y escribir sobre ellas, especialmente a doña Aurora, a doña María, a doña Ana, a Blanquita, a doña Constanza, a doña Julia, a el Movice y al Costurero por dejarme entrar en sus espacios y conocer sus vivencias.

También quiero agradecer a mis amigas y amigos de la Universidad quienes me ayudaron con consejos y críticas muy necesarias, especialmente a Lina Trejos, Sara Céspedes, Jenny Moreno y Esteban Estupiñán, quienes estuvieron siempre pendientes de mi proceso.

A mi tutor Carlos Molina y especialmente, a mi tutora Claudia Platarrueda, por guiarme con paciencia y sabiduría desde el momento que empecé a plantear este trabajo. A los tres por estar siempre pendientes de mis avances.

Y finalmente, pero no menos importante, a mi amada familia, a mis papás, Manuel y Claudia, a mis hermanas Angélica y Alejandra, por apoyarme siempre en todo momento, y a mi adorada abuela, a quien llevo siempre en mi corazón.

Contenido

Introducción.....	4
Capítulo 1. Viviendo el Costurero de la Memoria y el Movimiento Capítulo Bogotá: trayectorias de cambio y tensiones de los colectivos.....	17
El Costurero de la Memoria. Kilómetros de vida y Memoria	17
El día a día del Costurero. Devenir y tensiones del Colectivo	22
Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado (Movice). Devenir y tensiones del Movimiento	46
Capítulo 2. ¿Cómo se construye un cuerpo falso? De la indumentaria militar a la construcción de un alias.....	61
Luis	61
Jhon Jairo	64
Ricardo	65
Camilo y Hernando.....	69
Capítulo 3. Presencias ausentes: cotidianidad, materialidad y devenir	74
Narrativa externa y narrativa profunda	78
La materialidad de la presencia en el álbum de familia	86
Cuando el cuerpo del otro se siente en el de uno: piel y útero	91
Los hijos que aparecen y son vistos: sueños y presencias.....	98
4. Conclusiones. La experiencia sensible y política de ser víctima de crímenes Estado.....	106
5. Referencias bibliográficas.....	119

Introducción

“Mientras yo hable, mi hijo estará vivo, estará en la memoria de todo el mundo. Yo parí a mi hijo, pero mi hijo me parió para una lucha, para toda la lucha de un país” (Luz Marina Bernal, 2016).

¿Cómo nos afecta, a usted y a mí, el conflicto armado y la violencia sistemática en Colombia? Esta es una pregunta ambigua, difícil de responder. Conozco a muchas personas de mi entorno que dicen ser “afortunados” porque la violencia *no los tocó jamás*, la violencia jamás los hizo víctimas ni dolientes. Por lo contrario, yo siempre he pensado que todos somos víctimas en mayor o menor medida, pero no solamente de grupos al margen de la ley; el Estado también ha aportado una cuota de violencia en el conflicto armado colombiano.

El Estado que, en su deber de protegernos, nos hace víctimas, ha producido violencia más o menos sistemática a lo largo de su historia y con ello ha generado en algunos sectores de la sociedad diversas inconformidades y resistencias que ponen de manifiesto la necesidad de hacer memoria y de preguntar por la verdad, en este caso, de los desaparecidos. Por esta razón grupos como el Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado (Movice) y el Costurero de la Memoria emergen como resultados de denuncia colectiva que usan herramientas visuales como los tejidos (en el Costurero) o las Galerías de Memoria (en el Movice), con las que posicionan colectivamente a las personas frente a los crímenes de Estado.

El 9 de septiembre 1978 Omaira Montoya Henao se encontraba en el Aeropuerto de la ciudad de Barranquilla junto a su compañero Mauricio Trujillo Uribe, ellos fueron capturados sin orden legal por el Servicio Secreto de Policía conocido como el F2. Fueron separados y llevados a otra ciudad a cumplir un interrogatorio. Desde ese entonces Omaira no aparece. El caso de Omaira fue el primer caso registrado como desaparición forzada en Colombia, a pesar que hubo denuncias registradas desde la segunda mitad de los años sesenta (Observatorio de Derechos Humanos y Derecho Humanitario, 2012; CNMH, 2016). Sin embargo, la desaparición forzada no fue tipificada legalmente como delito hasta el 2000

cuando, por medio de la Ley 589 de 2000, se tipificó el delito, se determinó el registro de casos y se ofrecieron algunas recomendaciones para contenerlo (CNMH, 2016). Por supuesto, Omaira no fue la primera víctima de desaparición forzada en el país. Desde la llamada época de La Violencia se registraban casos de desaparición y de posterior asesinato. Pero fue Omaira quien se convertiría en la primera referente, desde el ámbito legal, de un hecho atroz que ha perseguido a un sinnúmero de familias.

Según el Centro Nacional de Memoria Histórica, el número de desapariciones forzadas registradas ante la Fiscalía en Colombia podrían llenar el Estadio Metropolitano de Barranquilla. Las cifras oficiales hablan de aproximadamente 45 mil personas (CNMH, 2015, s. p). Un reciente informe nos habla de más de 60 mil personas desaparecidas (CNMH, 2016, [s. p.]). Las cifras, como lo podemos ver, siguen aumentando año tras año y eso solamente en relación con los casos registrados; aún no hay conocimiento sobre casos de desaparición que no están denunciados, que no tienen ningún proceso judicial o que están sucediendo en estos momentos. Más allá de los datos, la angustia y el dolor que enfrentan las familiares y allegados de los desaparecidos deben ser inimaginables. Cabe recordar que, a pesar de que una persona desaparecida sea encontrada, la desaparición forzada tipifica como primer delito; es decir, este acto no se anula como delito con la posterior aparición de la persona desaparecida.

El concepto de la desaparición forzada surge en América Latina en los años sesenta con la denuncia pública de los actos represivos por parte de Estado y de los agentes estatales y de su relación intrínseca con las doctrinas de Seguridad Nacional. Uno de los objetivos de la doctrina que justificaba tales actos era acabar con el “enemigo interno”, es decir, con la amenaza comunista (Ahumada, 2007, p. 21). La práctica de la desaparición se llevó a cabo sin ningún tipo de control o contención, pues los Estados permitían y generaban leyes que, en el afán por acabar con el comunismo y con cualquier tipo de manifestación del mismo, justificaban –por no decir, legitimaban– actos represivos como la detención arbitraria, la tortura e, incluso, la posterior desaparición forzada, razón por la cual tales actos no estaban siendo penalizados.

En Colombia el poder otorgado a las fuerzas militares hizo que la desaparición forzada fuera, cada vez más, un ejercicio corriente, sumándose a ello que no solamente el Estado recurrió a la práctica de la desaparición; diversos grupos armados al margen de la ley también son responsables incurrir en este acto usándolo como herramienta de guerra. En 1978 fue elegido como presidente de la República Julio César Turbay, quien fortaleció durante su campaña y mandato a las fuerzas militares como una institución para mantener el orden frente al miedo de las amenazas guerrilleras (*El Tiempo*, 2010). Con el Decreto 1923 de 1973 se estableció el Estatuto de Seguridad “al amparo de un Estado de sitio” (*El Tiempo*, 2010). Como había mencionado anteriormente, ha sido bien documentado que el Estatuto generó una serie de excesos a contra la población civil, en particular contra la población en contra del gobierno de Turbay.

El resultado de ese estatuto de seguridad fue una población civil atemorizada, amordazada, asesinada y desaparecida. Para 1981 un informe realizado para el primer Foro por los Derechos humanos y la Amnistía General para los Presos Políticos se calculó que “[...] en 1981 habían sido detenidas 2203 personas, torturadas 452 y asesinadas 268, se mencionaban 97 desaparecidos y 17 asilados políticos. También, en el informe se afirmó que “entre 1970 y el primer semestre de 1981 se cometieron en el país 1.053 asesinatos, comprendiendo, obreros, campesinos, estudiantes, profesionales, indígenas, militantes políticos, religiosos, comerciantes y pobladores en general” (Moreno, 2011, p. 34).

En 1988 el Estado colombiano y la Asociación de Familiares Desaparecidos - Detenidos (Asfaddes) invitaron al Grupo de Trabajo de Desapariciones Forzadas e Involuntarias de la ONU, con quienes se verificó que el estado de desaparición forzada era muy grave. Sin embargo, la desaparición forzada dejó de ser una amenaza exclusivamente estatal y se convirtió también en una forma de operación de los grupos al margen de la ley (Villegas, 2008, [s. p.]). En la época de los 80’s la desaparición fue selectiva y estuvo caracterizada por ser el último paso de largos operativos de seguimiento a personas seleccionadas. Como el caso de Omaira hay muchos más.

Una década después el Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional (1998) hablaba de la desaparición forzada como un delito en el cual tenían parte las organizaciones políticas. La corte comprende la desaparición forzada como:

“[...] la aprehensión, detención o secuestro de personas por un Estado o una organización política, o con su autorización, apoyo o aquiescencia, seguido de la negativa de informar sobre la privación de la libertad o de dar información sobre la suerte o el paradero de esas personas, con la intención de dejarlas fuera del amparo de la ley por un periodo prolongado” (Estatuto de Roma, 1998 [s. p.], citado por CNMH, 2016, p. 39).

En Colombia este delito es regulado por la Ley 589 de 2000, “por medio de la cual se tipifica el genocidio, la desaparición forzada, el desplazamiento forzado y la tortura; y se dictan otras disposiciones” (Colombia, 2000).

Igualmente, las ejecuciones extrajudiciales han hecho parte del conflicto armado. Las ejecuciones extrajudiciales son asesinatos cometidos cuando “un agente perteneciente a los cuerpos de seguridad del Estado, de manera individual y en ejercicio de su cargo, priva arbitrariamente de la vida de una o más personas” (Henderson, 2006, p. 287). Las ejecuciones extrajudiciales conocidas como “falsos positivos” se “destaparon” a nivel nacional en el 2008 en la presidencia de Álvaro Uribe Vélez y siendo Juan Manuel Santos Ministro de Justicia.

Se calcula que llegaron a ser más de 3.500 los casos de jóvenes dados de baja como guerrilleros y al parecer más de dos mil militares de todos los rangos los implicados en esos hechos (*Revista Semana*, 2006). Uno de los implicados, el capitán Antonio Rozo Valbuena, mencionó que los falsos positivos no son labor de los soldados rasos únicamente, “Somos los oficiales los que hacemos eso, porque uno tiene un entrenamiento y la capacidad intelectual y ha recibido cursos que dio la misma Fiscalía” (Declaración del Capitán Antonio Rozo Valbuena.” citado por Montero, 2012, [s. p.]).

Como se había mencionado anteriormente, los falsos positivos eran recompensados, aunque no siempre con dinero sino también con permisos o viajes. Algunas veces solo se realizaban

las ejecuciones para lograr una felicitación. “"Eso era un negocio para ellos (suboficiales y soldados), y yo, como comandante, me usufrutuaba [*sic*] no económicamente, sino con felicitaciones" (Declaración del Coronel Luis Fernando Borja citado por Montero, 2012, [s. p.]).

En los años noventa la discusión sobre el esclarecimiento por la verdad en América Latina tomaba cada vez más fuerza. Con el fin de poder conocer quiénes fueron los afectados en el marco de las dictaduras del Cono sur, así como poder tener conocimiento de los actos criminales que ejercieron durante estas épocas los gobiernos de cada país, surgió un ejemplo para Colombia que a pesar de no haber vivido en lo que se definió como una época dictatorial, tuvo épocas continuas de violaciones a los derechos humanos.

La época de gobierno del presidente Julio César Turbay Ayala trajo consigo la implementación de lo que se conoció como “la guerra sucia”, una forma de accionar contra líderes y demás personas que hacían parte de la izquierda del país (Nocua, 2015, [s. p.]). Esta “guerra sucia” se prolongó en Colombia generando preocupación en diversas organizaciones de derechos humanos que a su vez fueron perseguidas. En esas circunstancias históricas inició su ejercicio el proyecto “Colombia Nunca Más”. El proyecto surgió en la etapa final de la campaña “Colombia Derechos Humanos Ya”, cuando se logró llevar diversos equipos de derechos humanos a lo largo del país logrando la documentación “de más de 41.000 víctimas de torturas, desaparición forzada y/o ejecución extrajudicial en todo el país” (Colombia Nunca Más, 2013, [s. p.]).

Estos proyectos siguieron su trabajo en medio de un contexto de continuidad de crímenes de lesa humanidad. Como problemas metodológicos ese proyecto consideraba que la recolección de información tenía tiempos de recolección y entrega indefinidos, además de problemas de seguridad para quienes contaban y quienes recogían la información. Por su parte, el Proyecto Colombia Nunca Más decidió ir más allá de la investigación y se organizó políticamente con las víctimas. Con la llegada de Álvaro Uribe Vélez a la presidencia (2002), con la implementación de la Ley de Justicia y Paz y con el primer Encuentro Nacional de Víctimas de Lesa Humanidad y Violaciones a Derechos Humanos, el Proyecto Colombia

Nunca Más se transformó en el Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado (Movice), propuesta que se formalizaría en el 2005.

El Movice ha venido trabajando por 19 capítulos –es decir, una distribución por regiones en todo el país–, generando informes y eventos en donde tales regiones se pronuncian frente la impunidad de los casos, amenazas, entre otras (Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado, 2015, [s. p.]). El Movimiento reúne más organizaciones de derechos humanos que trabajan con diferentes acciones de toma de espacios públicos en donde se rememora a las víctimas de estos crímenes, principalmente con las “Galerías de la Memoria”. Estas Galerías son la herramienta principal con la que se trabaja en el Movice. Se realizan al final de cada mes en las calles de la ciudad de Bogotá. Según esta propuesta de acción, las Galerías son denuncias visuales de crímenes de Estado que aún no se han resuelto y que hacen presencia; son la memoria y la búsqueda de la verdad que se hacen manifiestas una vez al mes en los espacios públicos de la ciudad. Estas Galerías son la memoria colectiva que se hace manifiesta, que se hace pública y que hace que las personas que están fotografiadas en las pancartas se hagan más cercanas a la realidad cotidiana de un país que olvida.

Dentro de estos espacios de conflicto, violaciones constantes a los derechos humanos y una necesidad amplia de reconstruir y conocer la verdad, surge también *El Costurero de la Memoria: Kilómetros de Vida y Memoria*. Apoyado por varias organizaciones de derechos humanos, el Costurero surgió en el 2007 a partir del episodio en el cual una mujer que había perdido a sus tres hijas a manos de los paramilitares tomó toda la ropa de ellas y cosió una cobija que llevaba a todas partes. Decía que no tenía los cuerpos, pero que ellas estaban siempre juntas gracias a esa cobija. La idea de la cobija unió el duelo, la memoria y la resistencia y, en últimas, terminó por constituirse en la idea principal que animó la creación de un grupo como el Costurero.

En el 2013 el Costurero empezó a funcionar con una beca otorgada por el Centro Nacional de Memoria Histórica. En la práctica, los líderes de la organización que garantizaron la persistencia de esa iniciativa fueron Claudia Girón, directora de la Fundación Manuel Cepeda, y Francisco Bustamante, un artista plástico defensor de derechos humanos. Con esta

idea de la tela tejida para unir la memoria de sus hijas, Francisco y Claudia decidieron empezar a organizar la idea de un costurero, en donde se pudieran tejer esos dolores del conflicto. Claudia y Francisco, amigos de larga data, trabajaron siempre por la defensa de los derechos humanos desde una perspectiva artística. Por ésa razón decidieron crear un costurero en el que las personas pudieran contar su historia a través de los tejidos. En este espacio se proponían y se hacían ejercicios de memoria a partir de las telas que eran tejidas por sus integrantes. El Costurero, fue construido para generar espacios de apropiación de las víctimas. No podría decirse que, en un principio, el espacio fuera solamente pensado en víctimas de crímenes de Estado, pero por alguna razón ellas fueron llegando para quedarse en el Costurero.

Tuve la fortuna de poder hacer esta investigación con base trabajo de campo que realicé en el Costurero de la Memoria y en el Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado, en Bogotá, entre los meses de agosto de 2016 y 2017. De este modo, estuve presente participando en estos espacios aproximadamente ocho meses, de manera intermitente. Para poder acercarme al Costurero de la Memoria y al Movice propuse en mi proyecto de tesis la etnografía como metodología y técnica para poder acceder, conocer y entender estos espacios. Por ello, a medida que iba adentrándome en el funcionamiento del Costurero, mis tutores me propusieron que la metodología fuera seguir al Costurero en sus procedimientos y en sus prácticas; es decir, comprender la metodología misma del trabajo en el Costurero y usar ese conocimiento como proceso mismo de investigación. Posteriormente, cuando se me presentó la oportunidad de trabajar con el Movice pensé también en las Galerías de Memoria como metodología para trabajar un tema en particular al cual no le había prestado tanta atención como lo era la memoria, además de los problemas que tenían por ser víctimas de Estado y el que de repente capturó más mi atención, los dilemas de la desaparición.

Para poder entender estos espacios en primera instancia como lugares metodológicos en los que se trabaja acerca de los problemas de la memoria, de la justicia y de la verdad, lo esencial era ser parte de ellos, no solo como estudiante, sino como acompañante activa y permanente

en estos espacios. Lograr que el proceso de vivir el Costurero y el Movice se convirtiera entonces en mi metodología propició que, en efecto, mis inquietudes e intuiciones iniciales se vieran constantemente transformadas por lo que en estos espacios viví. Convivir con las mujeres me permitió establecer el camino de la etnografía, además de usar a las narrativas como entrada principal y adentrarme y para comprender lo que más adelante será trabajado en este texto como otras formas de hacer explícita las relaciones con la vida, con la muerte, con los cuerpos y con el dolor y el sufrimiento producidos por las ejecuciones extrajudiciales y por las desapariciones forzadas en el marco de la violencia reciente en Colombia.

Preguntarse por el Costurero y por el Movice y aprender de ellos en su devenir, me permitió comprender cómo las personas apropian estos espacios como lugares de expresión de la experiencia de la violencia, en términos de lo narrativo tanto como de lo corporal. Esto me permitió conocer que las expresiones narrativas y corporales del sufrimiento, dadas a partir de la experiencia de la violencia y de la muerte, podrían manifestarse de maneras no tan evidentes sino de modos muy sutiles tanto en ambos espacios como en las historias de las personas que asisten a ellos. Esa preocupación por las relaciones existentes entre la experiencia de la violencia y la desaparición, la agencia política de estas personas y la experiencia corporal del sufrimiento como víctimas guio mi trabajo de campo.

Rodrigo Díaz Cruz (1997) menciona como las narrativas permiten acotar las distancias, es una manera más fácil para poder entender lo que siente el otro. Las personas comparten sus historias de quién y cómo son, interpretan su pasado en términos de esa historia. Las historias son un portal en el cual la persona y su experiencia tienen un significado personal, narran un fenómeno con detalles particulares. En términos de Díaz Cruz las narrativas hacen parte del “fluir mismo de la vida”; las narrativas se convierten, entonces, en la puerta de apertura para el conocimiento de un “drama social” contado en primera persona. Cuando las personas cuentan su historia de vida, la cuentan en términos de los dramas a los que ha sobrevivido, a los que se ha sobrepuesto o los que aún están irresueltos. Cuando narran, las personas generan reflexiones sobre sí mismas y de las relaciones sociales en las que se encuentran imbuidas (Díaz, 1997 p. 10).

La experiencia vivida de las sobrevivientes es cambiante y, se puede decir, tiene un antes y después de la desaparición de sus familiares, que hace que las formas de expresión en la cotidianidad se transformen o transiten. Es por esto que hacernos preguntas sobre la experiencia de los familiares sobrevivientes de desapariciones forzadas y de las ejecuciones extrajudiciales nos puede abrir una puerta al entendimiento más de las experiencias de violencia, de sus formas de expresión y de sus consecuencias en la vida colectiva hacia una transformación que aprenda de esas experiencias mismas, de los procesos políticos que se gestan con potencia transformadora desde allí.

No puedo negar que algunas veces la frustración y la tristeza me ganaban. Fue difícil tener que escuchar por más de un año que la justicia era lenta como una tortuga y que nadie parecía dar respuesta. Para mí, involucrarme con la gente y sus historias, tejer en el Costurero con las mujeres, participar en las actividades de las galerías del Movice o, simplemente, sentarme a escuchar a las mujeres hablar sobre sus hijos asesinados o desaparecidos, de los problemas cotidianos, del problema de ser víctima y del problema de la memoria fue, sin lugar a dudas, formativo, enriquecedor pero profundamente doloroso también para mí; no solo como parte del ejercicio académico de hacer una tesis, sino como proceso de empezar a pensar-me del lado de ellas.

Sería una falta de respeto mío a su lucha y a su dolor decir que puedo entender lo que viven con la profundidad que ello requiere. Este escrito no pretende eso, sino, por el momento, expresar un reconocimiento a la lucha de ellas como mujeres, de sus búsquedas, de sus dilemas y de sus frustraciones como víctimas y como amigas valerosas y luchadoras que se quedarán siempre en mis pensamientos. Con ellas espero seguir compartiendo momentos de alegría, así como tratar de comprender y aprender a acompañar de una mejor manera su aflicción que no cesa. Debo también un reconocimiento a sus hijas e hijos que no están con nosotros físicamente, pero que nos dejaron legados que no se olvidarán.

La experiencia compartida con las personas del Costurero y del Movice me ha permitido comprender que la desaparición no acaba con la entrega de una parte o todo el cuerpo de la persona que ha sido desaparecida y asesinada y que la muerte y la vida son procesos de nunca acabar, que viven en un ir y venir constante que acompaña a sus sobrevivientes. Una preocupación por las relaciones existentes entre el cuerpo, la desaparición, la experiencia de la violencia, la agencia política de estas personas como víctimas guio mi trabajo de campo. Sin saberlo, su cuerpo sufriente de ellas me llevaría a encontrar con el cuerpo ausente/presente de sus familiares lo que podría denominar un cuerpo en devenir.

Desarrollaré en esta tesis una serie de relaciones que se me fueron haciendo presentes poco a poco durante el trabajo de campo. La desaparición forzada y las ejecuciones extrajudiciales sin duda alguna son un momento de fractura muy fuerte en la vida de las personas de estos dos grupos y sus relatos no lo hacen visible. ¿Qué implica la desaparición y la ejecución en términos de la experiencia de los sobrevivientes? ¿Qué pasa con la ausencia/presencia de los cuerpos cuando no se ha podido enterrar a un hijo a cuya muerte violenta se ha sobrevivido? ¿Existen otras formas de recordarlos/recobrarlos más allá de lo que la memoria puede decir a través de la verbalización? ¿Qué papel político toman los familiares sobrevivientes cuando elaboran la memoria principalmente a través de un acto corporal como lo es el tejido? ¿Cómo los telares nos permiten otras formas de expresión y de elaboración del sufrimiento más allá del habla?

Todas estas preguntas esperan estar contenidas en una gran pregunta de investigación que sirva de guía para el trabajo, a saber: ¿Cómo emergen las formas de expresión corporales y narrativas del sufrimiento a partir de la experiencia de la violencia y de la muerte, y de qué modo éstas se relacionan con la apropiación social y política particular que surge de los familiares de las sobrevivientes de desaparición forzada y de ejecuciones extrajudiciales en Colombia congregadas en el Costurero de la Memoria y el Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado?

Durante el primer capítulo de esta tesis presento mis consideraciones acerca de cómo las primeras intuiciones e inquietudes empezaron a ser encontradas, narradas y tejidas, primero en el espacio del Costurero de la Memoria, lugar en el que pude entender las complejidades que implica el trabajo de campo y el modo cómo se convive en un espacio como este. Esta vivencia del trabajo de campo también se hizo explícita en el Movice, en donde, a pesar de la diferencia de las actividades y metodologías allí desarrolladas, estuvo siempre subyacente la materialidad de la presencia de la memoria de sus familiares desaparecidos. En la descripción de estos espacios también encontrarán diversas actividades en las que me vi inmersa, las que me permitieron acercarme a las personas y encontrar a sus familiares presentes en todo momento. Además, ese capítulo genera una reflexión sobre las dificultades que enfrentan ambos grupos, haciendo explícita una tensión entre la memoria colectiva y la memoria singular, como propongo en el análisis.

En el segundo capítulo desarrolló las nociones de construcción de un cuerpo falso con algunas historias de las desapariciones forzadas y de los falsos positivos. Este capítulo hablará de cuatro casos que fueron similares en sus ejecuciones. Todos los casos están marcados por una estigmatización de las víctimas antes y después de sus asesinatos. Estas estigmatizaciones produjeron, en los casos que se presentan, rupturas de los vínculos y de las relaciones familiares que las personas más allegadas a las víctimas llevaban antes de los fallecimientos de sus hijos. La ruptura de sus familias por pensar que tenían un familiar guerrillero y la estigmatización vivida por personas desconocidas que las juzgan por haber, supuestamente, dejado que sus hijos se volvieran integrantes de las guerrillas. A partir de este capítulo se desarrollarán las primeras expresiones de la presencia de los desaparecidos en la cotidianidad de las familias.

La construcción del cuerpo falso, en donde discuto el modo en que la racionalidad de la desaparición y de los asesinatos de los muchachos está ligada a la construcción de un “alias” que se impone durante el “proceso de investigación”, lo que se hace para justificar sus desapariciones y posteriores asesinatos y lo que termina agregando sufrimiento a la experiencia de las familiares de los desaparecidos. Igualmente, este “cuerpo falso” está ligado a una serie de indumentaria de estilo “disfraz”, en donde en el caso de los “falsos positivos”,

se usan una serie de elementos tales como gorras, armas y camuflados, que terminan de armar toda la idea de un “alias” que termina por esta ser materializada y por estar sustentada en el cuerpo vestido como el cuerpo de un guerrillero.

En el tercer capítulo desarrollo, a partir de esas primeras impresiones, la descripción y análisis de las múltiples maneras en las que, en estos espacios y para estas personas, se materializa la presencia de los “desaparecidos”. Desde aspectos materiales como los álbumes de fotos que los asistentes de los grupos llevaban en sus bolsos como recuerdos constantes y sonantes de sus familiares, hasta sueños y apariciones que algunas madres experimentan con respecto a la búsqueda de sus hijos, entre otros elementos, serán traídos a colación. Para desarrollar esta idea, argumento que hay dos tipos de narrativas: la externa y la profunda.

La narrativa externa fue la primera narrativa con la que me encontré; esta narrativa expresa la experiencia de las personas en su cotidianidad: las eventualidades del día a día, los malestares y las enfermedades que algunas padecen, y la manera “rápida” o “ligera”, o más o menos elaborada, con la cual hablaban de sus hijos y de los procesos judiciales que corrían en el curso de su desaparición; el reto fue poder conocer y poder participar de esa narrativa externa y captar lo profundo que hay en ellas. Experiencias emotivas y corporales que me permitieron percatarme de la materialidad de la presencia de sus hijos desaparecidos. Eso me permitió comprender, entender y conocer cómo los ausentes se hacen presentes, cuando los muertos habitan en un limbo de presencias intermitentes que alcanza y permea la vida de los vivos. Teniendo la narrativa profunda como base de la experiencia más intensa de todas las personas que pude conocer en estos espacios, pude comprender cómo las personas viven con sus desaparecidos más allá del acto de recordarlos en una tela o en una galería.

Este documento trata, entonces, de la manera como las personas, en este caso las tejedoras del Costurero y las personas asistentes del Movice, hablan con ellos y mantienen un *continuum* de comunicación que les permite a ell@s, a los familiares “terrenales”- “vivos”, mantenerse en contacto constante con sus familiares asesinados o desaparecidos, en conversaciones, charlas, señales, indicios, testimonios, todo esto mediante diversas manifestaciones sensoriales que hacen parte de una experiencia emotiva y corporal. Las

primeras manifestaciones son las que solamente ellas pueden ver-sentir-oír, en los sueños, en la vida cotidiana, en las búsquedas de los cuerpos. El segundo tipo de materialidad es una materialidad compartida, que es la que vemos en los álbumes de familia cuando ell@s hablan sobre las trayectorias de vida de sus hijos: primeras comuniones, reuniones con sus familiares cercanos. Y, por último, la materialidad que se siente en el cuerpo de los familiares que están vivos.

Las conclusiones recogerán, a manera de reflexión, lo que implica ser en Colombia una víctima de crímenes de Estado desde perspectivas legales, sociales, familiares y personales. Este capítulo también contará con una reflexión teórica sobre temas como el cuerpo y la experiencia. También se discutirá el dilema de la memoria en espacios como el Costurero y el Movice Capítulo Bogotá. Ambos espacios trabajan alrededor de la memoria de las personas asesinadas o desaparecidas. En el Costurero se teje alrededor de la memoria, es uno de los objetivos fundamentales del espacio, en el Movice se hacen Galerías de Memoria. En el espacio de trabajo de campo, cuando hablaba con las personas asistentes a estos espacios me decían que a veces hablar tanto de memoria lo podía volver a uno *turuleto*, loco. La memoria era un tema que tenía aristas problemáticas y complejas. Era complicado hablar de ella en grupos en donde uno de sus objetivos principales es el hacer memoria.

En el Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado la memoria era un tema que estaba más relacionado con el debate político de la implicación de ser víctima de crimen de Estado, es decir estaba más ligado al debate político que se da a partir de un posicionamiento público de las Galerías de la Memoria. En cambio, en el Costurero la memoria singular se quería y se debía hacer pública a través de los tejidos, a pesar de que algunas veces las personas querían mantener las telas guardadas para usarlas en espacios íntimos.

En síntesis, este escrito aspira a comprender algunas de las claves interpretativas que permitan acercarse a las dificultades de la denuncia, la configuración política, la experiencia de ser víctima de guerra, cuando el victimario, paradójicamente, es aquel que supuestamente debiera defendernos.

*Los nombres de las personas que aparecen en esta tesis fueron cambiados por su seguridad.

Capítulo 1. Viviendo el Costurero de la Memoria y el Movice Capítulo Bogotá: trayectorias de cambio y tensiones de los colectivos

El Costurero de la Memoria. Kilómetros de vida y Memoria

Para que el lector se adentre más en el mundo de los tejidos y de las experiencias a las que me voy a referir en adelante es necesario hablar del funcionamiento básico del Costurero. El Costurero de la Memoria acontece dentro de la Biblioteca del Centro Distrital de Memoria, Paz y Reconciliación, ubicado en Carrera 19b #24 – 86, todos los jueves de dos a seis de la tarde, desde hace más de tres años. El Costurero hace parte del espacio denominado *Los Oficios de la Memoria*, una propuesta amplia que trabaja por la reconstrucción de la memoria y por el fortalecimiento de las voces que en Colombia son menos escuchadas y más ignoradas, las de los sobrevivientes. *Los Oficios de la Memoria* también está conformado por los espacios que llevan los nombres de *Saberes y Sabores* y de *Cartongrafías*, estando las tres propuestas conectadas entre sí.

Sabores y Saberes más que un grupo es una actividad liderada por Carmen*, una vallecaucana que ha estado desde los principios del Costurero. En Sabores y Sabores se hace otro tipo de historia. Si se pone en palabras academicistas, lo que hace Carmen es una comida “decolonial”. Ella explicaba a través de los diversos platos típicos de cada región, cómo se niegan las raíces africanas que cada uno de estos tiene, de modo que se trata de poner en la práctica culinaria el ejercicio de la memoria afro. *Cartongrafías*, por su parte, busca ser una editorial independiente de las organizaciones de las sobrevivientes, para poder expresar desde sus propias voces cómo se sienten con respecto del conflicto. Como he mencionado anteriormente, los tres grupos coexisten, pero no comparten el mismo espacio; es decir, las actividades no se mezclan en su regularidad, solo se unen cuando hay actividades o presentaciones a las cuales son todos invitados.

El Costurero de la Memoria, es la cabeza y el corazón de *Los Oficios de la Memoria*. El espacio colectivo es apoyado por Asociación Minga y la Fundación Manuel Cepeda y es

guiada por Claudia Girón y por Francisco Bustamante. En palabras de ellos dos, el éxito del Costurero radica en que no hay método, no se planea estrictamente qué se hace día a día, no se les dice a las personas cómo deben lidiar con su dolor. Esta afirmación surge en una de las reuniones de los jueves. Uno de tantos jueves tenía invitados de diversas universidades quienes estaban interesados en conocer la forma de funcionar del Costurero. Éste permite así un espacio de distracción, pero también de involucramiento en sus propios términos, a las personas que a él asisten. Cada semana se reúnen aproximadamente cuarenta personas en cada sesión; en su gran mayoría los participantes son mujeres, aunque eso no signifique que ese sea un Costurero especial para mujeres. Aunque el espacio este abierto a todas las personas, es notable la participación mayoritaria de ellas. Por alguna razón que es importante tratar de comprender que son ellas sus protagonistas.

Cuando hablaba con algunas de las integrantes del colectivo de Madres de Soacha les preguntaba sobre sus esposos, si ellos al igual que ellas tejían o les ayudaban con sus telares. Las que aun vivían con sus esposos me decían que sí, pero que para ellos el tiempo era más escaso porque eran los proveedores económicos de los hogares, así que el trabajo no les permitía darse los espacios que ellas se visitaban. Algunas de ellas eran separadas así que sus otros hijos eran el soporte económico principal, de modo que, al igual que los esposos, los hijos trabajaban y no podían compartir estos espacios. Eran muchas de las historias de las mujeres que asistían, los pocos hombres que había duraban muy poco tiempo y estaban directamente involucrados con las organizaciones que apoyaban el Costurero. Además, de las universidades llegaban principalmente estudiantes mujeres y, de vez en cuando, un hombre que no asistía más de dos semanas seguidas, por tiempo, por horarios. Así que a pesar de que el Costurero trataba de ampliar el tejido más allá de la presencia femenina, los hombres no lograron apegarse.

Además de las razones económicas creo que había algo relacionado con la emoción que para ellos les era más difícil expresar. Una de las integrantes del Costurero me decía que su esposo hacía como si nada hubiera pasado y se negaba a expresar sus sentimientos hasta el punto en que se molestaba si se hablaba mucho del tema. Así que los espacios de rememoración eran fastidiosos y preferiría no tener otro tipo de acercamiento al dolor que pasaron con el

asesinato de sus hijos. También decían los esposos y los hijos que ellos no sabían coser, que si lo hacían eso iba a quedar feo o que no les iba a quedar tan lindo como a ellas.

Se ha dicho que el imaginario de coser asociado a la mujer es muy fuerte, en principio porque coser era una labor popular que han venido realizando las mujeres para “ahorrar dinero” en las casas; es decir, se cosía y se tejía para evitar el gasto de ropas para los hijos. El tejido se veía como la extensión de una labor doméstica. La mayoría de veces la labor estaba relegada al campo y al pastoreo, en donde era la mujer la que tomaba la lana de las ovejas para realizar ropa y tejidos, además de tomar materias como el lino y el algodón (Calero, 1998, Pp. 45-46). Sin embargo, en las culturas americanas “hilar fue ocupación de mujeres y tejer oficio de hombres” (Martínez, 1994, p. 16). Esto también sucedió en la edad media; las mujeres estaban dedicadas a labores domésticas mientras que los hombres tenían a su cargo grandes labores textiles como la sastrería. En América, la labor también excluía a los mestizos, negros mulatos y zambos, pero la mujer indígena era la excepción ya que era la “añadía” lujo a las prendas.

En el contexto de la Nueva Granada, partir de 1777 en las Ordenanzas de Gremios expedidas en Santafé, las mujeres podían acceder a los trabajos que no fueran tan “científicos” que solo los hombres podían hacer (Martínez, 1994, p. 16). En Antioquia, se le otorgaba a la mujer viuda, honesta o casada que no tenía cómo pagar gastos públicos trabajar con algodón para que hilara, tejiera e hiciera medias y demás labores de su sexo (Martínez, 1994, p. 16). En 1978 en México fue autorizado el bordado a las mujeres pues era una labor compatible con su fuerza, el bordado no era ya una labor considerada varonil. Trabajar la tela era un oficio femenino de muy poca rentabilidad comprado con otras profesiones como el ser panadera o lavandera, pero era una profesión para la mujer que quería ganar un dinero extra para su hogar. Así, la costura y el tejido han estado vinculados, en el imaginario colectivo, como labores estrictamente femeninas. Puede ser también por esta razón que los hombres no cosen en el Costurero.

Pensar en grupos como el Costurero y el Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado es pensar en la radiografía de un país que resiste a un Estado que es victimario; pero

que aun así es el único que a través del reconocimiento de sus crímenes puede generar herramientas para que estos no pasen de nuevo. El Costurero y el Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado han tenido un largo camino que recorrer para hacerse escuchar a pesar de las adversidades.

El Costurero ha tenido un recorrido tal vez no tan largo, pero eso sí, lleno de metas y propósitos que buscan generar una resistencia contra el olvido y contra la impunidad. Por estas razones, una de las metas del Costurero, era rodear el Palacio de Justicia con tela tejidas por ellas para poder hacerse notar frente a los iconos más grandes de la justicia, pero también de la impunidad. Poder envolver el Palacio de Justicia fue una meta que se logró hasta diciembre de 2016, luego de haber planeado esta actividad por mucho tiempo, con el apoyo de demás grupos que trabajan el tejido como manifestación de resistencia.

Esta meta fue sin lugar a duda el reflejo del trabajo en equipo que el Costurero logró con mucho esfuerzo. Como decía una de sus integrantes, el Costurero les permitió a las personas vinculadas a él darse fuerza y apoyo moral entre ellas, a pesar de que no siempre estuvieran de acuerdo en los direccionamientos dados dentro del grupo; ellas saben que hay un apoyo moral que funciona en esa red solidaria de apoyo. Todas ellas son como una familia que se mantiene siempre junta a pesar de la adversidad.

El grupo ha logrado a través de la unión con otros colectivos, como lo son la Fundación Minga, la Embajada Alemana, el Movice, el Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo, entre otros, que han brindado apoyo y seguimiento judicial a algunos casos particulares. El Costurero como grupo principal de reunión de personas con casos similares ha acompañado a muchas de sus integrantes en procesos de duelo, los que a su vez son bordados en las telas. Esta compañía ha llegado a ser tan importante, que sin el apoyo grupal muchas de ellas dicen que no hubieran sido capaces de poder recordar a sus hijos a través de las telas. Las costureras son vigilantes de sus propios casos, pero también son testigos del dolor de sus demás compañeras.

El grupo rememora la tristeza, pero también genera lazos de hermandad que les permiten hacer agencia política y ser agentes de lucha; son mujeres que hablan, que luchan, pero sobre todo son un grupo que sabe que tiene el reto de contar su verdad. El Costurero, aboga por la pedagogía de la memoria como una herramienta que les permite en un espacio como ese, encontrar lazos de camaradería, pero también les permite ser las dueñas de sus propios ejercicios políticos.



Envolver el Palacio de Justicia fue sin lugar a duda una meta muy importante que logró El Costurero. Desde el momento en el cual inicié mi trabajo de campo las mujeres hablaban sobre la posibilidad de hacer este evento pues ese sería la manifestación de lo que han vivido por medio de la creación de las telas ante una entidad pública que para ellas es lenta como una tortuga, y representa, más que la justicia, la impunidad. Cuando la actividad se planeó por primera vez uno de los “líderes” del Costurero, se negó a hacerlo porque le parecía mucho complicate, además pensaba que siempre armaban muchas cosas grandes y que al final con nada salían las personas del Costurero; casualidad u organización, después de la partida de uno de estos líderes y de algunas otras costureras que por temas de convivencia decidieron marcharse y con la ayuda de otros Costureros, como el de las Tejedoras de Mampuján y otras organizaciones, lograron la meta que siempre habían anhelado (Foto tomada por Mauricio Alvarado para *El Espectador*, 2016).

El día a día del Costurero. Devenir y tensiones del Colectivo

La primera vez que visite el Costurero de la Memoria fue en octubre de 2016. Mi primer día allí fue un día confuso porque no conocía a nadie y parecía que ese día todos los participantes estaban ocupados en algo. Esperé un turno para hablar con Francisco, el orador al que previamente había contactado en un debate sobre el arte y el sufrimiento. Francisco, como habíamos dicho antes, es un activista de derechos humanos que desde hace mucho trabajaba en temas de memoria junto a Claudia Girón, psicóloga y profesora de la Universidad Javeriana y una de las líderes del Costurero. Tan pronto terminé de hablar con él sobre mi propósito de participar en el Costurero me presentó a Claudia, quien preguntó mi opinión sobre una fiesta de disfraces con énfasis pedagógico. Cuando dije que me parecía interesante la idea de la fiesta ella me dijo que teníamos que organizar, ir pensando cómo trabajar para hacer la fiesta. Quedaba más o menos un mes para *Halloween* así que el tiempo era escaso y la planeación era larga. Podría decir que pensar y organizar la fiesta fue mi puerta de entrada al Costurero.

El Costurero funciona hace tres años aproximadamente. Todos los jueves de dos a seis de la tarde las tejedoras llegan a trabajar en sus telas individuales; cuando yo lo conocí algunas de las mujeres llevaban las telas a sus casas, otras las dejan en el garaje del Centro Distrital de Memoria. Generalmente era doña Tere*, una de las “Madres de Soacha”, quién tenía las llaves del garaje. Ella sacaba, además de las telas que quedaban guardadas de la jornada anterior, un mueble portátil donde se dejaban las herramientas que se necesitaban para tejer: botones, hilos, agujas, tijeras, retazos de todos los colores y texturas. Cada jueves todas tenían algo qué hacer, desde empezar una tela, arreglarla, imaginar el diseño; algo había que hacer.

El espacio del Costurero era tan íntimo que llegar de repente, ser una persona nueva en dicho espacio, era incómodo, probablemente más para mí, porque no tenía ni idea sobre cómo iba a afectarles mi presencia, teniendo en cuenta además que fui presentada como una estudiante que estaba haciendo una tesis. Entendí que parte de mi incomodidad estaba en que ellas no querían aportar a la construcción de asuntos académicos que servían, en últimas solo a los académicos mismos. Una de ellas me decía que se sentían como las escaleras que los

estudiantes usaban para llegar al éxito académico o para poder publicar. Más allá del compromiso que tuve con el grupo ¿qué me diferenciaba a mí de esos académicos?, ¿qué podía ofrecer además de mi acompañamiento? La intimidad que ellas llevaban en el Costurero y mis preguntas sobre mi estancia allá, creo yo, fueron el principal motivo de mi dificultad para acercarme a ellas.

Como buena principiante, intenté acercarme lo más que pude a las tejedoras; sin embargo, mis primeros acercamientos no fueron tan fructíferos como imaginaba, probablemente porque era nueva; también porque, al igual que una tela que ya está completamente tejida, intentar meter cosas nuevas en ella, como otro tipo de tejido, u otro patrón de color, terminaba siendo siempre difícil y extraño. Entendí eso mucho después, cuando tuve que hacer mi tela. La tela era un requisito para los estudiantes que ingresábamos al Costurero; tejer nuestra propia tela era, en mi opinión, nuestra forma de conectarnos con el ejercicio que ellas hacían. Nos permitía entender de primera mano que el ejercicio de la costura no es tan fácil como parece, que el ejercicio de creación implica expresar las ideas y los sentimientos que algunas veces se velan y se esconden, y que es necesario hacer explícitos en las sesiones de jueves cosiendo y en los demás días de la semana cuando se recuerda a los hijos. Es un ejercicio de disposición para la memoria.

Para mí la idea era que la tela fuera sencilla, quería representar el agradecimiento al Costurero y a las tejedoras por haberme recibido en ese espacio. Tenía muchas ideas en mente que se vieron limitadas por mi escasa motricidad frente a la costura y al tejido la tela. No tenía ni idea de cómo coser, cómo hacer patrones “diferentes” “raros” o “elaborados”, cómo hacer algo que implicara mucha creatividad y desenvolvimiento motriz. Cuando por fin empecé a elaborar el tejido, una tarde de jueves doña Aurora me decía, al respecto de su tela, lo difícil que era planear lo que se iba a hacer y la entendí. Yo sabía que pensar en qué hacer era difícil, pero más difícil es tener la tela lista y que se pidan modificaciones a la misma.

La idea de mi tela era una máquina de coser llena de botones, porque fue lo más creativo que se me ocurrió. Cuando terminé de “rellenar” la máquina de coser con botones, me dijo una de las tejedoras que era mejor quitar los botones y coser la máquina de coser pues si yo cosía

se iba a ver más trabajo; en cambio, los botones no se veían tan trabajados en términos de tiempo y esfuerzo. Eso me hizo sentir como cuando llegué al Costurero. ¿Cómo se puede reestructurar todo un tejido cuando ya está listo? Si yo metía más cosas a esa tela iba a quedar rara, porque ya tenía una idea en mente que estaba parcialmente desarrollada.

Eso mismo le pasó a doña Aurora*. Ella era nueva al igual que yo. Su primera tarea era construir una tela que describiera lo que le pasó a su familia. Ella y yo conectamos muy bien, por esa razón Aurora me pidió ayuda sobre la idea de su tela. Yo no sabía qué responderle, pues la idea del Costurero es que esas telas sean individuales, porque, precisamente lo que hacen es contar esas historias particulares. A pesar de eso, accedí a ayudarla con el bosquejo para la idea de la tela. Los dibujos fueron más bien fáciles mientras se realizaban en el papel. La idea final representaba un antes y después en la vida de doña Aurora, que fue dividido a partir de las desapariciones y posterior asesinato de su hijo y de su sobrino en el año de 2004.

La mitad de esa tela está representada con un río, era el antes y después de vivir “el dolor más grande de la vida”, según me contó doña Aurora. Ella y su familia vivían en una finca en Boyacá y los mejores recuerdos de su vida estaban allá. Ella me contaba sobre cuando se iban los domingos a jugar al río con sus hijos, con su hermana y con su sobrino a rodar por las praderas. De Boyacá se vinieron a Arborizadora Alta en Ciudad Bolívar y de ahí su hijo y su sobrino se desaparecieron para luego aparecer asesinados vestidos con uniformes nuevos, sin usar, de militares.



Aurora, me contaba que trabaja todos los días en esa tela, no solamente los jueves del Costurero. Ella me decía que le ponía el alma, que tejer la distraía. Así que, en tres semanas, aproximadamente, Aurora ya había terminado la tela. La sorpresa llegó cuando le dijeron que la tela se quedaba en el Costurero. Ella pensaba que la tela se podía quedar en su casa “para no tener que contar siempre la historia de sus hijos”. Quería dejar la tela en un altarcito pequeño en la sala. Luego le dijeron que tenía que estar marcada con el nombre del Costurero. Aurora más que molesta estaba decepcionada, triste. Me decía que no quería agregarle cosas a la tela que no fueran parte de su historia.

Las tenencias de las telas en el Costurero tendían a ser problemáticas. Como le pasó a doña Aura, que no sabía que tenía que dejar la tela, les pasó a muchas de las personas que allí asisten. El Costurero es invitado por diversas organizaciones no gubernamentales, embajadas, especialmente la alemana; como también por el Centro Nacional de Memoria Histórica, a presentar las telas; algunas veces les ofrecen dinero que en el Costurero es repartido a las personas que presentan sus telas. Generalmente se pide que sean escogidas entre ellas porque por limitaciones económicas no pueden ir todas.

El Costurero tenía muchas telas de ellas que habían hecho tiempo atrás. Si se pedían nuevas telas, el Costurero ponía los materiales y si era para alguna organización se pagaba algún

dinero a las tejedoras. Hablé un día con una de ellas y me dijo que ella trabajaba muy bonito y que tejía muy bien para que le pagaran X cantidad de dinero por una tela “mi trabajo también vale”, decía. Sin embargo, también se decía permanentemente en el Costurero que la plata no tiene por qué ser un mediador en el Costurero, pues ese espacio es pensado para ellas, entonces la apropiación no tiene por qué estar mediada por plata. Claramente, las tejedoras tenían una idea muy diferente a lo que el Costurero debía haber sido en términos de dinero. Para ellas ir al Costurero era estar rodeadas con personas que han pasado por experiencias de violencia similares, pero, como decía una de ellas, su trabajo vale. Igualmente, con la tenencia de las telas; cuando les dicen que las telas se quedan, realizan el trabajo con esos materiales que les son dados con la idea que a lo mejor, ello les permitiría recibir algún dinero a cambio.

Además de las telas hacían delantales, muñecos como tortugas o simplemente telas para vender. Ahora, es pertinente preguntar ¿en cuánto se puede vender la memoria, el trabajo manual y todo lo que éste requería? ¿Cuánto era suficiente para el Costurero? ¿Cuánto era suficiente para ellas? Eso no significa que la creación y el proceso de tejido estén mediadas solamente por lo económico. Como decía doña Aurora, esa tela la quería tener ella en su casa para no tener que volver a contar la historia. El apoyo económico que las costureras esperaban tener también estaba mediado por los problemas económicos que llegaron con la partida de sus hijos, no solamente porque muchos de ellos traían parte de los ingresos del hogar, sino también porque la larga duración de los casos hace que el dinero, como decían ellas, “se haga cada vez más escaso”.

El problema del dinero no solo se veía reflejado en las telas; estaba también en las ayudas que entregaba el colectivo todos los jueves como transporte a las personas que asistían, no a todas, solamente a las víctimas. Algunas veces había discusiones porque se pensaba que estos subsidios eran una forma de que la gente se quedara; se llegaron a preguntar si en dado caso que no se dieran esos subsidios ¿las personas seguirían asistiendo como lo hacían si no había subsidios ni refrigerios? Ante tales interrogantes estaban dos posiciones. La primera era de las personas que eran víctimas pero que tenían un ingreso laboral fijo, algunas eran sociólogas o abogadas y tenían empleos fijos. Las otras eran las víctimas que no tenían un ingreso tan

fijo, es decir, hacían labores de servicio extra-doméstico como de aseo o ventas de mochilas. Entonces, cuando una persona que decía que las víctimas no podían ir a esos espacios por limosnas (refiriéndose a los refrigerios o subsidios) había siempre la discusión del compromiso de asistencia y con el colectivo más allá del dinero. Casi siempre esto lo decían las personas que tenían el ingreso fijo de su trabajo.

En una de estas discusiones recuerdo que una de las participantes se levantó molesta de su silla y le dijo a la persona que estaba haciendo el comentario que ella no debía opinar de dineros y de las intenciones de nadie de ir o no ir; que si ella no sabía que muchas de ellas no tenían un ingreso fijo y que para vivir tenían que trabajar, así que por más aprecio y cariño que le tuvieran al Costurero, primero había que comer. Entonces, asistir durante todas las tardes de los jueves al Costurero, para lo que ni siquiera se ofrecía un apoyo mínimo para el transporte, era muy difícil. Las discusiones por el dinero siempre daban pie a la función de las telas, sus precios y la importancia de hacer un proyecto que permitiera a las costureras ganar dinero de los elementos que tejían y vendían. Entonces surgían también cuestionamientos sobre el valor de las telas y, de ello, ¿cuánto quedaba para el Costurero?, ¿cuánto quedaba para ellas?

Una de las costureras me decía que ellos, es decir, las personas que iban a estar encargadas de manejar los dineros y precios de los dineros de las ventas de las telas, creían que con X cantidad de dinero iba a estar bien. Ella me decía que las telas que ella hacía llevaban mucho trabajo, que eran muy bonitas pero que no se vendían por un precio que a ella le pareciera justo, “y de eso yo no puedo vivir”. Aunque el Costurero tuviera como uno de sus objetivos poder ser un grupo auto sostenible que pudiera ayudar a sus costureras, el tema de los dineros siempre fue complejo y conllevaba discusiones que a la final terminaban en la mayoría de casos con personas disgustadas entre ellas. Creo que este puede ser uno de los mayores problemas de grupo, pues se trataba de homogenizar las necesidades personales poniéndolas a todas en el mismo nivel; claramente no puede haber un pago personalizado, pero creo que se debe discutir más el tema de los dineros hasta que exista un consenso.



Estos son algunos de los elementos que se hacían en el Costurero para vender. La idea era que se pudiera mantener por este tipo de trabajos; sin embargo, el proyecto no se concretó y El Costurero aún depende económicamente de otras organizaciones para funcionar. La tortuga era vendida como símbolo de lo que ellas consideraban que era la justicia; lenta. El delantal era la historia de una de las tejedoras cuyo padre, militante de la UP, fue asesinado por el Estado. Esa tejedora aún sigue reclamando justicia (Bogotá, CNMH, 2016).

Puedo decir que todas las telas que se hacían en el Costurero tenían un significado especial, tanto individual como colectivo. Las historias de sus familiares, de sus infancias, de sus luchas como colectivo o individuales están contadas con hilo, aguja y colores. Son posicionamientos frente a la impunidad que quedaron plasmados en telas de colores.

Esas memorias que se tejen desde lo individual para hacerse testimonio público son un tejido vivencial que narra por medio de los colores el antes y el después la experiencia violenta. En esta experiencia sus hijos siempre son tejidos con ropa de colores y con camuflados, como fallecieron parte de ellos. El ejercicio de tejido, en Chile, por ejemplo, fue sin lugar a duda la expresión anónima y artística de las mujeres sufrientes en medio de la dictadura (Agosín, 1985, pp. 524-525). Estas mujeres y sus creaciones vivían en el anonimato, a diferencia de las mujeres del Costurero y sus creaciones, pues la importancia de saber de quién era cierto tejido, de quién era la historia, tenía siempre que estar prevista.

Los tejidos de las arpilleras chilenas eran de denuncia pública de las experiencias de desaparición y/o asesinato de sus familiares. Las arpilleras se reúnen para discutir qué es lo que se va a trabajar, es decir, discuten el tema en el cual se van a inspirar, las creaciones de ellas son venidas y de lo que reciben aporta el 20% o 25% para el taller (Agosín, 1985, p. 527). En el Costurero esta ha sido una idea que se ha discutido muchísimo, pero no se logra llegar a un consenso de precios ni a una idea “formal” de negocio.

Comprendí, con el proceso de hacer la tela de doña Aurora y con la mía, que éramos dos extrañas tratando de adaptarnos a un espacio que era complejo por sus emociones y vivencias personales. Significaba convivir con muchas personas que tenían historias muy duras que, aunque fueran parecidas, llevaban en cada caso un dolor, una frustración y un poco de esperanza y al igual que nuestras telas con modificaciones que no eran las exigidas por nosotras mismas. La intimidad del Costurero se veía resentida con la llegada de extraños, como yo. Pude entender más adelante que, para hacer los tejidos, tanto como para establecer las relaciones dentro del Costurero, había que tener una idea de lo que se iba a hacer. Es decir, yo tenía que haber llegado, más que con un interés, con una propuesta de lo que iba a hacer. Estar solamente interesada en estar ahí terminaba siendo una intrusión de parte mía en un espacio que era privado, íntimo, en todo el sentido de la palabra, aunque más adelante ese espacio se convertiría en un lugar más cerrado, mucho más íntimo que cuando ingresé.

La intimidad era personal y grupal, les explicaré por qué. El Costurero, ubicado en el Centro Distrital de Memoria y Paz, es un espacio abierto para todo el público. Funciona dentro de la biblioteca del Centro Distrital de Memoria y Paz. La disposición de las mesas, por ejemplo, permitiría que la gente se fuera incluyendo progresivamente a los extremos, en las esquinas; además las puertas de la biblioteca están también siempre abiertas y el ingreso al Centro Distrital es muy sencillo. Sin embargo, en la práctica, ingresar a la biblioteca donde está el Costurero es otra cosa. El estar ahí implicaba empezar a relacionarse con personas que han estado desde el inicio del Costurero, es decir, hace más de tres años. A partir de eso creo que hay dos formas de relacionarse en caso de ser una persona “nueva” dentro de él. El primero, es haber sido afectado directamente por el conflicto armado, es decir, ser víctima. La segunda

es ser un estudiante o una persona que genere y apoye el Costurero y no personas que, como ellas decían, “vienen, nos utilizan y se van”. Es decir, lo más importante para poder ingresar al Costurero era entrar para quedarse, lo que en últimas significa hacerse parte de aquellos que han sido afectados por el conflicto así no fuera “directamente”. La constancia era la clave, y de eso me di cuenta varios meses después. Con el tiempo mis relaciones con ellas se hicieron más cercanas. Me saludaban por mi nombre o al menos me reconocían; creo que como investigadora esos gestos indicaban que yo ya empezaba a ser parte de ese tejido humano que es el Costurero.

Podríamos pensar en el Costurero como un espacio en el que se manifiestan las contradicciones con que conviven con las personas que han experimentado la violencia de Estado en el país, lo que hace de ese espacio sea un lugar de interacciones muy complejo. Preguntarnos sobre la función colectiva que es su base, pero al tiempo sobre su función ensimismadora e íntima de relatos personales que a su vez se tienen que hacer públicos pareciera que no es la función principal del mismo; sin embargo, sus dinámicas responden a una intimidad que se tiene que hacer pública y una voz común que se teje individualmente. Este tejido individual también responde a pautas que se considerarían de competencia entre compañeras. Cada una quiere tener el tejido más lindo a pesar de la historia que éste cuenta, pues un tejido bonito implica una “popularidad” en el caso particular que permite en algunos casos mayor atención mediática. El Costurero es un espacio de construcción grupal en donde la colectividad y lo público a veces parecen incomodar, haciendo más reservadas a las personas que participan en éste, es decir, a las costureras. Esta intimidad se ve mediada a su vez por lo público, pues, a pesar de que en ocasiones no se quiera contar lo que pasa, al menos verbalmente, siempre la historia está presente en el tejido que ellas realizaron y con el cual decidieron contar la violencia a la que fueron sometidos sus hijos y familiares.



Esta foto muestra la disposición de las mesas en el Costurero. Por lo general las telas no se exponen al frente de las mesas ni extendidas en las ventanas sino sobre las mesas de trabajo. La foto fue tomada durante una jornada donde se grabó un vídeo para explicar la función del Costurero (Bogotá, CNMH, 2016).

Siempre me ha llamado la atención la forma en la cual se disponen las mesas del Costurero. Creo que en buena medida eso explica que el espacio se disponga para un trabajo que se vive de una manera más bien un poco individualista, pues mientras estuve asistiendo cada una de las mujeres se concentraba en su tela y hablaba preferentemente con las personas que tenía al lado. Con esa disposición, el único momento en el cual la mayoría se encuentra de una forma menos estructurada es el momento del refrigerio. Para ésa actividad nosotras teníamos que salir del espacio de la biblioteca e ir hacia la entrada del Centro Distrital; allí no había orden de entrada ni mesas, solo personas que se reunían a comer y a hablar entre sí con mayor libertad de moverse en el espacio. Esto no significa que mientras se tejía el espacio fuera totalmente rígido o silencioso. Cada una era dueña de su creación y sabían cómo distribuir el tiempo. Se paraban algunas a hablar con otras. Era algo así como las sillas del colegio. Había grupos que se hablaban, había grupos que no. No se hablaba mucho de las telas personales, pero sí de los procesos jurídicos que cada una afrontaba. Hablaban de sus hijos, de cómo estos les hablaban y las alentaban a no dejar los procesos.

Por ejemplo, un jueves yo estaba sentada al lado de dos “Madres de Soacha”, doña Constanza y doña Candelaria. Doña Candelaria nos comentaba los recientes problemas que había tenido en el juicio contra uno de los militares que habían asesinado a uno de sus hijos. La Fiscalía

le pedía, para el caso, el registro civil de uno de ellos. Candelaria relataba que, en su afán de entregar el registro, ella se desesperó y pensó que lo había botado. Habían pasado los días y cuando entró al cuarto de Julián, su hijo fallecido, encontró el registro civil en el piso. Le dijo doña Candelaria a doña Constanza: “fue como si mi hijo me dijera, miré mami, ahí está el registro. Como si él me lo hubiera ayudado a buscar, ¿si me entiende hermana?”.

Sus hijos estaban siempre presentes en sus conversaciones, con detalles que ellas recordaban en cualquiera de las jornadas del jueves; curiosamente, eran recuerdos que, sentí, estaban atravesados por mi presencia. Una jornada de jueves, por ejemplo, hablaba con doña Candelaria de una alergia que me había salido en los pliegues de los brazos por el calor. Ella me decía que a Julián le pasaba lo mismo, que eso era dermatitis. Me decía “claro, eso es dermatitis, no ve a Julián le pasaba lo mismo. Yo le decía que se echara sábila, él siempre me hacía caso. Pero mire, eso no es que se la eche solo cuando tenga la alergia, esto tiene que ser siempre, constante para que no le vuelva a salir; Julián si se la echaba cuando estaba mal solamente”. Candelaria me terminó de hablar de Julián para volver a su tela. Lo recordaba mientras lo tejía y lo tejía mientras lo recordaba.

Generalmente se llegaba a tejer; si llegaban personas que eran invitadas al Costurero, las tejedoras no dejaban las telas de lado, algunas veces ni se les ponía mucha atención a las personas que llegaban a comentar que el espacio les parecía bonito o qué tenían algún proyecto para ellas. Las intervenciones externas eran cortas y eran criticadas después que las personas se iban; siempre se hacían preguntas del estilo de: “¿y eso para qué le sirve al Costurero?, ¿en qué nos aporta a nosotras?”. Esas preguntas llegaron a un punto, considero yo, que no eran críticas sino excluyentes. Tanto que si llegaba alguien que quería ser parte del Costurero había comentarios tales como, por ejemplo, “esa persona no nos da confianza, no sabemos por qué, pero mejor no”; “uno no puede estar incluyendo a todo el mundo porque este es nuestro espacio, ellos van a venir y se van a ir rápido”, o “¿qué tal vengan y se nos roben las ideas?, es que eso ya ha pasado”. Pensaba yo que, quizás, esa desconfianza viene de larga data, de sus procesos, en mucho, fracasados, con la justicia, de sus luchas contra los militares y contra el Estado.

No es una desconfianza por que sí, es una desconfianza que probablemente las ayuda a conservar ese espacio pequeño que tienen ellas para contar sus historias, sin sentirse utilizadas o juzgadas. O quizá es una desconfianza que viene de un “robo de ideas” que sufrieron algunos meses atrás, en dónde una persona llegó a El Costurero y tomo la idea de tejer memoria, presentó un proyecto al nombre del Costurero y ganó un dinero que nunca fue compartido dentro del grupo. O también quizá responde al acto de “traición” que una de las tejedoras más antiguas realizó para con el grupo, pues creó un costurero aparte, con otras personas y también reclamó unos dineros con la idea del costurero original.

La constancia no era clave solamente para poder relacionarnos mejor. Algunas veces con los dineros ofrecidos por distintas entidades como ONG’s, embajadas o colectivos de derechos humanos El Costurero tenía “vía libre” en el manejo de esos dineros. Al menos una vez al año se hacían paseos para ellas a lugares de tierra caliente. Cuando estuve, se estaba pensando en hacer un viaje a un pueblo cerca de Bogotá, sobre el que, todas insistieron, que tenía que ser de clima caliente y con piscina, “porque estar en el frío pa’ ir a otro frío, eso no aguanta”, como decía una de las tejedoras mientras pensaban el lugar donde se hospedarían.

El primer requisito para poder asistir al paseo era haber asistido constantemente durante el año, no solamente a las esenciales jornadas de los jueves sino a los conversatorios o a los cursos donde eran invitadas por universidades y colegios. Además de poder participar en salidas “recreativas”, como el paseo de fin de año, el asistir constantemente les daba algo de qué hablar en las sesiones, las ponía a ellas a discutir sobre qué cosas serían convenientes para el grupo en términos de talleres que ofrecían las universidades, de las charlas que realizaban los colegios; es decir, la persistencia y la constancia les posibilitaba convertirse en una voz presente y líder dentro del Costurero, mientras que la falta de asistencia a estas actividades y al Costurero las hacía siempre acreedoras de un “sano” llamado de atención que aludía al compromiso de ellas con el grupo.

A la semana siguiente de la entrada al Costurero, teníamos que planear cómo iba a realizarse la fiesta de *Halloween*. En ese entonces, el Costurero estaba acompañado por algunos estudiantes de la carrera de Trabajo Social de la Universidad Nacional. Ellos separaban unos retazos de tela que iban a ser usados para la construcción de pequeños muñecos de tela. Al igual que yo, no habían llegado hacía mucho al Costurero, pero, sin lugar a dudas, estaban más apropiados del espacio que en mi caso. Hablábamos de los proyectos que teníamos y de por qué estábamos ahí; mientras tanto, ellos hacían un trabajo de cartografía sobre ese espacio en particular.

Separando retazos de mil colores escuchábamos a Claudia hablar sobre la fiesta de disfraces que no estaba muy distante. Diversas organizaciones privadas, apoyaban a Claudia con la idea de la fiesta; tendríamos el salón para la recepción, pero nos faltaba todo lo demás, y con todo lo demás me refiero a todo: comida, personas, ideas; mejor dicho, todo.

La idea de la fiesta era que ésta fuera pedagógica, es decir, los disfraces tenían que tener un significado especial; el concepto propuesto era disfrazarnos de algo a lo que le tuviéramos miedo. Pero, ¿por qué iba a ser pedagógico?, ¿qué disfraces se iban a proponer?, ¿qué se iba a dar de comida?, ¿cuánto costaba la entrada? Todo lo que conlleva la organización de una fiesta es completamente agotador, más aún, cuando uno no conoce a nadie. Seguimos pensando qué organizar y, de repente, la fiesta quedó en veremos, aunque el espacio del Costurero seguía como la primera vez que lo conocí: un espacio lleno de preguntas.

Faltaba una semana para *Halloween* y Claudia decidió que la fiesta se iba a realizar; el espacio ya estaba pago, solo faltaban las invitaciones y todo lo demás, es decir, comida, actividades y disfraces. Los estudiantes de la Nacional, Claudia y yo trabajamos y cuádramos las cosas que se necesitaban hasta que llegó el esperado día de la fiesta. Las invitaciones fueron enviadas sobre el tiempo por lo que la participación fue escasa, poca gente del Costurero llegó. Agreguemos también que una lluvia tremenda nos acompañó ese día, lo que sin lugar a duda afectó la asistencia. Pensábamos que las personas iban a llegar más tarde, pero no podíamos dejar esperando al grupo de teatro que se iba a presentar, así que tuvimos que dar paso a la fiesta.

La actividad comenzó con un grupo de teatro de la Universidad Cooperativa de Colombia, quienes presentaron la obra *Mambrú perdió la guerra*. La obra de teatro narraba la vida de un niño que se llama Juan, que ahora tenía que vivir con su abuela quien vivía en la zona rural del Quindío. Juan era un niño citadino que estaba acostumbrado a vivir con internet y visitando centros comerciales; por esa razón, el vivir con su abuela en el campo parecía una tortura, lo único que lo alegraba era el perro de la finca, Mambrú. Juan y Mambrú se volvieron amigos inseparables mientras jugaban en las extensas tierras del Quindío. Su abuela se reunía con otras vecinas para charlar sobre los papás de Juan, quienes se fueron cuando fueron amenazados por los paramilitares a raíz de las posiciones que los padres de Juan tenían sobre el cultivo de la palma de cera en la zona del Quindío. Juan hablaba siempre con Mambrú y con su abuela preguntándoles sobre el paradero de sus padres. El miedo empezó a invadir a Juan y a su abuela, los paramilitares los estaban persiguiendo y la situación de sus padres en la ciudad no mejoraba. Mientras tanto, Mambrú y Juan jugaban en las amplias tierras de la finca de su abuela, solo que ahora jugaban con miedo.

Pasaban los días y el día al que más temía la abuela de Juan al final llegó. Los paramilitares invadieron la finca; y como era una historia que no era lejana a la realidad, los paramilitares atentaron contra Juan y contra Mambrú y su abuela. El escenario se tornó oscuro y dejó al espectador un mal sabor en la boca, el sabor que más de una persona que asistía a la fiesta había vivido en carne propia. Más allá de la muerte se trataba del miedo a la desaparición. ¿Qué pasó con Juan, con Mambrú y con la abuela?

Poco a poco las luces del lugar, después de haber estado apagadas, empezaron a estar más brillantes y la escena fue entre alentadora, triste, molesta y confusa. Juan, Mambrú y la abuela estaban en el aeropuerto y se iban a ir del país junto a los padres de Juan, a raíz de las amenazas. Parecía un final feliz, pero, como había dicho anteriormente, la obra trató de un montón de sensaciones con las cuales uno no quedaba contento, o al menos no yo. ¿Cómo es posible que un final feliz incluya a familias exiliadas? ¿Normalizamos, de esa manera, el desplazamiento?

La obra se acabó con la escena del aeropuerto y los aplausos encendieron el lugar. No había mucha gente, como he mencionado a lo largo de este escrito, pero la ausencia de público no necesariamente podría estar relacionada exclusivamente con la premura del tiempo de la organización o con la ocurrencia de la lluvia; me surgió la duda si eso no tiene que ver también con una falta de interés de la población en general en relación con estos temas. Las pocas personas que asistieron a la fiesta eran conocidos de Claudia, además de algunos directivos del Centro Distrital de Paz y Reconciliación. A pesar de que el Costurero tiene una página *web* y una página de Facebook en donde se hacen públicos todos los eventos, la asistencia fue muy escasa. Esperábamos gente de los colegios a dónde asisten las costureras a dar las charlas, gente de varias universidades que habían trabajado con Claudia.

La obra se acabó y la ansiedad por la llegada de más gente estuvo siempre presente. La lluvia era cada vez más fuerte y las esperanzas cada vez menores. Mientras esperamos la llegada de más personas, el pequeño grupo de gente que había en el salón explicaba el porqué de los disfraces que llevaba. La idea era que los disfraces fueran algo a lo que más le temiéramos, y efectivamente a las cosas a las que les temíamos salieron a la luz un 31 de octubre. Claudia se disfrazó de las formas de lucha armada en el país y expresó que les temía por qué pensaba que las fuerzas armadas, insurgentes o no, veían a los derechos humanos como un problema de ideología, de izquierda. Para ella los derechos humanos tenían que ser una cuestión más allá de la política, tenían que ser porque nos correspondían como, valga la redundancia, derecho.

Juliana, una de las trabajadoras sociales de la Universidad Nacional, decidió disfrazarse de consumismo, se disfrazó de papas fritas de McDonald's; Ángela se disfrazó de Monsanto, una multinacional productora de bioquímicos y agroquímicos usados alrededor del mundo en la alimentación; representó a la empresa con una bata Julia y con la cara de la muerte. Las actividades que se desarrollaron dentro de ésta estaban encaminados a conocer las opiniones de las personas respecto a la justicia, todos pensaban que la justicia era fundamental, junto al derecho a la verdad, para poder seguir con el camino de defensa de los derechos.

Mientras tanto, además de mí, no había llegado más gente, al menos disfrazada. Yo me disfracé de muerte, no fue nada original, pero quise, de alguna manera, hablar del temor que le tengo a la muerte, no como proceso natural, sino como el último acto de cobardes efectuado sobre personas inocentes, que necesitan demostrar resultados “positivos”. Entre tanto, disfraces de militares y muerte reinaban dentro de la fiesta. El miedo a los militares es algo que pareciera ser muy obvio y así se hizo evidente pues el colectivo de “Madres de Soacha” es un grupo de mujeres cuyos hijos y/u otros familiares fueron asesinados por el Ejército colombiano haciéndolos pasar por guerrilleros de las FARC. Ellas luchan en contra de militares, pero más aún luchan en contra de la impunidad.

Antes de la fiesta de disfraces, mientras tejía, hablaba con doña Aurora (quien hizo parte del grupo de Madres de Soacha). Ella me decía que luego de haber identificado el cuerpo de su hijo y el de su sobrino, ver a un militar en la calle era una cosa horrible: los militares se volvían el recordatorio más cercano de la muerte, la muerte que no se olvidaba y que podía llegar en cualquier momento. La muerte tenía uniforme y caminaba por cualquier calle de la ciudad, sin pagar por los crímenes que había cometido. Entonces, el camuflado verde y las botas militares dejaron de ser un símbolo de seguridad, los militares, eran la muerte en carne y hueso.

La fiesta prosiguió hasta las diez de la noche; mucha de la poca gente que había llegado, se había ido en el transcurrir de la fiesta, el clima no era de los mejores y al final quedamos solo los estudiantes. Creo que, a pesar del poco tiempo que tuvimos para organizar la fiesta, lo más importante fue que el espacio se prestara para el disfraz, para jugar a ser quién no se es, a pesar de la reducida asistencia. El Costurero les ofrece a esas mujeres espacios en donde pueden reír, llorar, sentir y ser, además de ofrecerse compañía y entendimiento.

Sin embargo, cuando hablé con algunas de las personas del Costurero al respecto de la fiesta, me decían que no iban porque ellas querían era una fiesta donde se pudiera bailar, tomar y divertirse. Les pareció que la fiesta se había organizado sobre el tiempo y que les daba *mamera*, aburrimiento ir a hacer actividades pedagógicas. El tema de hablar sobre cosas pedagógicas o de memoria se convirtió en un punto de discusión fuerte en el Costurero, pero

no era algo hablado en el grupo, era más como un rumor, un comentario a la compañera de al lado, lo que muchas veces no se daba en los espacios propios del Costurero sino entre las actividades. Mantener la autonomía personal en un grupo donde el tema general es la memoria se vuelve muy complejo porque rompe con la armonía y la idea original que quieren mantener.

Como decían en una sesión de jueves, si una persona se comporta mal afuera nos hace quedar mal a todas. También creo que este tipo de problemas ha generado que varias personas decidan no seguir en estos espacios. No porque se comporten mal y no puedan representar al grupo; más bien porque el pertenecer al mismo, siento yo, implica, de alguna manera homogenizar, lo que se quiere hacer en el grupo y eso termina por distanciar a la gente.

Esta especie de contradicción entre la compañía y el apoyo que se dan entre ellas y los rumores o chismes que se comentan tímidamente creo que pueden responder probablemente a una forma diferente de cómo las tejedoras creen acerca de la manera como el Costurero debe ser organizado. Igual, ellas no se callan lo que tienen que decir, solamente no lo dicen, en principio, públicamente, para el conocimiento general, aunque cuando pasan cosas inesperadas o problemáticas, las discusiones se vuelven muy fuertes y generan un momento incómodo para todas en el grupo. Solamente hablan públicamente cuando se sienten aludidas personalmente o, como dicen, cuando les echan una “indirecta”; no todas, porque hay unas que son mucho más “frenteras” o a quienes “no les da pena decir la verdad” –como ellas mismas dicen–, en cuanto a esos temas que no eran tan cómodos para todas.

A pesar de que el grupo tenga en su nombre la palabra memoria, el estar rememorando durante todas las jornadas del jueves y, a veces, en otros espacios personales, nos permite pensar en el papel de la memoria en este grupo en particular, donde la memoria parecería ser un tema muy complejo que, en ocasiones, en vez de unir, divide, y genera un resentimiento personal. Al respecto, Paul Ricoeur (2004) pregunta: ¿de quién es la memoria? (p. 19). ¿Sigue siendo de ellas cuando entregan sus historias personales en las telas y las dejan a disposición del grupo para que se haga colectiva?

Sus relatos personales se tejen para que la memoria se haga pública y las personas no olviden los crímenes que el Estado cometió y por los cuales no ha querido responder, al menos no como ellas quieren. Entonces, dentro de un mismo grupo tenemos la tensión permanente sobre la memoria individual y la memoria colectiva. La memoria individual esta en este caso anclada en el pasado. Elizabeth Jelin (2002), citando a Paul Ricoeur, menciona como lo pasado no puede ser ya cambiado, pero lo que si puede cambiar es el sentido del pasado, pues “está sujeto a reinterpretaciones ancladas en la intencionalidad y en las expectativas hacía en ese futuro” (p. 39). Así, el acto pasado se re-cuenta, se re-interpreta y se re-memora; esto se hace en el acto cotidiano.

Brouce Bégout (2009) considera que la cotidianidad permite al hombre sentirse tranquilo, pues esta ofrece una forma de coherencia continuidad y certidumbre en relación con el mundo; es “la fuerza formadora de la humanidad inacabada que aspira, más allá de sus temores, a la producción de un medio de vida seguro, durable y estable” (p.15). Ese proceso, que Begout denomina como cotidianización, podríamos encontrarlo en lugares como el Costurero y como el Movice, pues estos espacios generan nuevas actividades que más adelante serán la base de un sentido de pertenencia del movimiento; a pesar de ser nuevos espacios, podríamos pensar que no generan un cambio en las actividades cotidianas que tenían las personas antes de ingresar allí pues, al igual que las experiencias de violencia, generan una ruptura en el día a día que se ve trastocada, para convertirse en una nueva forma de cotidianidad.

El Costurero se vive todos los jueves y el Movice todos los miércoles; en este sentido, las dimensiones espacio temporales permiten reconocer que las acciones practicas tienen posicionamiento desde el “aquí “y desde el “ahora”, que permiten reconocer y entender el mundo desde la perspectiva propia (Lindón, 2000, p. 11). Sin embargo, es interesante entender cómo las mujeres del Costurero viven un aquí y ahora sin dejar de lado el pasado, pues las experiencias de este, como la desaparición o el asesinato de sus hijos, están viviendo con ellas. En este sentido podríamos pensar en una “cotidianidad semi-presencial”. La “cotidianidad semi-presencial” podría explicarse a partir de la realidad en la cual ellas viven, esta realidad se vive y expresa en el Costurero y en el Movice. En estos espacios donde sus

familiares desaparecidos están con ellas en todo momento nos hacen pensar que el pasado nunca se va y qué se hace presente en la experiencia cotidiana.

Después de la fiesta, yo regresaba al Costurero cada jueves y me hacía siempre en la misma silla; casi todas, en realidad, nos hacíamos en los mismos puestos. Cuando hay una continuidad en los mismos puestos, pude notar que se creaban más lazos con las personas que estaban tejiendo al lado de uno, algo así como las sillas de colegio, los compinches quedan siempre cerca de donde uno está. Algo por el estilo pasaba en el Costurero, los secretos del tejido se compartían con la vecina de al lado, no con la que estaba más lejana, es decir, con la que estaba unas sillas más allá. Con los secretos me refiero a las ideas de lo que se va a hacer en el tejido. Por ejemplo, un día doña Constanza, una de las integrantes del grupo de “Madres de Soacha”, me mostró con recelo una de sus telas diciéndome que no lo mostraba a la luz de todas porque “ahí todas se copian de las ideas”.

Ahora, quiero hacer clara la idea de “copiarse de las ideas”. Copiarse no implica tomar de otra toda la idea del tejido en general, digamos que existen “celos” sobre lo que se quiere hacer y a pesar de que se compartan algunas cosas, no se comparte todo lo que se sabe, así como tampoco la forma cómo se va hacer ni lo que se va a plasmar en la totalidad. Comparten o enseñan, por ejemplo, cómo realizar una puntada. En mi caso, mi inexperiencia llevó a que doña Constanza me mirara con cara de “así no se hace”, mientras yo intentaba tejer una tela que, por cierto, no terminó de tejerse. Me decía que, si yo seguía dando las puntadas de cierta manera, el tejido me iba a quedar débil; y con débil se refería a que yo no sabía cómo hacer nudos para terminar un trazado de hilo.

Ella y su esposo Hector realizaron una tela relativamente pequeña para el Costurero. Me contaba Constanza sobre la forma en que la hicieron, los colores que usaron y las palabras que pusieron. Mientras conversábamos sobre eso una de las integrantes, doña María, llegó y le dijo: “no hablé tan duro que de pronto se le copian de las ideas”, a lo que Constanza le respondió que sí, que siempre se robaban las ideas. Entonces, como quien va a contar un secreto, se acercó y me dijo: “acá hay que ser cuidadoso con las ideas porque acá, ¡Ay Dios mío!”. La conversación siguió versando sobre la idea de la tela, del porqué de la misma; no

obstante, el cómo parecía estar un poco más escondido. Doña Constanza no tenía problema para enseñar a hacer una puntada, porque sabía que no estaba revelando la idea final. El secreto de las telas se daba puntada a puntada, pero la idea final nunca se compartía, es como que la forma de hacer telas apuntara a la metodología del Costurero.

La idea de grupo no fue explícitamente “terapéutica”, es decir, cuando se hablaba del grupo no se mencionaba explícitamente lo “terapéutico”; sin embargo, lo que se contaba que se hacía (o sea, las telas de memoria) estaba catalogado como un ejercicio de resiliencia enmarcado dentro de lo terapéutico. Puedo decir con seguridad que el Costurero se encontraba en crisis en el momento en el cual realicé mi trabajo de campo; entonces, no era un espacio en donde ellas podían llegar a hacer terapia; más bien, el Costurero se convirtió en el lugar en donde los miedos personales de cada historia se reflejaban en las peleas y en las tensiones que eran cotidianas en esas jornadas; por el dinero, por la representación personal o por simplemente estar ahí y rememorar. ¿Funcionan los grupos con este tipo de objetivos? Es arriesgado de mi parte decir que no, pero sí puedo decir que los grupos recogen tensiones que necesariamente las personas no tienen que experimentar en un lugar que se supone debe ser respetuoso con sus historias y con sus vivencias. Ahora, puedo sugerir también que la impotencia de que no haya verdad ni justicia sobre la mayoría de estos casos hace que las personas no puedan, en mi consideración, tener espacios de tranquilidad porque, como muchas de ellas decían, “la única medicina es la verdad”.

La idea del Costurero no es que las costureras se relacionen en forma competitiva, pero claramente el reconocimiento que cada una de ellas adquiere dentro de otros espacios a los cuales van tienen que ver mucho con la dureza de las historias personales, que a pesar de que todas sean igual de fuertes y tristes, siempre hay una que otra historia con la que la gente tiene un tipo de relación diferente, ya sea por el hecho de recordarla más o por tenerla más presente que otras historias. Por ésta razón, el ser buena tejiendo también implica un reconocimiento más emotivo de la historia persona, de la lucha individual. Notoriamente, había en ese espacio colectivo una necesidad individual de “destacarse”, a pesar de que, en la palabra del ideal, la igualdad de condiciones fuera fundamental. También está el problema

de quién habla en ciertos momentos más que en otros. Ésta molestia se hacía evidente cuando, por ejemplo, se relacionaba al Costurero preferencialmente con las “Madres de Soacha”.



Ésta es la tela que doña Constanza y don Héctor realizaron. El recuadro café hace parte de un delantal que las mujeres del Costurero, en general, realizaron con la idea de venderlo. La idea del árbol fue de él; doña Constanza me decía que ese árbol representaba el amor que tienen por su hijo, del que dijo era un amor que tenían desde la raíz, que como los árboles crecía desde lo más profundo y se entrelazaba en las luchas con otros corazones que también estaban buscando a sus familiares. La tela tiene escrita, en palabras de don Darío, las fechas de nacimiento de sus cuatro hijos y narra que, a pesar de la pobreza, eran una familia feliz porque los valores que tenían los unían como familia; además, tenían a Dios siempre acompañándoles. La felicidad se acabó cuando mataron a Camilo, el hijo que no han podido enterrar y por el cual no han dejado de luchar.

Cada quien teje las telas que hacen el Costurero, pero cada una de esas mujeres parece tener una idea personal de lo que hay que hacer con ese espacio, de a quién hay que invitar o no. Al parecer llegan siempre a un consenso, pero casi siempre abogan principalmente por intereses personales en lo que toca a los casos de sus hijos. Esos secretos, que son tejidos, se podrían pensar como una especie de competencia entre ellas. Tener una historia difícil, que todas la tienen, y hacer un muy buen tejido implicaba que llevaran a alguien a una exposición como representante del Costurero, implica también poder ser la historia de ejemplo que mostraba qué era lo que se hacía en ese espacio en particular; implicaba poder conocer personas que se interesaran particularmente por una historia y que se le diera más atención a

esa tela particular que se llevó. Esto, consecuentemente, ha generado disputas dentro del Costurero y dentro del Colectivo de las “Madres de Soacha” ¿Por qué a ella la entrevistan y a mí no?

Una jornada cualquiera llegó al Costurero un equipo de periodistas del canal venezolano Tele Sur. Ellos estaban interesados en la historia del Costurero, pero particularmente querían conocer la historia de doña Julia, quien había perdido a su hija y a su esposo a manos del bloque paramilitar de Jorge 40. El equipo empezó a filmarla solo a ella por lo que doña Candelaria gritó dentro de la biblioteca “Si se filma a una, se filma a todas”. Doña Julia tomó su tela y les dijo a las personas que la estaban grabando que mejor se fueran de la biblioteca y que grabaran en otro lado. Se trataba de una “pelea” por el protagonismo en el Costurero y por un reconocimiento sobre “quién es más víctima” que otra persona o por qué un caso es más importante que otro. Este tema es de una complejidad impresionante porque se vive en el Costurero y, también, dentro del grupo de Madres de Soacha. ¿Quién tiene la autoridad para decir quién es más víctima que otra persona? ¿Qué aspectos toman relevancia para hacer esta afirmación?

Recuerdo que en una sesión de jueves que se llevó acabo todo el día salimos a almorzar a un restaurante que queda cerca del Centro Distrital de Memoria, en donde se realizan siempre las sesiones del Costurero. En el almuerzo se comentó sobre un evento en donde las invitadas principales iban a ser las Madres de Soacha. Como no estaban todas las que asisten al Costurero, una de las “líderes” del grupo sugirió quiénes eran las que debían ir. Cuando se terminó el almuerzo íbamos caminando para empezar la jornada de la tarde. Yo iba caminando y una de ellas me dijo muy molesta: “si ve cómo es; a mí nunca me meten en esas cosas, a mí no me reconocen, siempre me sacan del grupo y si yo voy a un evento a mí nunca me mencionan, es como si no hubiera pasado por lo mismo que les pasó a ellas”.

Las comparaciones y la resonancia de los casos siempre es un tema que está rondando en el espacio. Empieza con el tejido que es más bonito o qué está mejor hecho pues ese es el que atrae mayor atención, luego empieza a ser una cuestión de “comparaciones” entre los casos; el caso más difícil es el que tiene que tener mayor relevancia o el que tiene que ser más

escuchado o el que tiene que ser resuelto primero; si un caso “no tan doloroso” recibe más atención dentro del Costurero se nota la tensión que esto genera. Ahora, sé que escribiendo esto pareciera que nadie se alegra por los casos de las demás y que solo importa lo propio, lo de uno. Todo lo contrario, cuando se gana un caso, a pesar de la molestia general de que no haya sido el propio, hay una esperanza común de que el próximo caso, el personal, sea el que sea resuelto. Eso si hay una molestia general cuando a los casos les dan largas; por ejemplo, cuando se aplazaban las audiencias siempre estaba presente la molestia frente a los abogados que encontraban formas para dilatar las mismas.

Las telas son el reflejo de esta serie de relaciones complejas, de esos casos que no se quieren contar; las cosas que son un secreto pero que la tela hace explícitas. Podríamos decir que el tejido es un secreto que se cuenta paso a paso, pero que solo es revelado hasta el final de la creación. ¿Cómo se hace la puntada?, ¿cómo tejer para que quede más fuerte? Esas formas de hacer la tela se pueden compartir con la compinche de al lado, pero las ideas generales, es decir, la idea de la tela, qué dibujos van a ir, con qué colores se van a tejer, son los secretos que se van deshaciendo poco a poco mientras se crea la tela. Las historias de las telas son los secretos del Costurero.

Siendo sincera me hubiera gustado que mi permanencia en el Costurero hubiera sido más larga, duré aproximadamente un año asistiendo todos los jueves durante toda la tarde. Mi compromiso estuvo ligado con el grupo desde el momento en que entré. Claramente mis anhelos de investigadora estaban ligados a tener una relación que, yo pensaba antes de hacer todo el trabajo de campo, iba a ser muy buena. Me imaginaba que me iba a llevar bien con todas y que ellas iban a estar familiarizada con mi presencia. Al final, mi experiencia no logró ser del todo así. Tuve muy buena relación con algunas, no con todas. Pude conocer unas historias a profundidad y otras eran solamente conocidas por lo que pude escuchar entre los tejidos de algunas telas que nos sentábamos a coser.

El Costurero perdió varias integrantes a lo largo del año en que yo estuve. Una de ellas fue doña Aurora, quien se marchó porque, según me comentaba, nunca se pudo adaptar al espacio ni a la colectividad de las Madres de Soacha. Ella sentía que la colectividad era muy cerrada

y que no daba espacio para alguien “nuevo”, al menos, en términos de acogida. Los conflictos dentro de la colectividad eran tan fuertes que, si alguien llegaba nuevo o tenía algún problema de representación, el grupo de las Madres de Soacha se dividía y esta división se sentía en el ambiente del Costurero. Se echaban indirectas, había malas caras y todo eso se sentía dentro del espacio. Por esta razón, Aurora se fue definitivamente. No puedo hablar de las razones específicas de las demás personas que se fueron, aunque, algunas veces entre conversaciones escuché que también se iban por que el ambiente no les agradaba o porque, quizás, el compromiso era muy demandante.

A fin de cuentas, mi periodo de un año se vio cortado por una petición que se salía de mis manos; algunas veces, de manera muy sutil pedían colaboraciones de dinero a los estudiantes de universidades privadas o con tiempos completos de asistencia, lo cual es totalmente entendible. Di a conocer mis horarios de universidad en el espacio, al finalizar del año de mi trabajo de campo, para que ellas supieran que iba a llegar tarde de ahí en adelante. Les conté este nuevo horario me impedía acompañarlas los jueves de dos a seis de la tarde y pregunté si podían permitirme acompañarlas de cuatro a seis de la tarde, a veces más tarde. La respuesta que obtuve fue cortante. Me dijeron que el espacio no era un colegio y que tenía un proceso constante; entonces, si yo no podía ir toda la jornada, era mejor que no volviera.

Ante tal respuesta me ausenté por dos semestres, también por los horarios de la universidad; y cuando decidí volver por que los horarios me lo permitían y porque eran vacaciones de mitad de año, Claudia, una de las líderes del Costurero, me contó que el grupo ya no era lo que era hace muchos años, “ya no era bonito como al principio”. Según ella, las personas del Costurero ahora tenían otras ideas que, al parecer, iban más por lo económico. Claudia, decidió retirarse y muchas personas más lo hicieron, me comentaba ella. Algunas tejedoras se habían apropiado tanto del espacio que no dejaban entrar a nadie más, todo el que llegaba era criticado duramente, pues al parecer nada ni nadie de lo que llegaba era bueno para el Costurero.

Entre tanto tuve la oportunidad de ser invitada al Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado, por una de las tejedoras, doña Julia, una de tantas Julias que hay en el Costurero y en

el Movice. Me dijo que podía ir cuando quisiera, que las reuniones eran los miércoles en la tarde. La idea me gustó. Hablé con una estudiante recién graduada de la Universidad Nacional que, a diferencia mía, logró hacer empatía con solo una semana de estadía en el Costurero. Ella me contaba que el Movice no había sido para ella una buena experiencia. Me decía que era desordenado, que no entendía como se trabajaba el espacio y que por esa razón ella decidió irse. Yo quedé asustada con esa descripción, no quería pasar de un espacio que me parecía incómodo para irme a otro donde me podría sentir igual. Sin embargo, no dejé que el miedo me ganara y decidí asistir al Movice para poder continuar con el trabajo de campo, lo cual fue una idea muy acertada. En lo que sigue, describiré lo que es el Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado, desde sus aspectos generales, hasta lo que pude conocer siendo parte de éste.

Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado (Movice). Devenir y tensiones del Movimiento

El Movice, por su parte, ha hecho una denuncia política desde hace casi dos décadas; una lucha política por el reconocimiento, la justicia y la verdad al reunir a las víctimas de crímenes de Estado que han invisibilizadas, faltas de reconocimiento y revictimizadas, que han tenido que luchar con la muerte pública y política en un país en donde este tipo de víctimas se asume que no existen.

El Movice (en principio denominado “Proyecto Colombia Nunca Más”) propone un ejercicio de recopilación, organización y manifestación de crímenes que no son reconocidos ante el Estado. Este grupo surgió como un proyecto que buscaba documentar las violaciones sistemáticas a los derechos humanos, en el marco post dictatorial de Centro y Sur América. Este proceso se convirtió poco a poco en un ejercicio de documentación sobre la impunidad en el país. En 1994, el Seminario Internacional sobre Comisiones de Verdad, llevado a cabo en Bogotá, concluyó que las herramientas para superar la impunidad en el país eran insuficientes.

Según Marcela Duarte (2015), el proyecto *Nunca Más* nació de la necesidad que tienen las víctimas para contar otra versión de cómo sucedieron los hechos. Para Iván Cepeda (2015) en los años 1992 y 1993, fue necesario plantearse un proyecto de memoria. Por su parte Javier Giraldo, coordinador del banco de datos del Cinep, menciona que el movimiento surgió con el apoyo de 18 organizaciones de derechos humanos, tomando como experiencia el Tribunal Permanente de los Pueblos en Chile y la función documental del Vicariato Chileno durante la dictadura; esto conllevó a pensar la necesidad e importancia de documentar los crímenes que cometía el Estado en Colombia. De esta necesidad surgieron los primeros encuentros regionales de víctimas aludiendo también a temas de memoria y verdad.

Como parte de un ejercicio de posicionamiento el “Proyecto Colombia Nunca Más” generaba seminarios y talleres que como resultado mostraban los retos que un ejercicio como este tenía que afrontar y las posibles soluciones a los mismos. En el año 2000 se llevaron a cabo varios ejercicios cuyos objetivos eran establecer metas frente a la verdad, la justicia y la reparación, teniendo en cuenta ejemplos de otros lugares del mundo con este tipo de proceso, pero dándoles prioridad a las víctimas de crímenes de Estado.

En el 2002, la elección de Álvaro Uribe Vélez como presidente de la República y su abierto apoyo al paramilitarismo amplió los objetivos del Proyecto Colombia Nunca Más. En el 2004 se realizó en Colombia el I Encuentro Nacional de Víctimas de Crímenes de Lesa Humanidad. Ese evento serviría de antecedente para el surgimiento del Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado, El Movimiento se formalizó en el año 2005 en el marco del II Encuentro Nacional de Víctimas de Crímenes de Lesa Humanidad, violaciones graves a los derechos humanos y genocidio,

“[...] con la presencia de más de 800 delegados y encuentros regionales en las ciudades de Cartagena, Medellín, Cali, Popayán, Barrancabermeja, Bucaramanga y Bogotá. Es posible decir que el Encuentro como propuesta de surgimiento del MOVICE es un relato de continuidad y no propiamente un mito fundacional que pretenda entregar unos resultados concretos en plazos definidos. Se trata más bien de

un cuerpo de exigibilidad, organización y movilización de las víctimas de crímenes de Estado y organizaciones de víctimas [...]” (Movice, 2012, [s. p.]).

En el 2008 el Movice publicó la propuesta de Política Integral de Acción en Derechos Humanos: una propuesta desde las víctimas de Crímenes de Estado”. Ese mismo año se llevó a cabo una multitudinaria marcha en donde hacían visible la existencia de víctimas de crímenes de Estado.



Marcha 6 de marzo de 2008. El Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado ha tenido una trayectoria, tal vez, más cercana a la política nacional. Inició como el Proyecto Colombia Nunca Más y se fue transformando a medida que el contexto social le iba mostrando nuevos retos. Poco a poco el Proyecto Colombia Nunca Más se transformó en el Movice y siguió trabajando con las víctimas al rededor del país. El Capítulo Bogotá ha estado presente en los espacios públicos de la ciudad, denunciando crímenes con la presencia de los desaparecidos (Foto tomada por Surimages, 2008).

Para Carolina Torres (2015), psicóloga del Colectivo Psicosocial Colombiano (COPISCO), con la participación pública de Salvatore Mancuso en el Senado, la organización del movimiento se fue configurando hacia el año 2005 en torno a la búsqueda de la verdad de las víctimas de paramilitares, agencias extranjeras y entes estatales, además de estar en tránsito la *Ley de justicia y paz* con los paramilitares; el Movimiento de Víctimas de Crímenes de

Estado se fundó el 25 de junio de 2005 (Rama y Movice, 2015). El Movimiento condensa diversas organizaciones entre las cuales se encuentran:

ONG's: Colectivo de abogados “José Alvear Restrepo”, Comisión Intercongregacional de Justicia y Paz de la Conferencia de Religiosos de Colombia, Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos, Comisión de Justicia, Paz y Reverencia con la Creación de la Familia Franciscana de Colombia, Corporación Sembrar, Credhos, Reiniciar, Corporación de Derechos Humanos Semillas de Libertad CODEHSEL. Corporación Jurídica Libertad, Corporación Humanidad Vigente. **Presos Políticos:** Fundación Comité de Solidaridad con los Presos Políticos FCSPP. **Movimientos Sociales Cívicos:** Comunidades Eclesiales de Base C'eb's, Misioneros Claretianos de Colombia, Proceso Comunidades Negras, Coordinadora Nacional de Afrodescendientes, Asociación Nacional de Ayuda Solidaria ANDAS, Instituto Nacional Sindical. **Hijos y familiares de Víctimas:** Fundación Manuel Cepeda, Hijos e Hijas por la memoria, Unión Patriótica UP, Asociación de Familiares Detenidos-Desaparecidos –ASFADDES-, Asociación de Familiares de Víctimas de Trujillo. **Campesinos:** Asociación Nacional de Usuarios Campesinos ANUC-UR, Fensuagro, Coordinador Nacional Agrario, Federación Agro minera del Sur de Bolívar, Asociación de Campesinos de Antioquia, ADUC, Asociación Nacional de Desplazados. **Sindicalistas:** Central Unitaria de Trabajadores CUT, Unión Sindical Obrera USO Nacional, Instituto Nacional Sindical INS, Sindicato Nacional de Trabajadores de la Industria de Alimentos SINALTRAINAL, Sindicato de Trabajadores Mineros de Colombia, SINTRAMINERCOL Asociación Nacional de Técnicos en Telefonía y Comunicaciones Afines (ATELCA), ASODECOM, Asociación Distrital de Educadores ADE, Fenasintrap, Sintraelecrol Sintrateléfonos, Central Unitaria de Trabajadores. **Indígenas:** Comunidad de Kankuamos. **Estudiantes:** Asociación Colombiana de Estudiantes Universitarios (Herrera, 2008, p. 14).

Hoy el Movice está dividido en 19 capítulos que refieren a las regiones del país en las que centran su acción. El capítulo Bogotá, al que yo asistí, cuenta con un grupo de aproximadamente quince personas, entre las cuales hay víctimas y voluntarios; nos reuníamos todos los miércoles en las horas de la tarde, de cinco a siete aproximadamente. La casa del Movimiento no tiene logo del movimiento ni ningún indicativo que me hubiera permitido conocer que esa era la casa del Movice. Cuando llegué a la casa lo primero que

noté es que las paredes tenían afiches de convocatorias de derechos humanos, y una frase de William Ospina que reza así: “Todos esos esfuerzos por encontrar un culpable de nuestras pestes evitaban el problema central: preguntarse quién arrojó a los guerrilleros a la insurgencia, a los delincuentes al delito, a los pobres a la pobreza, a los mafiosos al tráfico, a los paramilitares al combate, a los sicarios a su oficio mercenario sino una mansera de gobernar al país que cierras las puertas a todo lo que pertenezca al orden de los escogidos ” (Ospina, 2013). Esa frase está en la “sala de reuniones”, la que en realidad es un garaje.

Mientras recorría la casa pensaba que era una casa memoria, pues en el patio de la misma, se encuentra una foto de Manuel Cepeda, político, abogado y periodista colombiano, integrante de la Unión Patriótica, quien fue asesinado en 1994 por agentes del Estado con complicidad de paramilitares. Ésta foto es tan grande como una pared y está elaborada con trozos de cerámicas. Pasando ese patio hay un cuarto pequeño, donde el Capítulo de Bogotá guarda los materiales para hacer las *galerías de la memoria*, que son una vez al mes; pancartas, fotos y lo que más resalta: una tela grande naranja tejida por doña Julia con una foto de su hija Irina, asesinada por los paramilitares del bloque Jorge 40 en la mitad. El cuarto, a pesar de ser pequeño, estaba lleno de fotos de las víctimas del Capítulo: esposos, hijas, hijos y hermanos; fotos de las marchas, de los desaparecidos, de las víctimas del genocidio de la Unión Patriótica; las fotos están en afiches, en pocillos, en separadores de libros, en hojas tamaño carta que se ponen en las paredes, ventanas y muebles que tiene ese cuarto pequeño.

Las reuniones se citan a las cinco de la tarde, pero algunos llegábamos a las cuatro y media aproximadamente. Me recibió un pasante de Sociología de la Universidad Nacional. Él me contaba que asistía al Capítulo, es decir, a las reuniones del Movice Bogotá, hace más o menos tres años. Yo no tenía ni idea cómo funcionaban esos encuentros o qué cosas se debatían, así que decidí preguntarle a él sobre el funcionamiento básico del Capítulo. Me decía que se reunían a discutir cuestiones operativas, es decir, cuadrar fechas de reuniones, encuentros, exposiciones, plantones o manifestaciones; todo alrededor del Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado.

Mientras esperaba a que llegaran las cinco para dar inicio a la reunión de ese miércoles, doña Julia me llamó a decirme que iba a llamar a la doña Ana T, otra compañera del Capítulo y que ella me iba a presentar. Lo más probable es que a doña Julia se le hubiera olvidado, porque cuando llegó doña Ana T, le pregunté si doña Julia la había llamado para presentarme. Su respuesta fue negativa, así que me tenía que presentar sola ante el Capítulo. No es que no pudiera hacerlo, pero pensaba que era mejor que alguien conocido me presentara a ver si así podía, a lo mejor, generar empatía con el grupo desde el comienzo, a diferencia de lo que había pasado con el Costurero.

Eran las cinco de la tarde y las personas iban llegando poco a poco, con algunas me conocía del Costurero, así que la entrada no fue tan incómoda. Cuando todos estaban reunidos, Irene, la vocera del Capítulo de Bogotá preguntó por el orden del día. El compañero que me había recibido más temprano hablaba de varias actividades, entre las que se encontraba: organizar la galería de la memoria. Las galerías eran actividades que se organizan una vez al mes en diversos sitios de la ciudad, aunque siempre han sido los mismos sitios, hasta el momento. Cada mes las galerías buscan recordar a un grupo particular de víctimas. Por ejemplo, si en el mes de mayo hay una víctima del capítulo que haya sido asesinada o desaparecida por ser sindicalista, la galería gira en torno a los sindicalistas. Esto no significa que las pancartas de los estudiantes o líderes comunales no se exhiban en la galería; se llevaban al menos las pancartas de las víctimas del capítulo y las demás escogidas dependiendo el mes. En el Movice, la memoria de los desaparecidos no se teje los jueves como en el Costurero sino se organiza en las galerías que quedan en las paredes de la fría Bogotá.

Creo que el Movice no es tan auto reflexivo en cuestiones de memoria; es decir, los talleres no están enfocados en hacer memoria cotidianamente, como en el Costurero. Más bien están enfocados en hacer memoria para otras personas. Creo que esto también se debe al tipo de memoria que cada grupo maneja; a pesar de no ser explícita, la memoria colectiva, considero, es la herramienta con la que el Movice hace todas sus manifestaciones, y a pesar de que en el Costurero se hagan actos públicos, el hacer las telas siempre es un volver a hacer sobre la memoria individual.

Un ejemplo son las galerías de memoria que tienen lugar una vez al final de cada mes, en algún lugar de la ciudad. La memoria se transporta a lugares cotidianos donde todos alguna vez pasamos para hacer mella en los corazones afanados de los capitalinos y de los visitantes. Se recuerda al que no está, en un mural colgado o en una foto en el piso; se recuerda que murieron a manos del Estado y que aún hay impunidad.

“[...] En los plantones desarrollados con motivos de la desaparición forzada, los participantes pueden ser, además de organizaciones de familiares de víctimas de desaparición forzada, miembros de organizaciones defensoras de derechos humanos y también artistas”, por ejemplo en junio de 2015 Asfaddes (Asociación de Familiares Detenidos - Desaparecidos) Medellín, Movice, Familiares Colombia y las madres de la Candelaria, plantaron retazos y carteles de sus desaparecidos, los iluminaron y los acompañaron con velones y crisantemos blancos. [...] la jornada estuvo acompañada por varios artistas locales: músicos, y cuenteros, y por la Orquesta Sinfónica de la Universidad de Antioquia y concluyó con la proyección de dos documentales sobre los desaparecidos de esta ciudad [...]” (CNMH, 2016, p. 370-371).

Las galerías “son espacios físicos destinados a visualizar los hechos ocurridos, los rostros de víctimas, textos alusivos a las masacres o a la dignificación de víctimas. En las *Galerías* observamos el uso de los diferentes lenguajes de memoria: pinturas, dibujos, fotografías, pendones, textos literarios” (Min Cultura, 2010, p. 112).

Las *Galerías de Memoria*, implican la apropiación del espacio público, generalmente en plazas principales o las calles más transidas de cada ciudad (CNMH, 2015, p. 366), además de instituciones políticas como la Fiscalía o Procuraduría. Para llegar a estos puntos se hacen recorridos en los cuales las personas visten camisetas con el nombre de la organización y el nombre de su familiar o cargan fotos de las mismas.

Las galerías de memoria son, sin lugar a duda, una de las manifestaciones más importantes que tiene las víctimas como herramienta de expresión, como propagadoras de memoria y conocimiento a las personas que no saben o no conocen; permiten un ejercicio de reconocimiento que lucha contra el olvido y persisten en la búsqueda de la verdad y de la justicia.



Galería de memoria. Sindicalistas asesinados (Plaza de la libertad Manuel Gustavo Chacón. Bogotá, 2016).

Dependiendo el tema la galería se instala en algún lugar específico, pero la mayoría de veces, en Bogotá se realiza en la plaza Santander, en la Carrera 7 con Calle 16. Las galerías siempre van acompañadas por pancartas pequeñas y medianas que tienen la foto de la persona, su ocupación, año de nacimiento y asesinato o desaparición y el posible grupo que cometió el delito. Las pancartas se cuelgan en un lugar visible.

Estas galerías son de construcción colectiva, cada quien aporta algo de su lucha y dolor para hacerlas visibles frente a otras personas, muchas veces solamente para que se sepa que en Colombia hay crímenes de Estado, como es el caso del objetivo que anima al Movice. Por ejemplo, el colectivo de Madres de Soacha, en colaboración con el Movice, realizó pancartas para conmemorar a sus hijos asesinados por el Ejército. No se trató de una colaboración monetaria sino, más bien, de una colaboración en términos de qué va a llevar la pancarta. Algunas llevan la razón por la cual fue asesinada la persona, otras tienen la canción favorita, el último lugar donde fue visto o solamente su nombre.

La memoria es, sin lugar a duda, lo que sobresale en las telas y en las galerías. No podría ser negada pues es una de las razones fundamentales de existencia de estos dos grupos. Las telas, al igual que los murales, recuerdan, viven y viajan en el espacio, el tiempo, los corazones para asentarse en el bonito lugar que es la memoria, que está en la calle, el cuerpo, la piel, en el corazón.



Ambas fotos fueron tomadas en la Universidad Pedagógica. La primera corresponde a la Galería de la Memoria que se llevó acabo para conmemorar a algunos estudiantes y profesores de la Universidad Pedagógica asesinados. (Bogotá, 2016).

En el Movice hablaban también del evento que se iba a realizar el 30 de agosto, día del detenido desaparecido. La idea del evento era que, con apoyo de un artista, las personas del movimiento que tuvieran un familiar desaparecido pudieran recibir una especie de vidrio macizo con la foto de ellos. El evento ya contaba con más problemas que participantes, el problema principal era el dinero para hacer posible todo el evento. Irene contaba lo que le decían en las reuniones con el Centro Nacional de Memoria Histórica.

De todo lo que se decía el punto central era que el dinero que les habían dado no iba a alcanzar para hacer lo que habían planeado. Faltaba dinero para traer a algunas personas del Chocó

que iban a participar en el evento; por esa razón, decidieron minimizar el número de personas que iban a asistir; lo mismo sucedió en varias regiones del país. También estaban pendientes los permisos del lugar de la actividad. Para la reunión de ese día, el lugar iba a ser el *bunker* de la Fiscalía General de la Nación. Se dio un debate sobre si la Fiscalía era un lugar apropiado para hacer el evento pues, para muchas de las personas que iban a participar en el acto, la Fiscalía era un espacio de impunidad. “A mí no me gustaría que la actividad fuera allá, cuánto lleva mi proceso y nada”, decía una de las participantes de la reunión, a lo que varias personas le respondieron que era claro que la Fiscalía no ha sido un aliado para las víctimas, pero que esperaban con la actividad posicionarse frente a una entidad estatal que pareciera que los había abandonado. El evento que se decidió iba a realizarse en la Fiscalía, se hacía con el fin de posicionarse, de recordarles que los casos no se habían cerrado y que ellos estarían más pendientes que nunca de los casos de sus familiares. Al final de la reunión tuve que presentarme con el grupo, explicar por qué estaba allí y cuáles eran mis intenciones de permanecer en él. Hablé de mi intención de tesis y de seguir allí constantemente. Las diez personas que estaban en el garaje estaban de acuerdo con mi presencia dentro del grupo.

Hay algo particular sobre éste espacio y es que es completamente diferente al Costurero. Primero, la cantidad de personas que asisten es mucho menor y no es tan constante; segundo; las reuniones del Movice son siempre de la misma manera, tienen un orden del día para saber cuáles son las actividades que se aproximan y cómo se van a organizar. Generalmente se discuten los eventos de meses venideros, qué organizaciones van a estar a cargo, cuánto dinero se necesita, quién puede dar el dinero y cómo hay que legalizarlo. Legalizar el dinero implica que, si se realiza una actividad, se tienen que firmar unas planillas con el nombre de los asistentes para que eso sea enviado a las organizaciones que aportaron el dinero y se “legalice” el aporte. Las reuniones se discuten en consenso, es decir, se aprueban si todos llegan a un acuerdo. Algunas veces los eventos implican ir no solamente el miércoles pues se realizaban reuniones extra los sábados o los viernes en las mismas horas para organizar las pancartas, para pintar murales o para asistir a un taller.

Creo que son en los espacios externos a las reuniones y a los talleres donde las personas del capítulo pueden hablar de cómo se sienten respecto a los casos de sus familiares o como está

la situación del país. Por ejemplo, doña María hablaba de la situación del país frente al proceso de paz y por qué era necesario votar por el sí en el Plebiscito (procedimiento jurídico por el que se somete a votación popular un asunto o ley especial de importancia para el Estado; en este caso, la terminación del conflicto armado con las FARC-EP). Ella ha asistido a talleres patrocinados por el Movic en Medellín hablando de la experiencia de la desaparición y posterior asesinato de su hijo Luis. Ella contaba su historia porque pensaba que era necesario que se conociera lo que había pasado con Luis, para que la gente supiera que los crímenes de Estado sí existían; además, para poder generar lo que ella llamaba “conciencia de paz”. Doña María estaba decidida a votar por el sí en el Plebiscito y a hacer consiente a la gente de que la paz era necesaria para que no pasaran más casos como los de su hijo.

En el Movic hablan de ellos, es decir de sus casos particulares de maneras más generales y menos íntimas. Es decir, los detalles de las muertes de sus familiares, al igual que en el Costurero se hablan de una persona a otra, y a pesar de que las personas sepan cómo fue la muerte o la desaparición de alguno de los familiares de las personas que asisten al Capítulo hay momentos de memoria que no son compartidos en público, al menos no en las reuniones semanales; pero en los eventos de cumpleaños o aniversarios de fallecidos el tema central son sus familiares y todos los recuerdos alrededor de ellos. Así, el Movic hizo posible para mí el poder comprender que hay otras formas de hacer memoria y que el dolor de perder a alguien se hace material a través de las pancartas y de los murales; que la intimidad de las historias se comparte de vez en cuando, pero cuando se es hablada permite comprender cómo sus familiares se convierten en presencias constantes.

Con otras formas de hacer memoria me refiero a que, por ejemplo, en el Costurero esta memoria que se quiere hacer pública también se quiere dejar en la intimidad del tejido; es esa memoria de la cual se teje todas las veces y se habla todas las jornadas; es esa memoria que se teje como la bandera de ese colectivo. La otra forma de hacer memoria en el Movic era más pública, si se quiere; es decir, no se reflexiona sobre la memoria personal en cada sesión; el colectivo es más operativo en término de organización: ¿en dónde se va a poner la Galería?, ¿quién tiene los permisos para poder poner eso en el espacio público?, ¿quién va a

hablar?, ¿qué se va a decir?, ¿de qué horas a qué horas se va a realizar? El Movice no hace hincapié en los casos particulares durante todas las sesiones, exceptuando en las galerías. No es porque no se quiera hacer sino porque ese grupo, como lo había mencionado antes, es más operativo en su organización para que otras personas que no tienen que ver con ninguna de estas organizaciones y va pasando por la calle, es una memoria que se hace para afuera, para los que no conocen.



Ya dentro de las Galerías, sin importar el tema, siempre esta una pancarta de los familiares de las personas que asisten al capítulo. Estas fotos son un retrato muy “personal” de las personas que fueron desaparecidas o asesinadas en su labor. Casi siempre aparecen sonriendo o en actividades familiares. Generalmente la foto viene con una inscripción debajo de ella, con las actividades que la persona asesinada realizaba. La fecha de la desaparición, qué actividad laboral realizaba y cuál es el estado del caso.

Ejemplo de las pancartas que son usadas en las Galerías de Memoria. Este tema era sobre líderes sindicales asesinados (Plaza de la libertad Manuel Gustavo Chacón. Bogotá, 2016).

Para Philippe Dubois (1986) el acto fotográfico permite documentar, pues la imagen que la técnica permite conocer y visibilizar, es también “un el acto de su recepción y de su contemplación” (Dubois, 1986, p. 36). En este sentido, podemos pensar las fotos de las Galerías como un acto de recepción de la memoria y como un acto de denuncia política, que hace que las galerías generen un impacto visual que atraiga a la gente y que les permita pensar

que ese desaparecido de la Galería puede ser cualquiera. Esto es acompañado por el ejercicio “Yo soy”.

Este ejercicio consiste en leer las descripciones que están en las pancartas debajo de las fotos en primera persona. En las reuniones, mientras hacíamos un “balance” de las Galerías, nos dimos cuenta que la gente se siente más aludida y presta más atención cuando se realiza el “Yo soy”. El ejercicio “Yo soy” siempre lo realiza alguna persona del Movice o los familiares de las personas que están en las pancartas; no lo hacen todos los familiares, solo lo realizan los que llevan más tiempo con la pérdida. ¿Podríamos pensar que este ejercicio reencarna de nuevo? Entonces tenemos otra forma de hacer memoria que involucra el involucramiento personal para hacer público un caso particular.

El Movice, al igual que el Costurero, también tiene una serie de interacciones que algunas veces dejan de ser tan cordiales. Uno de los principales factores para estas tensiones dentro del Movice, son los dineros y los tiempos. Como lo había mencionado anteriormente, el Movice agrupa a diversas organizaciones sociales; sin embargo, es el capítulo Bogotá el que organiza eventos para diversas víctimas, claramente de Bogotá, pero la idea es que se hagan eventos que agrupen diversos crímenes estatales. Un ejemplo de esto es el Día de la dignidad de las víctimas de crímenes de Estado. El 6 de marzo de este año (2017) se planteó que la marcha tuviera un público amplio, como había sido planteada anteriormente. Para esto, había que informarles a las víctimas inscritas en el capítulo sobre la hora y, más que todo, sobre la importancia de la asistencia a la marcha debido a que el Movimiento quería mostrar una posición y una participación fuerte frente a diversas leyes alrededor de las víctimas y de la Mesa de Desaparición Forzada dado el contexto de los Diálogos de paz. La idea de que asistieran muchas personas que hacen parte del Movice para darle peso a la marcha era fundamental. Cuando se empezaron a contactar a las personas empezó el primer problema.

Algunas no tenían dinero para movilizarse hasta la Plaza de Bolívar y es que, en realidad, el Capítulo de Bogotá no tiene un financiamiento propio, siempre es dependiente a la Secretaría Técnica del mismo movimiento, del Centro Nacional de Memoria Histórica o de organizaciones internacionales como Oxfam (confederación internacional formada por 17

organizaciones no gubernamentales nacionales que realizan labores humanitarias en 90 países). Muchas de las reuniones del Capítulo son alrededor de los eventos que hay y cómo se va a hacer para sacar los fondos para los mismos. Muchas veces los eventos se ven modificados porque el presupuesto se reduce, entonces no pueden contactar a todas las personas que quieren que asistan, las reuniones no se pueden hacer en algunos sitios o no se pueden dar refrigerios. Ese tipo de inconvenientes con el dinero genera algunas discusiones sobre la legalización del mismo. La legalización es el procedimiento en donde los dineros que son recibidos por el Capítulo son justificados en los eventos; es decir, si por ejemplo Oxfam da una donación para cierto acto, tienen que haber planillas firmadas por los asistentes con el número de cédula, firma, nombre, teléfono y organización a la que pertenece.

Otro problema alrededor del dinero es que, por ejemplo, si se realiza una actividad en la casa del Capítulo como limpiar las pancartas de las galerías, algunas veces se les dan auxilios a las víctimas y almuerzo a todos los participantes. Recuerdo una de estas jornadas un sábado. Todos íbamos con traje de limpieza; había que limpiar galerías que estaban guardadas hace muchísimo tiempo, llenas de polvo y pegante. Doña Julia llegó temprano, alrededor de las diez de la mañana ese sábado. Don Luis llegó más tarde, se estuvo poco tiempo en la casa y luego se fue, más o menos las 11:30 de la mañana. Alrededor de la 1:30 salimos a almorzar a un restaurante que queda cerca de la casa del Movimiento. Mientras nos “arreglábamos” para salir, en el garaje de la casa doña Julia expresó su inconformidad frente la poca presencia de don Luis en las jornadas. “Él no se gana lo del almuerzo”, decía ella. Juan Luis, quien estaba entregando el dinero le decía a doña Julia que tuviera paciencia y que entendiera la situación de don Luis, que era precaria. Doña Julia, con la sinceridad que siempre la ha caracterizado, le decía a Juan Luis que ella entendía, pero que en el Costurero les daban dinero o almuerzo si había constancia, que ninguna plata se ganaba fácil. Juan Luis aceptó el argumento de doña Julia y dijo que eso no volvería a pasar.

Como lo he mencionado, los tiempos también son generadores de algunas tensiones dentro del movimiento. Por ejemplo, las jornadas de limpieza, como la que acabe de mencionar, es una especie de “medidor” de compromisos. Si se asiste a otros espacios como el de limpieza de los sábados, que fueron pocos, por cierto, se sabe quién está metido de lleno con el grupo.

O eso es lo que afirman algunas de las personas que asisten al Capítulo, pues no son solamente apariciones públicas a los eventos que se realizan, sino que el Capítulo y el Movice es una unión de actividades que van más allá de los eventos públicos.

Al igual que el Costurero, las reuniones son un día específico en un horario específico. Como la mayoría de las personas que asisten trabajan, las seis de la tarde pareciera ser una hora adecuada para poder asistir todos “puntualmente”, cosa que no pasa tan seguido; las llegadas tarde, es decir, más allá de las seis, molestan. Aunque la molestia no se hace explícita en el momento que llega la persona, si se expresa cuando esa persona que llega tarde pregunta sobre algún evento, reunión, galería de la cual ya se había hablado anteriormente.

El movimiento se auto reconoce como una familia amplia, con gente esparcida por Colombia. La unión del Capítulo Bogotá es algo que no se puede negar; para limpiar galerías o para acompañar conmemoraciones públicas siempre están presentes y juntos. A pesar de que la constancia no sea tan fuerte siempre saben que, entre ellos, pueden contar el uno con el otro en todos los momentos. El movimiento es el claro ejemplo de que la unión hace la fuerza.

Capítulo 2. ¿Cómo se construye un cuerpo falso? De la indumentaria militar a la construcción de un alias

La construcción de un cuerpo falso es el entramado físico y de discurso que permite asesinatos para sumar positivos, es decir, muertes de guerrilleros. En estos casos esos positivos eran falsos y los que no fueron llevados a otro lugar para ser asesinados fueron asesinados bajo una trama que desde todo punto de vista los hacía parecer como los únicos responsables de sus muertes. Estos cuerpos fueron modificados, alterados, disfrazados y calumniados para poder justificar los vejámenes a los que fueron sometidos.

Este capítulo reconstruye algunas de esas historias que nos muestran cómo se construye un cuerpo para que sea justificado su asesinato, hasta pasar por un alias que les conllevará a las familias problemas como el rechazo social de sus familiares cercanos, vecinos y de la justicia. Estas historias me permitieron conocer cómo vivieron estas familias los asesinatos y desapariciones de sus hijos y en qué estado legal van algunos de esos casos. También considero necesario que el lector conozca estas historias para poder comprender las relaciones que las familias, en la mayoría de casos, las madres, desarrollan con sus hijos incluso durante sus desapariciones.

Luis

“Yo sé quién era mi hijo”, me decía una de las integrantes del Movice cuando hablábamos de Luis, su hijo, quien al parecer fue asesinado por el Cuerpo Técnico de Investigación CTI; era un líder estudiantil a punto de acabar su pregrado en Filosofía. “Él era un muchacho muy brillante, y no es porque fuera hijo mío, pero también era muy apuesto”, como dice doña María. La muerte de Luis fue catalogada como una graduación de un guerrillero de las FARC-EP que terminó con una bomba que explotó en el apartamento donde él y su familia vivían, en el barrio Samper. Según la investigación del caso, Luis, líder estudiantil, era objetivo militar por ser supuestamente guerrillero. Y lo que el CTI afirmó sobre Luis lo creyó toda la familia de doña María. Se alejaron porque pensaron que doña Gloria, don Luis (su

esposos) y Luis, efectivamente tenían algo que ver con la guerrilla. Desde ese momento, hace más de 10 años, doña María y su esposo han estado alejados de sus respectivas familias. ¿Cómo vamos a hablar con los papás de un guerrillero? ¿Cómo iban a permitir ellos que Luis hiciera esas cosas?

El caso de doña María, don Luis y Luis su hijo fue registrado por el periódico *El Tiempo* con el titular “¿Examen fallido de las FARC provocó explosión en edificio?” (*El Tiempo*, 2006). En el periódico *El Espectador* la noticia estaba relacionada con las familias tenían que seguir pagando servicios a pesar de haber perdido sus apartamentos a causa de una explosión provocada por un integrante de las FARC que vivía en el apartamento y que “tenía que poner la bomba en una de las entradas de Bogotá para impedir la llegada de viajeros a Bogotá” (*El Espectador*, 2009).

Luis era líder estudiantil en la Universidad Libre, estaba en octavo semestre de Filosofía y había ganado una beca para ir a estudiar a París. Un domingo de Resurrección, en Semana Santa, doña María y don Luis se fueron a misa mientras Luis se quedaba con dos de sus amigos, quienes también fueron asesinados en esa explosión del domingo. Doña María y don Luis salieron a misa y a su llegada al apartamento estaba todo en caos. Había policías, militares y bomberos por toda la cuadra; se habían percatado que había sido su edificio el que había explotado y, también, que el único piso afectado era el de su apartamento. Luis y sus compañeros no estaban. Entre el desespero y la búsqueda doña María se dio cuenta que, antes de la explosión, agentes del CTI le habían dicho a la mayoría de personas en su edificio que salieran, que había un simulacro.

Doña María y don Luis esperaban ver a Luis y a sus compañeros entre el tumulto pero la sorpresa fue grande cuando una de las vecinas le comentó que Jennifer, una de las compañeras de Luis, había salido viva de la explosión pidiendo ayuda. Según la vecina de doña María, la metieron en una camioneta blindada, tratando de tranquilizarla. Jennifer apareció más tarde ese día dentro de una bolsa negra frente a la casa de sus padres. Doña María y don Luis se quedaron en lo que quedaba del apartamento, esperando algún rastro de

Luis. Tres días después, en frente del apartamento, el cuerpo de Luis fue tirado boca abajo, él estaba en ropa interior. Doña María sabía que ese era Luis.

La presunciones que los conocidos y familiares tienen sobre la “culpabilidad” de los inculpados de participar en hechos de sedición o terrorismo no solo estaban presentes en el caso de Luis; varias personas más del Movice y del Costurero hablaban siempre de que el nombre de sus hijos había quedado marcado para siempre, que ese alias de guerrillero que les había sido impuesto en el momento de su asesinato era parte de la creación de un cuerpo que servía como justificación del conflicto, un cuerpo creado por un enemigo; el asesinato de todas estas personas solo era un elemento más de las acciones que “tenían que pasar” y que eran justificadas como parte del conflicto. Las familias luchan para que se diga la verdad acerca de lo que pasó con sus familiares, y esa verdad implica que los nombres de ellos no queden estigmatizados con un alias que, ante quienes no los conocen, perpetuará para siempre su identificación como culpables y le dará al Estado las justificaciones por sus crímenes.

Más allá del hecho necesario de conocer la verdad hay otra lucha presente pero que no se hace tan visible que es la lucha por restablecer el nombre de los hijos y de los familiares asesinados. Es luchar para que se les quite el alias. Alias “Martín”, “Alias Juan”, “Alias Pedro” o, simplemente, “el guerrillero”. Esos alias generan en las familias otras formas de relacionarse después de la muerte. Por ejemplo, doña María y doña Ana me comentaban, unos minutos antes de una de las reuniones de los miércoles, la ruptura que tuvieron con sus familias después del asesinato de sus hijos. Doña María me decía que ella siempre había tenido una muy buena relación con su familia y que después de la muerte de Luis su familia se alejó. No llamaban porque tenían miedo de que les interceptaran las conversaciones o porque les daba miedo de que los tildaran de guerrilleros, como los tildaron cuando se justificaron sus asesinatos. Algunos miembros de la familia creyeron que el alias dado a los chicos muertos era verdadero y, como muchos colombianos, prefirieron creer lo que un noticiero cualquiera decía sin indagar o siguiera sospechar de esa “verdad”.

Los casos de doña María y de las Madres de Soacha son solo algunos ejemplos de la construcción de un enemigo. Como varias de ellas decían, muchos de esos asesinatos se

daban como consecuencia de las denuncias que algunos hijos hacían ante el sistema corrupto, otras decían que sus hijos eran asesinados de esa manera por ser pobres; por ejemplo, algunas de las Madres de Soacha decían que sus hijos habían sido objeto de esos asesinatos “porque eran muchachos pobres y los militares pensaron que nadie velaba por ellos”. No sé si pueda denominarlo odio estatal, pero queda claro que es una lucha por tratar de eliminar a personas que piensan diferente. Ese odio por el otro ha matado, mata y seguirá matando mucha gente. Es una guerra que desde redes sociales hasta actos materiales como el asesinato considera que el pensamiento de tendencia izquierdista debe ser erradicado. Lo que no saben los que promueven este tipo de pensamientos es que hay movimientos que, como El Costurero o el Movice, siguen luchando en contra de la corriente para dejar sus voces en alto, reclamando justicia y verdad.

Jhon Jairo

John Jairo fue un joven que fue “dado de baja” en el 2008 como supuesto jefe de una banda criminal en Norte de Santander, junto con otros muchachos también residentes de Soacha. John Jairo salió de su casa el 8 de enero de 2008 y nunca más regreso. El joven, de 26 años, tenía la condición mental de un niño de 10 años, como lo afirma Irene, su mamá; no pudo estudiar y cuando creció empezó a realizar cualquier clase de trabajos. Cuidaba carros y algunas veces llevaba tinto a la Estación de Policía que era cercana a su casa. Desapareció de un momento a otro, sin rastro alguno. Después de casi nueve meses de buscarlo en las “ollas” de la ciudad y en diversas instituciones, Rosa recibió una llamada de Medicina Legal pidiéndole que se acercara a sus oficinas. Allí identificó el rostro de John; medio rostro, en realidad, pues el joven había recibido tres disparos en la cara. Cuando Irene viajó a Ocaña para poder traer el cuerpo a Soacha los investigadores de la Fiscalía le preguntaron si ella no tenía conocimiento sobre las actividades delictivas de su hijo. Según la versión oficial, John extorsionaba gente de la región y fue dado de baja mientras portaba una pistola en la mano derecha. Irene sabía que esos expedientes no correspondían con la realidad pues John era zurdo, ya que tenía poca fuerza en su mano derecha y, por supuesto, porque la posibilidad de que él fuera un delincuente se contradecía con sus condiciones y sus capacidades cognitivas.

Con este caso se pudo comprobar que el Ejército colombiano realizaba asesinatos sistemáticos que tenían fines de gratificación personales, tales como ascensos de escalafón militar o la asignación de días de descanso, concedidos a los perpetradores gracias al reconocimiento de sus “acciones positivas” (CNMH, 2017, [s. p.]).

Desde entonces, Rosa se juntó con las demás mamás que habían perdido a sus hijos en Ocaña y con ellas empezó a “hacer bulla” sobre sus casos. El grupo de las “Madres de Soacha” empezó a resonar en los medios colombianos, quizá por el hecho de ser un grupo que era relativamente homogéneo al respecto de los casos, y por el hecho de lo evidente de la fabricación y montaje de los asesinatos.

En el caso de John, se logró demostrar que las fuerzas militares realizaron un montaje que incluía un cuerpo torturado y disfrazado con el propósito de mostrar resultados al Estado sobre la lucha contra el crimen organizado. Fueron el cuerpo de John y la lucha de Irene los que lograron demostrar que los hechos fueron manipulados para mostrar el asesinato como “defensa del militar” pues, según ellos, John había empezado los disparos con la mano derecha, en la que le pusieron su arma. Como lo habría de demostrar Rosa posteriormente, John tenía una discapacidad en su brazo derecho que le impedía hacer cualquier tipo de fuerza. Así, el cuerpo de John se convirtió en el arma de los militares para demostrar su éxito. John fue nombrado extorsionista ante el ojo público y así fue también justificado su vil asesinato y su tortura. El cuerpo manipulado y nombrado como un Alias por los militares es la creación de un arma que justifica la guerra en nombre de su eficacia y disculpa con ello la muerte de jóvenes, mujeres y hombres, en el país.

Ricardo

En otro espacio tuve la oportunidad de empezar a hablar con una vecina. Entre largas charlas le conté sobre mi trabajo de tesis y me comentó que su hermano fue un falso positivo en los años 80. Ella me siguió hablando de su hermano. En el caso particular de esta familia, la masacre de los “falsos positivos” la supo todo el pueblo. Ocurrió el 24 de diciembre de 1985 en La Peña, Cundinamarca, en las horas de la noche. La familia de mi vecina estaba

organizando las luces navideñas. Como a las nueve de la noche llegaron golpeando en varias casas, preguntando por los muchachos que habían prestado el servicio militar. El hermano de mi vecina acababa de salir del Ejército en septiembre, por lo que se fue con los militares mientras su mamá preguntaba para dónde se lo llevaban sin respuesta alguna. Al parecer, así mismo hicieron casa por casa. Los 15 muchachos que fueron reclutados vivían en la vereda La Honda.

Primero se los llevaron a un batallón donde les dijeron que estaban presos por actividades delictivas; allí les permitieron hacer una llamada a sus familiares sin saber cuál era el futuro que les esperaba. La llamada era para informar la captura de ellos, aunque no sabían lo que vendría más adelante. Según las indagaciones hechas por la familia de mi vecina se los llevaron a una finca grande que estaba en la vereda; ya en la finca obligaron a los dueños de la misma a matar algunas gallinas para hacerles “la última comida de sus vidas”. Los agruparon y allí comieron; luego, se los llevaron a un pozo que quedaba relativamente lejos de sus hogares, pero lo suficientemente cerca para que las personas escucharan los gritos de auxilio que lanzaban los muchachos. Todo eso transcurrió en la madrugada del 25 de diciembre. Los jóvenes fueron torturados; ya muertos, subieron y cargaron los cuerpos en burros y los dejaron tirados en la salida de la vereda. Mientras los militares descargaban los cuerpos una enfermera que llegaba de turno se dio cuenta que allí estaba su hermano. Ella intentó hablar con los militares; amedrantada logró convencerlos para que se pudieran enterrar. Los militares accedieron a que se velaran el mismo día. Cuando llegaron al pueblo dieron la orden de toque de queda. Entre miedo y confusión los habitantes de la vereda La Honda tuvieron que velar a sus seres queridos.

Lo que vino en las noticias fue lo que los dejó aún más confundidos. Según el periódico *El Tiempo*, los diez muchachos asesinados eran integrantes del décimo primer frente de las FARC y habían sido dados de baja en combate. El nombre de su hermano aparecía ligado a tenencia de drogas, explosivos y extorsión. Cuando los eventos ocurrieron mi vecina no estaba en la casa, pero supo que sus papás se fueron por miedo y duraron internados en el

monte pasando hambre y frío mientras los militares se iban.

Según afirmó mi vecina, su mamá murió de pena moral, al igual que su papá. Los hermanos tomaron el caso, pero han pasado más de 20 años y el gobierno no ha respondido. Supo que uno de los militares involucrados se fue de Cónsul a Guatemala y algunos otros fallecieron como “grandes militares” que



habían brindado todo su tiempo de servicio a engrandecer la patria. Lo único que el abogado pudo conseguir fue una indemnización de algunos pocos millones que para ella no compensan una muerte, no son suficiente.



Transcripción de la noticia Tunja. 23. Por Miguel Angel Molina. Diez integrantes del décimo primer frente de las Farc fueron muertos durante enfrentamientos con el Ejército, informó el comando de la Primera Brigada. Los operativos han sido realizados en Copey (Boyacá) y en La Peña, La Paila y Aco* en Cundinamarca. El general Ubaldo Franco Ariztizabal, comandante de La Primera Brigada indicó esta noche que el primer enfrentamiento tuvo lugar ayer en la región de Yacopi, donde fueron dados de baja dos subversivos. Uno de ellos con el alias de Rubiel. A los insurgentes muertos les fueron decomisadas armas, material de intendencia y drogas.

Esta mañana, una patrulla ** Ejército destacada en La Palma, se enfrentó con un grupo de aproximadamente 15 miembros de las FARC, dos de los cuales fueron muertos.

Finalmente en la vereda Quebrada Honda de La Peña, fueron dados de baja los siguientes sujetos: Ricardo Osorio, Onofre Soto, alias "El Chivo", Ronaldo Guerrero, alias "El Pajaro", Heh Guerrero, alias "El Mico; Chimaco Guerrero y Salomon Guerrero.

En las filas de las tropas regulares no hubo bajas. El Comandante de la Primera Brigada agradeció a las gentes de Boyaca y noroccidente de Cundinamarca, la colaboración que ha venido prestando para... (Página 7-A). (Fotos tomadas del archivo personal de mi vecina).

Como en el caso de John, en el caso de Ricardo también es evidente que hubo una serie de procedimientos sobre el cuerpo que "permitían" y justificaban el asesinato de Ricardo y sus vecinos. Las alteraciones también eran externas, en sus cuerpos fueron puestos uniformes de camuflados con drogas y armas para justificar su asesinato. En este caso, además, se generaron una serie de comunicados de prensa en donde las bajas no fueron cuestionadas a pesar de las denuncias interpuestas por algunos familiares de las personas asesinadas. Este caso también representa la estigmatización con la que tienen que convivir los familiares tras la desaparición y asesinato de sus hijos.

Camilo y Hernando

En el caso de doña Aurora no fueron suficientes 59 balas de fusil para terminar de ultrajar los cuerpos de los dos primos asesinados, pues los militares con la culata de las armas les golpearon el rostro hasta que quedaron desfigurados. Doña Aurora pensó que iba a enloquecer. Cuando llegó a la casa con las pertenencias de su hijo y de su sobrino, se dieron cuenta que tenían prendas militares todas manchadas de sangre. Dentro del dolor que embargaba la familia, doña Aurora decidió tomarle fotos a la ropa, ambos estaban vestidos con prendas militares exceptuando los zapatos tenis (parte inferior de la foto).



Fotos expuestas en el Centro Distrital de Memoria, Paz y Reconciliación en la exposición sobre las Madres de Soacha. Las fotos corresponden a las prendas con las cuales Hernando y Camilo fueron encontrados después de haber sido torturados por algunos miembros, aún desconocidos, del Ejército. Según doña Aurora, el pasa-montañas y los camuflados eran todos nuevos, sin rastro de uso (Bogotá, 6 de octubre de 2015).

En el funeral, doña Aurora casi no podía reconocer a su hijo pues los golpes con las culatas, además de los 59 disparos, le habían cambiado “hasta el peinado” a Camilo. Los golpes le

habían cambiado el rostro, le habían separado el cuero cabelludo y en el arreglo del cuerpo hicieron lo posible para tenerlo presentado para el entierro. En ese momento, Doña Aurora dijo que estaba a punto de perder la cabeza. Su esposo le explicó que el cambio de su apariencia era, efectivamente, una de las señales de tortura.

Después del entierro, doña Aurora y su hermana decidieron ir al lugar donde los habían encontrado. Según la reconstrucción que pudieron hacer, los cuerpos fueron encontrados en un lugar que se llamaba La Arenera, donde había un tanque grandísimo. Debajo de ese tanque se encontraron armas que supuestamente pertenecían al grupo insurgente que el Ejército había combatido. Cuando llegaron al lugar, el lugar estaba como si no hubiera pasado ningún enfrentamiento; ellos buscaron casquillos de bala o algún otro rastro que les pudiera dar pistas sobre lo que pasó con Hernando y con Camilo. Doña Aurora se sorprendió de la rapidez con la que actuaron los policías. Me decía con molestia que, cuando a alguien lo mataban cerca a su casa, el muerto podía durar todo el día ahí tirado. Ella recordaba la muerte de un vecino que duró todo el día en la esquina de su casa, lleno de sangre. ¿Por qué sobre su hijo y su sobrino nadie sabía nada? ¿Por qué todo pasó tan rápido?

Esas preguntas parecen un común denominador en la mayoría de casos. ¿Por qué nadie sabe nada? ¿Por qué nadie vio nada? De repente, todas las personas que parecen implicadas desaparecen, no dejan huella, al menos no física. En cambio, la muerte se disfraza de camuflado verde y las persigue hasta en sus sueños y pesadillas. De repente, empiezan a recibir mensajes amenazantes que juegan con el dolor de sus pérdidas, mensajeros que se hacen pasar por sus hijos después del entierro con mensajes que son muy claros: “no busque más o la matamos”; piedras que caen en las ventanas o panfletos que llegan firmados por las Águilas Negras.

Esta construcción del enemigo se ha generado desde un discurso político hegemónico que, aunque a veces pareciera variar, tiene una serie de elementos comunes que lo construyen. Según Chilton y Schäffner, las funciones estratégicas para analizar los discursos entre opositores, además de las funciones de coerción, resistencia, oposición, protesta, encubrimiento y/o negaciones, se dan las estrategias de legitimación y deslegitimación:

“[...] empleadas en el discurso político cuando hay situaciones donde los individuos o grupos, incluido el Estado, no pueden actuar sólo por la fuerza, por lo que necesitan comunicar lingüísticamente de forma explícita o implícita las razones por las que las personas deben acatar regímenes de políticas muy diferentes. Una contraparte esencial en este discurso es la deslegitimación de los otros (ej. oposición institucional o no oficial) para lo cual se recurre a categorías que los presenten negativamente” (Chilton y Schäffner 2000 citado por Borja *et al.*, 2008, pp. 572-573).

El discurso que deslegitima tiene el propósito de excluir a los opositores, a pesar de que estos actúen dentro de los límites legales. Así, cualquier grupo que amenace al gobierno “democrático” debe ser controlado con medidas de fuerza, con intervenciones militares que permitan restaurar el control y el orden (Borja *et al.*, 2008, p. 583). Estos discursos de legitimidad de unos y de deslegitimación de otros han estado presentes a lo largo de la historia colombiana siendo difundidos por diversos medios como la prensa y la radio como herramientas para fortalecer “las propiedades negativas que se le atribuían a quienes no eran parte de una facción específica y a favor de quienes se emitía el discurso” (Henao, 2009, p. 197), lo que constituye una práctica común. La duración de la violencia en el país estuvo marcada por un cambio constante del tipo de estigma impuesto sobre el enemigo, es decir, la confección de un enemigo nuevo propicio para las circunstancias políticas de cada momento. Ya no es un partido político el que es amedrantado, también son sectores sociales que estaban siendo atacados por medio del discurso político; se trata de la guerra contra el “otro”, es decir, cualquier persona o grupo sindicalista que estuviera en contra de los partidos líderes para esos periodos, “La guerra contra el comunista y el comunismo [...] llegaron a ser términos enormemente flexibles e incluyentes que podían sacarse a relucir contra cualquier cosa o cualquier persona que pareciera desafiar el *statu quo*, ya fueran las trabajadoras de falda corta, la exigencia obrera de un aumento de sueldo o las alusiones ‘demasiado’ modernistas en la obra de pintores antioqueños” (Uribe de Hincapié, 1998, p. 44). La guerra contra el otro fue creciendo tanto que mató a inocentes queriendo mostrar resultado de una guerra. Esta deslegitimación es creada con los cuerpos de los otros: cuerpos torturados, manipulados,

disfrazados y estigmatizados que permiten la legitimación de sus asesinatos y la legitimación de la guerra.

Otro ejemplo de todo esto puede ser la campaña y el triunfo del No en las recientes votaciones del Plebiscito. Con el triunfo del no y el destape de la campaña sucia que realizaron, muchos colombianos y colombianas salieron a marchar. Fue una marcha sin precedentes; sin embargo, días después escuchamos una noticia que decía que la marcha por la paz la habían promovido guerrilleros. Así, de chisme en chisme, las personas que querían mantener el cese al fuego, se convirtieron en guerrilleros.

Estos casos son unos pocos ejemplos de una escenificación militar de asesinatos que se hacen pasar como actos delictivos, enfrentamiento, combates y demás, por medio de diferentes herramientas de disfraz y falsificación de pruebas que se crean para poder crear un cuerpo falso que justifique asesinatos extra judiciales. Dentro de la escenificación también es creada una identidad criminal que permite que la tortura y el asesinato sean justificados. Esta creación de la identidad ligada con un alias y con el cuerpo disfrazado como actor armado o delincuente termina siendo el mayor problema para las familias. No solo tienen que luchar para que se pueda trasladar el cuerpo, porque generalmente los asesinatos ocurren en lugares distantes; también tienen que luchar para que sus hijos no sean reconocidos e identificado con el alias, pues este implica un tipo de justicia diferente; es decir, en casos como los de Camilo o de Camilo, asesinados con la marca de los “guerrilleros”, el juzgamiento de sus asesinos se hizo bajo el fuero penal militar. En estos casos no reciben el castigo en justicia ordinaria. Ese es otro problema que tienen las familias, lograr demostrar que sus hijos no son quienes los militares dijeron que eran para que se pueda hacer “más justicia”, aplicando la justicia ordinaria.

Igualmente, el peso de la impostura provocada por el alias genera rupturas familiares. Por ejemplo, en el caso de Luis, su familia dejó de llamar a doña Gloria porque el “era supuestamente un guerrillero” y algunos de los miembros de la familia no se podía permitir ese tipo de contactos o tenían miedo de hacerlo. Los que ya quedaron marcados como guerrilleros ante la sociedad y las noticias, luchan desde sus familias para que les devuelvan

el nombre. Por eso, para muchas de las familiares que están buscando justicia, lo que principalmente piden es que el Estado pida perdón y reconozca que sus hijos no eran lo que ellos quisieron hacer de ellos con las modificaciones corporales y de identidad que les impusieron.

Creo que tanto la memoria como la verdad son construidas, como dicen en El Costurero, con pedacitos de tela y, tristemente, con pedacitos de cuerpos. Cuerpos maltratados, ultrajados, torturados, calumniados y olvidados que se van a las morgues y que siguen hablando “desde el más allá” para pedir justicia; estos cuerpos, al igual que la memoria, no se encuentran completos algunas veces, incluso, ni se encuentran. Pero al fin y al cabo son los sobrevivientes, especialmente las madres, quienes luchan para poder conectar, unir y tejer esos pedazos, como rastros de cuerpos y memorias de las personas. Y mientras los unen, sus hijos se quedan, siguen presentes en su vivir.

Capítulo 3. Presencias ausentes: cotidianidad, materialidad y devenir

El presente capítulo propone comprender la manera cómo los familiares de las personas desaparecidas conviven con los ausentes a partir de la experiencia de sensaciones corporales y materiales relacionada con la experiencia violenta de la desaparición de sus hijos, aquellos que “no están” pero que continúan manifestándose en la vida cotidiana de múltiples maneras; una materialización dada en relación con objetos específicos y con el cuerpo, que expresa la presencia de los desaparecidos en la cotidianidad del duelo de las personas que los rememoran con persistencia. El capítulo espera permitirnos pensar las relaciones de las personas con los objetos de la memoria en función de la construcción de la desaparición y de la ausencia.

La ausencia, según la RAE, significa acción y efecto de ausentarse o de estar ausente; tiempo en que alguien está ausente; falta o privación de algo; condición legal de la persona cuyo paradero se ignora (RAE, [s. f.]); por otro lado, desaparecer significa dejar de estar a la vista o en un lugar, dejar de existir, pasar a estar en un lugar que se desconoce (RAE, [s. f.]). Con ello, la RAE y los informes periodísticos, los libros del Centro Nacional de Memoria Histórica y lo que uno podría pensar como un conocimiento generalizado y común que circula socialmente sobre la desaparición formada en Colombia, coinciden en que la concepción sobre la ausencia es “no estar”, pero la desaparición también implica estar en un lugar que no se conoce. El ejemplo más claro de esto lo encontré una tarde en el Costurero, con una víctima de la toma del Palacio de Justicia en 1985 por el M-19. Ella llegaba a contar su historia, su hermana había sido vista en los videos que registraron el momento en que recataban a los rehenes del Palacio, pero después fue desaparecida. Cuando terminó de contar su historia decía que la reparación que ofrecía el Estado era incompleta: “si a mí me entregan la pierna de mi hermana, yo digo: uno puede vivir sin una pierna, así que ella todavía puede estar viva, así que todavía la tenemos que seguir buscando”.

Las desapariciones implican un “no estar” en términos “físicos”; un “no estar” en carne y hueso, pero también una serie de lugares que pueden ser posibles para una búsqueda que no

cesa por lo que la incertidumbre gana y permanece. Con las conversaciones que he podido mantener con las tejedoras de El Costurero, con las personas del Movice y, en menor medida, con mi familia, la desaparición forzada es una acción con un resultado contradictorio porque implican la vida y la muerte, como una vida que no acaba a pesar de que se sepa ya muerta o una que no acaba a pesar de la ausencia porque no se sabe definitivamente extinta. La desaparición es la herramienta violenta que considero genera preguntas que siempre se mueven entre el presente y el futuro: ella, él ¿en dónde están?, ¿quién los tiene?, ¿qué les están haciendo?, ¿cuándo llegarán? En las experiencias de la desaparición a las que me aproximé, la persona desaparecida con su cuerpo ausente o, incluso, aquella de la que se ha tenido certidumbre de su muerte y de la que se ha recuperado el cuerpo, continúa hablando para seguir aportando señas, pistas, para seguir preguntando, para seguir aclarando, contestando interrogantes y para seguir alimentando el recuerdo.

Por ésa razón este capítulo, sin lugar a dudas, es el que más me reta. Primero, porque rompe con una forma de pensar dual establecida que permea el sentido común, esto es la vida, entendida como la “fuerza o actividad esencial mediante la que obra el ser que la posee” y la muerte como la “cesación o término de la vida”; “morir es apagarse o dejar de arder (RAE, 2011). Cuando hablaba con mis amigos o familiares o con las personas del Movice o de El Costurero siempre decían que la memoria es una manera de mantener vivas a las personas a pesar de que hayan fallecido. Lo que encontré es que lo que se hace allí es una especie de memoria que se hace corpórea, material para las familias que conviven con presencias intermitentes de sus hijos desaparecidos; se trata de personas corporizadas, presencias materializadas a pesar de no ser vistas por todos. Es una especie de cuerpo que se mueve entre la presencia de la vida y sus manifestaciones íntimas ante sus familiares más cercanos y la ausencia de la muerte por un victimario poderoso como lo es el Estado; son los hijos que andan siempre en devenir, como deambulando. Están en un cambio constante: un día mandan señales de que están ahí, por medio de sonidos; al otro se hacen presentes en los sueños y al final se hacen presentes en sensaciones corporales experimentadas por los familiares mismos.

Creo que la primera experiencia de este tipo de presencia fue la de mi tío Juan. Mi tío Juan es para mí una persona que existe en la memoria de infancia de mi mamá y de mis tíos. El no

existe en mi memoria porque llevaba diez años desaparecido cuando yo nací. Crecí con la idea de que tenía un tío desaparecido, pero eso no generó mayor impacto en mí hasta cuando empecé a hacer el trabajo de campo para ésta tesis. Me sabía egoísta porque nunca me interesó saber más sobre su historia; más tarde me sentí extremadamente triste porque logré comprender, después de escuchar las historias que conocí, que vivir con la desaparición es crear otras formas de relacionarse con los que “no están en carne y hueso”. Logré comprender poco a poco por qué mi mamá lloraba cuando veía programas de televisión en dónde el tema central era el reencuentro entre familiares que no se veían desde hace muchos años.

Juan es para mí un fantasma que empezó a aparecer más y con fuerza en estos últimos meses; empecé a intrigarme por él, por lo qué había pasado con su vida, con su muerte, con su cuerpo, con su ser, aunque hasta el momento no he logrado conocer detalles significados sobre su pérdida. En el Movice hablé de su desaparición como un tema cualquiera, como un tema sin trascendencia, pero para ellos fue muy importante enterarse de eso. Creo que fui, a partir de ese momento, nombrada como víctima. Ellos abrieron sus corazones y empezaron a incluirme en algunos eventos como víctima del Capítulo. La verdad, yo tenía un sin sabor grandísimo; tanto que, en ocasiones, me arrepentí de haberles hablado de él. No sabía si el sinsabor se debía a que yo había pasado de ser la estudiante a ser la víctima, pero era incómodo relacionarme de esa nueva manera con la gente. Yo sabía que la muerte de Juan no había sido un crimen de Estado y yo pensaba que no podía comparar lo que le había pasado a mi tío Juan con lo que le había pasado a otras personas del Movice o del Costurero; no es porque un dolor sea más legítimo que el otro, pero devenía de unas circunstancias de la realidad distintas; simplemente sé que la presencia de mi tío empezó a estar más presente en mí, aunque fuera un tema del que no me gustara hablar.

Empezaron a preguntarme datos sobre su desaparición y creo que eso también fue frustrante para mí, porque nadie en mi familia podía darme respuestas. En casa no sabían en qué año había nacido, no sabían en qué día ni en qué fecha había desaparecido. En el Movice me preguntaban más y pedían información más precisa sobre él. Empecé a sentirme abrumada porque no tenía información y parecía como si no estuviera esforzándome lo suficiente como para llevar los datos que me pedían: edad, en qué trabajaba, año en que desapareció y año en

que nació. La única persona que, consideré, me podía ayudar era mi abuela, pero en su estado de salud me parecía inapropiado y riesgoso hablar de un tema tan doloroso. No me arriesgué a hablar con ella de ese tema. Claramente fui egoísta por que decidí pensar por ella, pero sentía que no me podía arriesgar. Hablé en el Movice para que el tema se quedara hasta ahí; decidí no insistir más en mi familia.

Empezar por hablar de mi experiencia íntima me permite introducir lo difícil que fue para mí escuchar de otras voces un dolor que a lo mejor me resultaba ligeramente familiar y, más que todo, hacer presente mi respeto y admiración a todas esas personas que conocí, por su valentía y por su fortaleza; este capítulo es de ell@s. Además de hacer presente a mi tío Juan en este texto, porque a diferencia de los procesos de recordar de las personas que conocí en el Movice y en El Costurero, sé que mi familia tiene una relación completamente diferente con la memoria del tío Juan, aunque yo hubiera decidido no profundizar en eso. Por una parte, sé que mi familia nunca se unió a grupos de memoria o de búsqueda, tampoco hubo un proceso largo. Juan fue buscado por cierto tiempo, y, por alguna razón que desconozco, la búsqueda terminó sin ningún rastro de él ni del porqué de su desaparición. No había muchas fotos de él en casa de mi abuela o de mis tíos. No podría decir que había una rememoración explícita alrededor de Juan. Creo, por esto, que las formas de rememorar son varias y complejas. ¿De haber estado mis tíos o mi abuela en grupos como el Movice o El Costurero, cómo hubiéramos recordado y convivido con Juan? ¿Tendríamos una relación tan estrecha con lo material para rememorar a Juan? ¿Lo sentiríamos como presencia en el cuerpo?

Hablo de Juan porque conocer otras formas en las que se rememora a las personas y en las que se lidia con la desaparición significó para mí una mayor apertura sensible hacia las otras historias que conocí. Tal vez me siento culpable de haber cercenado las posibilidades pequeñas de rememarlo en otros espacios y por eso decidí escribir de él acá, como un homenaje extremadamente íntimo entré él y yo. Para llegar a conocer todo lo que los “ausentes presentes” y la materialidad de sus presencias les contaban a las costureras y a las personas del Movice tuve que estar mucho tiempo con ellas y entablar todo tipo de conversaciones que de vez en cuando se hacían melancólicas y algunas otras veces estaban llenas de alegres recuerdos de infancia. A esas experiencias expresadas con un lenguaje

intimista las denominé narrativas profundas y a las que eran temas ligados a los casos de sus hijos, pero llevadas a un nivel más público y político, son las conversaciones que se dan en los espacios de trabajo colectivo o en diversos espacios en donde el tema de desaparición se hace presente.

Además, para poder llegar a conocer la comunicación entre los desaparecidos y sus familiares hay que tener en cuenta el camino de construcción que esas presencias recorren para poder llegar a instaurarse en la cotidianidad. Este camino está construido a partir de las narrativas externas y las narrativas profundas, que me permitieron conocer cómo sus familiares desaparecidos o asesinados logran estar presentes en sus vidas cotidianas. Dentro de estas narrativas profundas, momentos íntimos tales como los sueños y los sonidos con los que los ausentes hacen presencia en la vida de sus familiares, por lo que solo los más allegados pueden verlos y sentirlos; es decir, en lo íntimo se dan manifestaciones corporales que ocurren cuando, incluso, las familiares los sienten a ellos dentro de su propio cuerpo; las señales, las intuiciones, los sueños son materializaciones de la presencia de los ausentes y se dan como parte de un *continuum* de comunicación que les permite llegar a lo público y tomar todas las experiencias privadas como parte de la lucha que se hace visible por medio de los grupos como el Costurero o el Movice. Para esto es necesario conocer este camino y las formas de expresión que este proceso develan.

Narrativa externa y narrativa profunda

Hablar con las integrantes del Costurero suponía para mí una puerta de entrada al entendimiento de lo que pasaba en sus vidas y de lo que pasaba dentro de ese espacio. Cuando se acabó una de las jornadas, más o menos a eso de las siete de la noche, la mayoría de integrantes del Costurero ya se había ido y solo quedábamos algunos estudiantes de la Universidad Nacional, doña Constanza y yo.

Doña Constanza se nos acercó y con la alegría que la caracteriza nos empezó a contar la historia sobre cómo había conocido a su esposo, Héctor. Nos dijo que por bobadas que había

escuchado en el pueblo para encontrar el amor de la vida o, al menos un amor, existía un agujero que consistía en meter un huevo debajo de la cama y al día siguiente abrirlo en un plato plano y leer lo que tenía la clara, algo así como interpretar lo que decía la clara. Ella, muy juiciosa, dejó su huevo debajo de la cama y se fue a una fiesta de año nuevo. Allí conoció a Héctor, quien la invitó a bailar. Toda la noche la pasaron juntos. Doña Constanza se sonrojó contándonos esa historia y nos dijo que él no paraba de hablar de su belleza. Al día siguiente se fueron en el bus para la casa de Constanza. Ella se fue a dormir y Héctor se quedó en la sala con la mamá de Constanza. Un día después Héctor le dijo a Constanza que se iban a casar. Constanza rio, pero efectivamente, se casaron al mes siguiente y hasta el momento no se han separado. Son padres de 4 hijos.

Entre risas y tragos nos dice que ella nunca pensó que fuera a durar tanto con Héctor y que fuera a tener tantos hijos con él, “pero la vida da vueltas que uno nunca espera”; tampoco pensaba que fueran a matar a su hijo.

Hubo una mixtura de emociones que se reflejaba en su rostro cuando doña Constanza empezó a hablar de Camilo. Esta mixtura incluía el orgullo de haber tenido “un hijo juicioso y bien parecido”, pero también el dolor de saberlo asesinado y de no haber podido encontrarlo para enterrarlo. Lo primero que nos mencionó fue que le hubiera encantado tener un nieto de él; sin embargo, nos contaba que él era un muchacho muy juicioso y no quería dejar hijos regados por ahí. Hubieran sido nietos muy guapos, comentó doña Constanza. Nos dijo también que a veces pensaba que le hubiera gustado irse con Camilo y no luchar más por una causa que parecía pérdida, pero sentía que, en los momentos que más quería decaer, se encontraba con nosotros, los jóvenes, que de alguna manera estábamos interesados en lo que le pasó a su familia, en las lágrimas o en los abrazos que sirven de apoyo en los días que no se sentía con ganas de seguir adelante.

Fue doña Constanza quien mencionó la falta de ganas que a veces tenía de contar la historia de Camilo, así que, como he notado, siempre hacía menciones breves sobre los hechos que acontecieron hace más de ocho años. No sucede así solo con doña Constanza; doña Aurora o doña Julia también piensan que algunas veces se hacía pesado o era innecesario repetir

tantas veces la misma historia, porque, en palabras de doña Julia, “molestar tanto con la memoria y que la memoria y la memoria, lo puede volver a uno turuleto”. Volverse turuleto significaba, en esa alusión, volverse loco, como que de la memoria y del dolor personal se habla tanto que a veces repetirla tanto, coserla, contarla, llorarla, dibujarla, se vuelve una carga extenuante de cargar. Doña Julia me decía que a veces solo quería tejer una flor y ya; nada que tuviera que ver con la memoria de la aflicción que es la les permite las telas maravillosas que crean porque cada vez que daban una puntada se acordaban de sus hijos y de sus historias y eso las afligía más.

Entonces, las historias resumidas o a medio contar son la narrativa externa, lo que pasa por contar las dolorosas historias de sus familiares donde no hay detalles tan explícitos sobre el dolor que conllevan una muerte, una desaparición y una calumnia. La narrativa externa no hace guardia del dolor, no refiere al modo como la muerte está tatuada en sus cuerpos, no repara en los detalles sobre los dolores, que viven diariamente y pegaditos a ellas. La narrativa externa es lo que les pasa diariamente en esa labor cotidiana de contar lo sucedido, la que, por supuesto, está conectada con sus tragedias personales, pero que se hacen superficiales en la cotidianidad de sus luchas frente a los que las escuchan con mayor o menor interés. La narrativa externa es lo que podríamos ligar a un discurso político que está ligado a una opinión general sobre la justicia, claramente ligado a un caso personal, pero sobre todo ligada a discursos generales sobre memoria, la justicia o la representación de ser víctimas de crímenes de Estado. La narrativa externa está vinculada siempre con la colectividad, con el grupo, pero no deja ver la profundidad ni los detalles de las historias y de experiencias personales de esa violencia, que son la base para tener una narrativa externa, grupal, pública, colectiva, pero que terminan resguardándose en los espacios narrativos más íntimos.

Las narrativas se encuentran en constante movimiento alrededor del estado del país en temas de justicia. Por ejemplo, en el tiempo de mi trabajo de campo estaban gestándose las negociaciones de paz entre la guerrilla de las FARC y el Estado colombiano. Este tema era muy debatido y tenía opiniones muy divididas, al menos en El Costurero; el Movice, por su parte tenía una posición de apoyo y defensa a los acuerdos por lo que las actividades, las discusiones, las acciones de reivindicación se articulaban en favor de ese proceso sin que eso

significara una vinculación directa de la experiencia particular de las madres y de las familias en la interlocución dada durante ese proceso.

En estos casos la narrativa externa expresada por parte de algunas personas de El Costurero se encontraba dividida por el tema de justicia transicional que se estaba negociando en el proceso de la Habana. Dentro de tantas cosas que se hablaron acerca de la justicia transicional, una de las principales discusiones era acerca del proceso de juzgamiento de los militares que cometieron crímenes dentro del periodo del conflicto. En una de las audiencias sobre los mal llamados Falsos Positivos se entró en debate, pues esta se aplazó porque el juez consideró que este tipo de casos podían estar dentro de la Jurisdicción Especial para la Paz. En respuesta a esa propuesta, muchas de las madres dijeron que la paz era un engaño que se estaba haciendo visible, una especie de triquiñuela para ellas y para sus casos. De esta manera, la narrativa externa se relacionaba con el proceso de posicionamiento político que se hace visible en momentos de coyuntura, de lucha política, donde un caso particular se suma a (o disiente de) otros, como procesos colectivos.

Más allá de ese lugar público de agencia política, poder conocer la narrativa profunda termina siendo un privilegio que solo se puede alcanzar cuando se genera una relación más íntima con las personas, de complicidad, tal vez. Por esta razón, la narrativa profunda, más allá de permitir conocer con lujo de detalles cómo acontecieron estos crímenes, nos permitió entender la experiencia, materializada en el cuerpo, una experiencia sensible y doliente, que es la que se genera en ellas con lo que pasó con sus familiares.

La narrativa profunda implica una apertura a la sensibilidad del otro, la que difícilmente se logra con una o dos conversaciones. Diría yo que, al igual que las telas y que la memoria, la narrativa profunda se construye poco a poco, con mucha paciencia. Las telas, son un camino narrativo que se hace instrumental en el proceso cotidiano donde se dan narrativas externas; sin embargo, considero que esas mismas telas pueden abrir la puerta a entender la narrativa profunda. Las telas cuentan lo que pasó antes y después de las desapariciones y de los asesinatos; además, se convierten en un testimonio visual que reemplaza la necesidad de estar contando cada vez que alguien pregunta sobre los casos. En cambio, la narrativa profunda

está llena de emociones que rompen con los ejercicios cotidianos del día y que surgen en cualquier momento porque viven con ellas, pero que son difíciles porque cuando salen a flote se desata lo más significativo de la experiencia. Esta narrativa profunda no solo es verbal, es expresiva, susurra, grita, se levanta de las sillas, llora y teje. Estas narrativas implican que yo las conozca a ellas de manera “profunda”, cuando me comparten las historias de sus hijos, de sus familiares; el conocimiento de esa experiencia intimista se da cuando me comparten sus lágrimas, sus silencios, sus miedos.

Las narrativas me han permitido conocer dos tipos de espacios personales y colectivos. Es decir, conocí a unas mujeres sufrientes por la experiencia de la violencia y al tiempo conocí a unas mujeres que a partir de estas experiencias construyen un posicionamiento político. Myriam Jimeno (2007) argumenta, en su texto sobre “Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia”, que las experiencias de violencia, sean cuales sean, generan desconfianza en la persona afectando sus redes sociales. Sin embargo, afirma también que las personas encuentran un posicionamiento político en cuanto se permiten “la comunicación de las experiencias del sufrimiento” (p. 1). En el Costurero esta comunicación de la experiencia del sufrimiento surgía a partir de una narrativa externa inicial, lo les permitía a las dolientes generar redes de comunicación a partir de una experiencia de violencia similar. Ellas apropiaban narrativamente sus experiencias para contar sus historias. Con estas formas de expresión, la categoría de víctima dejaría de ser tan “abarcadora” y empezaría a dar paso a las personas como sujetos emocionales dentro de una comunidad política (pp. 1-2).

Jimeno considera que las narraciones de dolor y sufrimiento crean un terreno en el cual el habla y la escucha no solo permiten el intercambio de formas de vivir y de entender ese dolor, sino que también permiten desarrollar “un lazo emocional que apunta a reconstituir la subjetividad que ha sido herida: se crea una comunidad emocional” (p. 11). Si bien en grupos como el Costurero o el Movice se generan lazos de hermandad, compañía y apoyo, también es cierto que se generan, en el Costurero especialmente, una serie de tensiones ligadas a los tiempos y respuestas de cada caso. Esos lazos emocionales, entonces, no están exentos, entonces, de fricciones al interior de los grupos, como mostré en el primer capítulo.

La autora concluye con la reflexión de que el cuerpo político y el cuerpo personal se entrelazan en la vida social y menciona cómo éste, el cuerpo político, apaga, silencia al cuerpo personal; en este sentido las narrativas permiten expresar ese cuerpo individual y quitar un peso frente al cuerpo político. Igualmente recalca la importancia de las narrativas, para tener la posibilidad de recomposición de ser de nuevo parte de un campo político y fortalecer sus redes sociales.

Para Francisco Ortega (2008), Veena Das logra generar, a partir del testimonio, una herramienta fundamental no solo para el trabajo académico sino una herramienta cotidiana que permite una puerta de entrada al conocimiento de las experiencias de violencias experimentadas por las personas. Establece tres formas en las cuales se da el relato de la persona que ha experimentado la violencia. En primer lugar, describe lo que le pasó: “nombrar las violencias padecidas, hace y acompaña el duelo y por último establece una relación con otros” (p. 40). El Costurero y el Movice me han permitido entender que el testimonio es la repetición de estas tres partes, en una especie de círculo pues la primera parte, de “nombrar las violencias padecidas”, es siempre acompañante fundamental para hacer duelo y acompañar a otros; ahora bien, sería interesante pensar en una cuarta parte del testimonio que no es muy explorada y que a pesar de haber conocido los casos de personas que estaban en grupos con intereses comunes, es explorar el no querer hablar del tema a nivel colectivo, a pesar de que se esté inserto en un grupo de, este caso, víctimas; el nombrar las violencias padecidas genera un cierto dilema en cuanto a temas de memoria personal refiere. Al igual que lo plantea Das, la realidad cotidiana es extremadamente importante en los testimonios, entonces, podríamos pensar en agregar dentro del testimonio, la vida cotidiana.

Tanto el Costurero, como el Movice Capítulo Bogotá, se generan este tipo de espacios en donde las narrativas, tanto externas como profundas hacen parte de la cotidianidad de estos grupos, que son contadas en términos de lucha continua y activismo político. Algunas veces no pareciera suficiente nombrar las violencias padecidas, el acompañamiento del duelo y el establecimiento de una relación con las demás personas. Cuando se está en un colectivo, se espera, además del acompañamiento, resultados frente a los casos personales, eficacia frente a lo que se está luchando, un pronunciamiento público que permita que los casos no queden en impunidad. Tal vez por eso sean sus molestias cuando les preguntan por sus casos, no por

qué les moleste decirlos, sino porque en muchas ocasiones no se alcanza una eficacia ni política ni social contundente frente a los mismos, como se anhela.

Así, las narrativas se convierten en una herramienta para la divulgación externa que convierten el dolor de la experiencia de la violencia, la muerte y la desaparición en un instrumento para un posicionamiento político que, la mayoría de las veces, está acompañado por un discurso o posición de un grupo, es decir, es una narrativa externa con el apoyo de un discurso grupal. En relación con la narrativa profunda, siento que en el Movice fue un poco más fácil conversar más íntimamente, probablemente porque conocía a algunas personas desde El Costurero y porque me sentí más desenvuelta en ese espacio. Además, por que pude tener con las personas del Movice, que en su mayoría son mujeres, un encuentro en otros espacios y en otras reuniones, lo cual nos permitió tener mayor cercanía y confianza para poder hablar de la pérdida de sus hijos en el contexto de la lucha política en la búsqueda de verdad y justicia.

Como lo había mencionado anteriormente en relación con el Movice, los momentos antes o después de las reuniones son espacios muy abiertos para que las personas compartan historias muy íntimas de sus familiares. Las reuniones operativas dentro de este espacio están solamente planeadas para que se hable de las actividades que vendrán en los próximos meses, del balance de las actividades anteriores y de los fondos destinadas para las mismas. Por eso, dentro de las reuniones, los temas muy, muy íntimos se tocan antes de iniciar las reuniones o después de terminarlas. Abordar estos temas no se hace de forma grupal, es más bien una especie de conversación que se da entre amigos que se acercan a saludar y a comentar sobre asuntos de interés mutuo. De ésta manera, conocer las narrativas profundas en éste espacio fue más asequible.

Recuerdo un miércoles, en una reunión del Movice, doña Gloria estaba sacando una agenda de su bolso; metida en la agenda, había una foto de Luis y de ella en un salón de fiesta, en una celebración de 15 años de la hija de una amiga de doña Gloria. Doña Gloria me contaba que en ese momento ella no quería bailar y Luis la intentaba sacar a bailar cada vez que había una nueva canción. Al narrar, ella se queda callada, como si estuviera pensando hasta que me

dijo que tal vez ahora tampoco hubiera podido bailar, no porque no quisiera sino por la enfermedad de sus piernas. Luego de eso me dijo que, igual, no se sentía triste por eso, porque Luis ya no la llevaría a lugares para bailar, sino que sus celebraciones serían siempre beber y charlar como antes lo hacían. Doña María me habla siempre de Luis como si él estuviera presente. Entre tantas memorias, doña María me decía que ella charlaba con él, no todo el tiempo, pero si muchas veces; ella le hablaba cuando tenía dudas sobre cosas, cuando se sentía muy enferma o cuando estaba muy triste, a lo que él le correspondía hablándole también, dándole consejos.

Así, la narrativa profunda permite conocer cómo se va desarrollando la materialidad de las presencias de sus familiares desaparecidos. Los familiares desaparecidos y asesinados se hacen manifiestos de diversas maneras en lo que denominamos como un *continuum* de comunicación que está llena de expresiones como el sentir, el ver, el hablar, aquello que da las pistas a las mamás sobre los casos y que además permite que la aflicción de ellas se haga llevadera con la presencia de sus hijos. Es por ese *continuum* de comunicación que sus familiares pueden seguir adelante con los casos. Es un *continuum* de comunicación íntima, que permite que los desaparecidos estén presentes con sus familiares, hacen que la vitalidad de sus presencias no se hagan extintas por la desaparición a la que fueron sometidos. El *continuum* permite que se sigan dando conversaciones que solo son posibles en estas circunstancias, las que además generan una continuidad de las relaciones que están indudablemente implicadas con las circunstancias de las pérdidas, pero también en los hechos más importantes de las vidas de sus familiares, hechos que se viven en la cotidianidad.

Cada una de estas historias, a pesar de ser tan diferentes, contiene cosas en común que han dado paso a tratar de entender las presencias de los ausentes. Una de ellas es la materialidad con la cual se recuerda a los que no están. Uno podría pensar que es un poco “obvio” que los objetos materiales son fundamentales en un proceso de desaparición. Se guardan cosas como la camisa o los zapatos; se conserva sin cambio el cuarto donde las personas ahora ausentes dormían; los cuadernos de estudio y, particularmente, las fotos, son objetos que se valoran profundamente. Con estas fotografías los familiares dan una cierta vitalidad a esa presencia del ausente. Con las imágenes es como que cada vez que se ven las fotos de ellos se diera

fuerza a su presencia; se conservan fotos escondidas pero disponibles en sus carteras; cuando ellas sacan los álbumes de familia, ellos hacen presencia y llegan, incluso, a ser parte de la conversación.

La materialidad de la presencia en el álbum de familia

Encontré en el espacio del Costurero y el Movice que casi todas las personas que asisten a los espacios llevan en su cartera o morral una foto de sus seres queridos, ahora desaparecidos. En los primeros días que ingresé al Costurero doña Aurora me mostró una foto que guardaba de Camilo, su hijo. Junto con esta foto y el telar, entre sollozos me narraba su historia. Con doña Constanza pasó algo igual. Estábamos cada una tejiendo unas telas sobre la misma mesa. Yo le preguntaba sobre un color de hilo para una tela y cómo lo cosía doble, por qué yo no tenía ni idea de cómo hacerlo. Entonces ella, con paciencia, me mostró cómo hacerlo. Mientras hablábamos dejó la tela de lado y de su maleta, que era bastante grande, sacó un álbum de fotos, donde había fotografías de su vida antes y después del asesinato de Camilo.

Me mostró una foto de su finca en Fusagasugá. Me contaba alegremente que allá tenía muchísimas gallinas que sacaba los fines de semana para vender. Me decía además que era una finca muy grande y muy bonita, que los años más felices de su vida tenían que ver con esa finca y con tener a su familia completa. Doña Constanza ahora vive en Girardot. Por esa razón le pregunté sobre la finca en Fusagasugá y me dijo que ella y su esposo Darío tuvieron que venderla “para ver si así recuperábamos a Camilo”. La venta de la finca no recuperó a Camilo.

Después de lidiar con muchos abogados y con muchas amenazas, Constanza y su esposo se vinieron a vivir a Bogotá. Fue entonces cuando ella se unió al grupo de las Madres de Soacha. Junto a las fotos que tiene con su hijo están las fotos de las primeras manifestaciones de ellas como colectivo de “Madres de Soacha”, en un colegio en la localidad de Fontibón. Después me mostró una foto de Camilo, de fondo azul donde aparece de los hombros para arriba; me dijo que esa foto era muy especial pues es la que cargaba siempre junto a ella y fue la foto

que tenía el día en el cual los tatuadores llegaron a El Costurero para tatuar a sus hijos, para hacerles monumentos en la piel, como ellas dicen. De alguna manera es una forma de reconocerlos, de no dejarlos ir, no se olvidan de ellos porque están grabados en la piel, en el cuerpo.

En el Movice, también encontré estas fotos del álbum de familia que las mujeres guardan en sus bolsos. Doña María muchas veces llega antes de la hora acordada. Mientras hablamos en la sala de reuniones ella sacó de su bolso una bolsa pequeña y me dijo que por fin pudo revelar las fotos de Luis, su hijo que fue asesinado en lo que fue enmarcado como un crimen político. Luis era el líder social del “Congreso de los Pueblos” y su cuerpo fue encontrado en Gachancipá, muy lejos de donde vivía. El dictamen de Medicina Legal fue que el asesinato era premeditado, pues la bala que atravesó su cabeza fue disparada desde muy cerca. Para entonces, en el año 2015, el asesinato, que había acontecido hacía aproximadamente un año, era el más reciente dentro del grupo.

En ese momento doña Ana asistía a un centro de atención psicosocial; sin embargo, según ella, el psicólogo no sabía que más terapias recomendarle, porque ella “no podía más”. Una de las terapias era poner las fotos en un hilo de *nylon* y colgarlas en el tocador de su cuarto. Cuando intentaba preguntarle más sobre la terapia y porque se la habían puesto a hacer, ella solo me respondía entre susurros, “por qué no puedo, no puedo”. No estoy muy segura, pero probablemente ella se refería a que no podía hablar de lo que pasaba con su hijo. Como no quería ser insistente en un tema que era evidentemente doloroso, le pregunté sobre las fotos y me las mostró todas y cada una. Se trataba de aproximadamente diez fotos del tamaño regular, más o menos del tamaño de la palma de una mano. En todas las fotos estaba Luis. La primera foto era de él y de sus primos en la primera comunión, cuando tenía diez años, aproximadamente. La siguiente foto era de Luis montando triciclo, solo. Las demás fotos eran de Luis en cumpleaños y en el colegio, posando con sus hermanos o solo.

Lo más interesante sería pensar la ausencia/presencia de Luis en términos materiales y corporales. Las fotos, la ropa, el cuarto intacto, las pieles de sus madres, los mensajes de sus amigos, las pancartas con sus nombres, todas estas cosas son ejemplos materiales de la

ausencia, pero también constituyen su presencia, al menos, en términos de la memoria. Ahora bien, podríamos pensar la ausencia en muchos más lugares, no es que el recordar solo sea una cosa exclusiva de la desaparición; sin embargo, lo que lo hace único, al menos para este caso, es que la ausencia y la presencia son la base para que, por ejemplo, mujeres como doña Ana, quienes probablemente nunca habían participado de una marcha, ahora marchen todas las veces necesarias con camisas que tienen impresas las fotos de sus hijos e hijas para hacerlos presentes por medio de la presencia de ellas, con su propia presencia, con su propio cuerpo; es decir, la ausencia y la presencia que no son contrarias, sino que son un *continuum* de experiencia que las moviliza, les impele a reunirse, a compartir, a pintar carteleros, a pelear por la justicia que les adeuda el Estado, siempre en el nombre de sus y con su imagen material como bandera, con su ausencia hecha presencia.

Las fotos generalmente son de ellos en crecimiento. Cuando hicieron la primera comunión, el primer cumpleaños fuera de casa, la universidad, los amigos, las novias. Aunque algunos tenían hijos y esposas, algunos otros decidieron esperar porque su principal preocupación era “comprarle una casa a la mamita”. Eran ellos en el proceso de hacerse personas, de hacerse hombres, mujeres; de convertirse en los adultos que nunca llegaron a ser.

Cuando yo hablaba con ellas cada una recordaba a sus hijos de una manera en particular. Doña Aurora, por ejemplo, recordaba a Hernando, su hijo, sobre todo por sus ojos. Habla de los ojos de él y del paradero de los mismos; se preguntaba si era posible saber dónde estaban luego de que fueron extraídos por Medicina Legal, en un procedimiento que Aurora no considera “legal”.

Doña Candelaria lo recordaba también por el cuerpo, específicamente por la piel. Describía la dermatitis que su hijo tenía y la recordaba cuando me veía restregándome la piel en los pliegues de los brazos; “estas alergias son causadas por la dermatitis”, me decía y “se alborotan, es decir, pican más cuando hay calor y particularmente ese día estaba haciendo mucho calor. Así le pasaba a mi muchacho, entonces yo cogía y le decía que se echara sábila, pero él era todo terco con las cosas y no se las aplicaba”. Debería usted hacerse lo mismo,

me decía, mientras me cogía los brazos y miraba mis pliegues enrojecidos. En ese momento me impactó mucho que doña Candelaria recordara a su hijo por medio de mi cuerpo.

Sería interesante pensar la ausencia y la presencia no como contrarios, sino más bien como una pareja que convive en un mismo espacio, y como ya lo había mencionado anteriormente, entender cómo la ausencia y la presencia son fundamentales para luchar buscando verdad. Estas presencias se instauran en la vida generando vitalidades que se siente en los cuerpos de sus familiares, son la expresión de la muerte y o de la vida, que se encuentran en pausa.

Estas ausencias se viven con fuerza en la cotidianidad. Son ausencias que se llevan en las carteras en forma de foto, en las pieles en forma de tatuaje, en las telas como señal de protesta; pero más importante aún, se llevan en el día a día. Estas presencias se manifiestan en la intimidad; es decir, Camilo o Luis o Hernando solo se hacen presentes ante sus dolientes, es decir, ante sus madres; ellas son el conector físico de comunicación de sus hijos ante las demás personas. Sin embargo, la relación de ellos con las demás personas no es tan importante como es la relación de sus madres con ellos.

Son ellas las que por medio de la apertura a la captura de pequeñas señales mantienen una relación con ellos. El movimiento de un registro de nacimiento que estaba perdido y que logran encontrar gracias a ese movimiento, la caída de una foto donde ellos están, otra persona con las mismas cicatrices que ellos tenían o con las mismas pecas. Ellas los ven, como cuando Constanza vio a Camilo, o les hablan, como doña María que le habla a Luis constantemente.

Estas fotos pertenecen a Luis y a su familia. Doña María, su mamá, siempre anda con el sobre rojo con amarillo en su cartera. Siempre que lo saca y ve las fotos las vuelve a contar, asegurarse de que sean 19 fotos. Ni una más ni una menos. Las fotos son para doña Gloria su tesoro máspreciado pues desde la explosión controlada por el CTI en el apartamento donde vivían con Luis y con su esposo, don Luis, lo material se esfumó. Don Luis y doña Gloria me comentaban que la explosión fue por el seguimiento que el CTI realizó a las actividades de Luis.

Por esto, las fotos que algunos familiares o amigos de Luis le han dado, son el recuerdo material máspreciado para doña María y don Luis, son la materialidad de Luis, con el que, al menos doña María, mantiene una comunicación constante. Lo sé por qué un día, hablando por teléfono, ella me comentó sobre la homilía que le iban a hacer a Luis en su aniversario número once de fallecido. Me preguntó sobre mi asistencia al evento y me dijo que sería muy lindo que fuera, porque ella hablaba con Luis sobre mí y sobre nuestra relación, que era muy especial.

Hablar con ellos es muy común; en este caso particular supe que doña María hablaba siempre con Luis de las cosas nuevas que encontraba o de las cosas que pasaban en el Movice. Doña María me decía que mantenía una relación más abierta con Luis sobre su sufrimiento. Cuando recién pasó lo del atentado, que fue en el 2006, ella no comía y alcanzó a perder mucho peso y solo recientemente había podido, por ejemplo, empezar a tomar alcohol de nuevo, ocasionalmente. Doña María me decía que para Luis estaba bien que ella se divirtiera de nuevo, pues esa diversión siempre había sido la esencia de la familia.

El punto es que esas cosas materiales, como las fotos, traen la esencia de los hijos a la vida. No se narran como muertos, se describen con esas fotos como muchachos en proceso de hacerse hombres. Fotos de cuando aprendieron a caminar, de la primera comunión, de los quince años de las amigas y de los años de la universidad. Es en esta última etapa donde hay una especie de pausa de las vidas, pues la mayoría fueron asesinados, en el caso del Movice, cuando estaban estudiando y acabando carrera y, en el caso de El Costurero, cuando habían empezado a hacerse responsables de la economía del hogar, cuando habían empezado a trabajar.

La materialidad de estás fotos, son la base de ese *continuum* de comunicación que se empieza a instalar más fuertemente en la cotidianidad de ellas hasta llegar al punto en el que la presencia de sus familiares puede ser sentida de manera vívida en los cuerpos de sus dolientes, en el cuerpo de ellas. Se puede sentir en sus vientres, en sus corazones.

Cuando el cuerpo del otro se siente en el de uno: piel y útero

El Centro Distrital de Memoria Paz y Reconciliación cerraba actividades el 7 de diciembre de 2016 y para su cierre los participantes iban a realizar una serie de actividades que permitieran mostrar el trabajo de los grupos que había sido realizado durante el año en el Centro. Para esto, El Costurero propuso la creación de faroles hechos por ellas; eran faroles sencillos, de papel crepé y palos de balso. Estos faroles tenían un costo de cinco mil pesos y la idea era que cada una hiciera un mínimo de cinco. Los faroles se iban a poner sobre los espejos de agua que se encuentran en el Centro Distrital de Memoria a las seis de la tarde, aproximadamente. Se propuso que se hiciera una reunión para hacer los faroles el día viernes. La organización fue relativamente complicada, y con relativamente complicada quiero decir que la mayoría de veces que se planeaban actividades un día extra al día del Costurero, es decir, un día que no era un jueves, era probable que no todas dispusieran de ese día extra. Sin embargo, se llegó al acuerdo de que se les iban a reconocer los almuerzos y el dinero del transporte.

El día viernes la reunión fue desde las once de la mañana. Esa vez nos organizamos en mesas de trabajo diferentes a cómo se organizaba El Costurero usualmente. Por lo general, la biblioteca se dispone en mesas redondas, nadie le da la espalda a nadie; para el día de los faroles, las mesas no se organizaron siguiendo esa costumbre. Mientras repartíamos los materiales y organizábamos cómo se iban a ver los faroles, en la mesa en la cual yo estaba sentada con doña Constanza y doña Candelaria, pues las tres habíamos llegados de primeras. Doña Teresa sacó el celular y les dijo a Constanza y a Candelaria: “-Escuchen lo que me mandaron”. En ese momento empezó a sonar un corrido llanero que produjo el Centro Nacional de Memoria Histórica, en el marco del proyecto *Tocó cantar, travesía contra el olvido*. Según dice en el folleto de la grabación, se trata de “[...] un reconocimiento al trabajo de compositores locales y regionales de canciones relacionadas con la memoria del conflicto armado que se gestan a lo largo del territorio nacional, y que describen las múltiples realidades de las comunidades, así como sus procesos de reflexión, acción creativa y de resistencia pacífica” (CNMH, 2015, [s. p.]).

Doña Constanza y doña Candelaria se acercaron al celular de Doña Teresa y juntaron sus cabezas para escuchar el corrido llanero que dice así:

“Se llevaron a sus hijos
con la ilusión de un trabajo,
querían salir del montón
de tantos desempleados,
pero nunca imaginaron
que estaban siendo engañados
para morir en la guerra,
habían sido reclutados.

En camiones y de prisa
fueron bien acomodados
pa’ llevarlos al destino
que ya estaba señalado,
donde se les daría muerte
vistiendo un camuflado,
son los falsos positivos
que Colombia ha denunciado.

En tumbas y fosas comunes
así fueron sepultados,
por las manos homicidas
dando así los resultados
que habían sido abatidos
en combates por soldados,
porque eran guerrilleros del actual conflicto armado.

La gente está confundida,

una madre ha llorado,
por su hijo que perdió
y que no le han entregado.

No se explica que pasó
porqué ha sido implicado
de terrorista y guerrilla
siendo un joven reclutado.

Como trofeo de guerra
la sangre se ha derramado
y aquel joven inocente
engañado fue llevado
a este sitio muy lejano
donde quedo masacrado
con sevicia e inconsciencia
por las balas de un soldado.

¿Quiénes son los responsables
de tanto error y pecado?
Preguntan por todas partes
a los entes del Estado,
exigiendo una respuesta
a este asunto delicado,
pero nunca han contestado,
todo el mundo se ha callado.

Qué vergüenza pa' mi patria,
la justicia se ha vendado
pa' no mirar el terror
que el mundo ha condenado

como un crimen de guerra
que empaña nuestro legado.

Mentiras e impunidad dejaron todo tapado
¿Dónde estará quien atienda
todo esto que han denunciado?
Quién escuchará a esa madre
que en afán desesperado
busca una explicación
a todo esto que ha pasado,
no sabe por qué motivo ‘
su hijo no ha regresado.

Si en Colombia hay justicia
que todo quede aclarado,
que respondan los culpables
y el mundo quede informado
que las madres y familias
de este joven mencionado
se les dé ya una respuesta
a tanto que ha preguntado.
(Noguera, 2015, [s. p.]).

Cuando terminó el poema llanero el silencio reinó en la sala y las lágrimas corrieron por los rostros abatidos de todas. El dolor se hizo presente en la sala y abrazos de apoyo y solidaridad empezaron a danzar. Cuando el llanto terminó, doña Constanza, una de las madres de Soacha, dijo tocándose los brazos: “se me pone la piel de gallina”. Y es ahí donde logré comprender que las experiencias de dolor que viven a partir de la desaparición y asesinato de sus hijos, viven cotidianamente con ellas tanto en espacios como El Costurero, como de la vida fuera de éste; que es el cuerpo de ellas donde se rememora y se expresa la aflicción de la pérdida,

el cuerpo es el lugar sensorial en donde ellos se hacen presentes y dejan ver sus afectos en niveles carnales que los demás parecen no comprender.

El corrido llanero que habla de sus hijos asesinados, las largas horas de espera en los juzgados, los silencios melancólicos que acompañan puntada a puntada la creación de las telas, los hijos nunca se fueron, aunque sus cuerpos si, los hijos siempre se quedaron con ellas. Les hablan en los sueños, los sienten en los cuerpos, los llevan en la piel. La piel se eriza, *se pone china*, porque se recuerda al hijo que no se ha podido enterrar, se recuerda al hermano que era inocente. La piel recuerda, el cuerpo memoriza el dolor vivido de las tragedias que no tiene respuestas y que se viven pensando cada día, por lo que el tiempo se hace eterno. La piel puede expresar el dolor encarnado y el dolor encarnado es la base del sentir material de la ausencia violenta. La piel duele porque “la sangre llama”, porque el lazo familiar que une a las personas es más grande cuando no están y más fuerte aun cuando no hay justicia.

Cuando hay “pieles de gallina” es el cuerpo el que habla sobre la experiencia violenta, es el cuerpo el que vive a través de la piel el dolor de las pérdidas violentas de sus familiares, que quedaron impregnadas dentro de una nueva forma de vida, que tuvo un cambio abrupto con la desaparición y asesinato de sus hijos. En este sentido, el vivir sin sus hijos se convierte en un proceso cotidiano que conlleva aprender a vivir con el dolor y con la injusticia, además de generar nuevas relaciones con sus hijos a pesar de la desaparición o muerte de estos.

Los cuerpos de estas madres, hermanas, primas, de víctimas de crímenes de Estado son lugares que permiten conocer sus sensibilidades respecto a las personas que ya no están, son el lugar de la comunicación íntima que pasa por el cuerpo. Además de tener “pieles de gallina”, es importante explorar otras formas en las cuales el *continuum* de comunicación pasa por sus cuerpos.

En los relatos de la desaparición o asesinato de sus hijos con frecuencia hay una rememoración que está dirigida hacia el vientre. Hablando con doña Constanza y del proceso que ha tenido que pasar con la pérdida de su hijo Camilo, cuando llegamos al punto de

encontrar el cuerpo de él, de la falta de peritos, de la falta de dinero y de gestión por parte del Estado para buscar el cuerpo, de las amenazas, entre otras circunstancias difíciles de sobrellevar, Constanza toca su vientre y me mira preguntándome: “¿Si yo lo tuve en mi vientre por qué no lo puedo enterrar? Es injusto que lo haya cargado nueve meses dentro de mí, lo vi crecer, le pedí nietos y me lo quitaron; ni siquiera sé quién lo mató”. Las palabras y los gestos, en ese reclamo de Constanza por el cuerpo de su hijo no solamente significan la lucha de unos huesos por encontrar, unos huesos por enterrar; significa la lucha de la verdad detrás de unas desapariciones que tienen todo para ilegales y, evidentemente, criminales. Es la lucha por reconstruir el nombre de una persona que se fue. Es la lucha para poder establecer un lugar físico de reunión con su hijo, para ponerle unas flores, para hablarle. Sin embargo, la lucha por el cuerpo no significa que su hijo no está, pues Camilo y ella siguen estando en comunicación. Ella habla con él en las noches para contarle cómo estuvo su día. Lo menciona como si no se hubiera ido, pero al mismo tiempo lo recuerda con la melancolía de la ausencia, habla de que hubiera tenido nietos muy lindos pero que él era juicioso. Se lo tatúa en su brazo para nunca olvidarlo.

Otro ejemplo es el caso de doña Irene con John. Después de buscarlo por más de nueve meses recibió una llamada; contestó su hija y le dijo que era de Medicina Legal. “Sentí en el útero como si a uno le pusieran un bloque de hielo, quedé como dormida”. Con esa llamada supo Irene que no tenía que buscar más a Fair. Lo que vendría después sería la lucha que ella tuvo para demostrar que su hijo no era el jefe de una banda criminal. El vientre y sus cuerpos son de nuevo lugar donde las experiencias de violencia se hacen sentir; convierten al cuerpo en el trasmisor del dolor, pero también de la lucha, “Yo parí a mi hijo, pero mi hijo me parió para una lucha, para toda la lucha de un país” (*El País*, 2016).

Las mujeres han recorrido un largo camino desde la pérdida de sus hijos, algunas han aprendido sobre los derechos que tienen que exigir y que les han violado; otras han empezado a involucrarse con los grupos y han conocido lo que es una marcha, como es el caso de doña Ana otra de las mujeres del Movice. Ella me decía que ella conocía a su hijo Santiago, el que iba a su casa y al que ella crio la mitad de su vida, pero no conocía al Santiago que trabajó en el Movice, ni al Santiago que salía a protestar cuando era necesario. Fue a raíz del asesinato de

Santiago que doña Gloria empezó a marchar, a unirse a las manifestaciones del Movice. Como ella dice, gracias a que ahora conoce más de sus derechos y marcha para exigirlos, pudo conocer a la otra versión de su hijo.

Una tarde llegaron al Costurero un grupo de tatuadores que querían apoyar el grupo de las Madres de Soacha, haciendo tatuajes gratis, de lo que ellas quisieran, aunque en realidad los tatuajes están ligados a sus hijos, a la justicia o a la verdad. La única condición es que los tatuajes no podían ser muy grandes (podían medir la mitad de una mano aproximadamente). Algunas de las Madres estaban dudosas sobre los tatuajes, no sabían si querían estar marcadas para siempre. Algunas de ellas querían hacerse el rostro de sus hijos, pero los chicos tatuadores les decían que no, porque eso hacía necesario hacer tatuajes muy grandes que requerían mucha dedicación. Sin embargo, doña Constanza no aceptó tatuarse a no ser que fuera el rostro de su hijo. El colectivo de tatuadores accedió y decidieron hacerle un retrato del tamaño de una mano promedio en el hombro.

Constanza retrató a su hijo Camilo en su hombro derecho. Sin saber nada de tatuajes, puedo decir que fue un retrato muy fiel a la foto que Doña Constanza conservaba de Camilo. Cuando llegó al Costurero, muy tímida y feliz, le preguntamos por el tatuaje. Ella en ese momento no quiso decir nada, pero a lo largo de la jornada se bajó el saco y me mostró el hombro. Estaba súper orgullosa del tatuaje y de lo que representaba para ella por primera vez hacerse algo en el cuerpo. Me contó que le había dicho a su esposo, pero que él no le había creído. Según doña Constanza, cuando llegó a la casa y le mostró a su familia el tatuaje de Oscar ellos quedaron impactados, porque el tatuaje quedó muy parecido a la imagen de lo que es Camilo.

Cuando Constanza terminó de contarme sobre la reacción de su familia, le pregunté por el dolor y sobre cuanto había durado la hechura el tatuaje. Ella me dijo que duró casi todo un día y que en realidad “fue como que se me combinó el dolor de la pérdida con el dolor en la piel; yo sentí que eso me hizo, de alguna manera, estar tranquila, sentir como que estaba viva”. Para Constanza, el dolor de la piel fue una catarsis. Se unió el dolor de la pérdida de

su hijo, pero se sintió viva porque lo llevaba de nuevo en ella, como si nunca se hubiera salido de sí, como si nunca se hubiera desaparecido, como si nunca se hubiera salido de su ser.

Morir por dentro significa también volver a nacer. Se nace con los tatuajes, con las canciones, con los recuerdos, con las fotos y con las pequeñas memorias de tiempos felices como ellas los describen. El dolor es tanto individual como compartido. Las manifestaciones que se realizan en telares, en pancartas representan otra forma de hacer memoria, que también a veces esas formas de hacer memoria se quieren dejar atrás.

Los hijos que aparecen y son vistos: sueños y presencias

Sñar con los que no están también es una cosa muy común en la experiencia de las personas con las que compartí en estos espacios. Verlos presencialmente cuando nadie más los ve es la forma en la cual ellos conviven con ellas. Parece confuso, pero para hacerlo más sencillo de entender es necesario conocer las historias de doña Aurora y de doña Constanza, pues ellas hacen explícita, en sus relatos, la cercanía que mantienen con sus hijos, con su presencia, aún después de la desaparición y muerte.

Doña Constanza es una mujer paisa, morena, siempre sonriente, que lleva el cabello recogido y unos cuantos cabellos sueltos a los lados de su frente. Por un tiempo no conocía la historia de ella y ella, por supuesto, no me conocía a mí; sin embargo, siempre estaba contenta cuando estaba con los estudiantes de la Nacional y conmigo. Nos decía que le daba alegría que alguien la escuchara, que alguien pusiera cuidado a sus historias; eso era muy significativo para ella. Congeniamos rápido mientras nos hablaba de su marido, sobre cómo lo conquistó. Con Constanza los temas de charla eran variados y aunque hablábamos de todo, nunca hablamos de la desaparición de Camilo, su hijo.

La desaparición del Camilo es lo más difícil que le ha pasado. Camilo vivía en Fusagasugá y quería ir a visitar a su hermano quien vivía en Cúcuta. Eso fue para finales de año de 2007. Después de tres años nunca más contestó el teléfono, pues la última llamada que hizo fue para desearles feliz año nuevo, ese mismo año. Los años siguieron pasando y ella finalmente supo que su hijo fue encontrado en El Cesar, en el municipio del Copey, en la vereda El Reposo. La vereda era conocida por ser un basurero grande y también por ser el lugar donde enterraban a los guerrilleros que morían en combate. Era en un sitio grandísimo, me contó doña Constanza, que tenía unas matas tan altas como uno.

Cuando Constanza habló de su hijo mencionó siempre la ayuda que El Costurero le ha brindado; la peregrinación no la hubiera podido hacer sin el apoyo del grupo; más que compañeras de un espacio de los jueves, ella refiere a una red de apoyo que se respalda cuando los procesos salen bien o cuando salen mal. La peregrinación fue la búsqueda del lugar donde estaba el cuerpo, a pesar de que se sabía dónde estaba, la búsqueda se hacía muy extensa y Medicina Legal no tenía más dinero ni tiempo para la búsqueda del cuerpo de Oscar. Esa peregrinación las llevó al norte del Cesar. La noticia sobre el cuerpo de Camilo se dio en el año 2011 cuando se supo él había sido enterrado junto a los cuerpos de otros muchachos en una fosa común de El Copey. Doña Constanza me comentaba que ese era un terreno muy, muy amplio, y que era el cementerio de los guerrilleros y de las demás personas que fueron asesinadas en diferentes circunstancias. Era una fosa común titulada como cementerio. El cuerpo de Camilo fue encontrado en una carretera destapada que iba directamente hacia El Copey, donde Camilo fue enterrado sin ninguna señal o ningún nombre que lo identificara. El CTI determinó que su cuerpo había sido atravesado por dos balas, una en la ingle, la otra en el cráneo; además, se determinó que el homicidio ocurrió en un presunto combate con el Ejército Nacional, como no fue reconocido a tiempo por algún familiar, fue arrojado al terreno como un N.N.

El objetivo de la peregrinación era poder encontrar el cuerpo de Camilo para darle una sepultura cristiana, pues el cuerpo de él quedó en la fosa común. Entre tanto, en el proceso jurídico no se admitía aún que su caso era un “falso positivo”; por esta razón los procedimientos con Medicina Legal para buscar el cuerpo fueron problemáticos y

supremamente complejos. La peregrinación era la búsqueda de Constanza y de Darío del cuerpo de Camilo, aunque también terminó por ser un encuentro de los tres en circunstancias no tan amables. Constanza me contaba que, en ese terreno amplísimo, lleno de matorrales, ella estuvo acompañada por dos psicólogas, quienes le daban unas gotas florales para los nervios. En ese proceso doña Constanza pudo ver a Camilo.

Entre los matorrales altos y frondosos, debajo de un arcoíris, estaba Camilo, sano y salvo, como a ella le hubiera gustado tenerlo siempre. Ella lo veía ahí, en medio de esos matorrales y ella con asombro miraba a su lado para poderle preguntar a alguien si también lo veía. Después de unos diez minutos, Camilo se fue, pero Constanza estaba más tranquila. Ella había visto a su hijo y sabía que estaba ahí, que los momentos difíciles y la lucha que ella llevaba con su familia Camilo se los agradecía. Constanza gritaba el nombre de su hijo; llamándolo, necesitándolo, haciéndolo presente. Camilo le sonreía entre los matorrales y allí Constanza supo que iba a sembrar tres caballeros de la noche, tres plantas que en la noche sueltan un dulce aroma. Héctor y Constanza sabían que Camilo estaba allí, esperando, en algún lugar.

La búsqueda de Constanza y de su esposo Héctor para poder dar con los responsables de la muerte de Camilo ha sido “una lucha eterna”, como ella misma dice. Vendieron la finca en Fusagasugá, para ver si así podían recuperar a Camilo, pero ni siquiera su cuerpo lo han podido enterrar. Eternas y largas fueron las jornadas de movilización que las Madres de Soacha hacían para poder saber si un día sus hijos serían reconocidos como los muchachos dulces que fueron y no como los criminales que los militares disfrazaron y que un día los periódicos retrataban como acciones “positivas” de la acción militar.

La lucha de Constanza y de su familia los ha llevado a movilizarse a distintos lugares del país debido a las persecuciones de los cuales han sido víctimas. Desde la pérdida de la finca que tenían en Fusagasugá y que vendieron, “a ver si así podíamos recuperar a Camilo”, se han movido de lugar distintas veces, cuenta doña Constanza mientras le da una última mirada a una foto que guarda de ella y sus hijos y que fue tomada en la finca tres años antes de la muerte y de la desaparición del cuerpo de Camilo.

Por otra parte, en el relato de doña Aurora, una mujer de una calidez impresionante y que se caracteriza por llevar siempre sus uñas decoradas creativamente. Puedo decir que Aurora fue mi compinche más cercana del Costurero. No sé si conectamos bien porque ambas éramos recién llegadas, pero fue gracias a ella que pude comprender mejor la forma en la cual funcionaba el Costurero, no el funcionamiento más general, sino el funcionamiento íntimo, sobre todo de las tensiones y de los ya nombrados celos y secretos.

Recuerdo muy bien el día que doña Aurora, como yo le decía de cariño, me contó la historia de sus hijos. Fue en una tarde de los jueves, era la primera vez que nos veíamos. Me la presentó doña Julia, otra madre de Soacha y de quien hablaré posteriormente. Solamente con mi nombre doña Aurora comenzó a contar su historia como si fuera un susurro largo, como si me estuviera contando un secreto que necesitaba ser contado. Me contó que cuando asesinaron a su hijo y a su sobrino, los primeros días ella y su hermana decidieron ir al lugar donde los habían encontrado muertos, buscando alguna pista que las pudiera orientar, que les pudiera decir quién o quiénes fueron los culpables. Con las amenazas que la estaban acechando, además del dolor que ella me decía que vivía en esos momentos, decidió irse al campo donde ella y sus hijos habían vivido desde hacía muchos años.

La finca estaba abandonada y estaba llena de bichos, de pulgas para ser exactos. Aurora estaba sola en la finca y lo único que hacía en ese lugar oscuro, como ella lo describe, era dormir y soñar con su hijo. No podía hacer más, el dolor no la dejaba pensar en otra cosa.

Lo último que doña Aurora supo de ellos cuando estaban vivos, fue sobre una fiesta a la cual su hijo y su sobrino iban a asistir. Eso fue para el puente del día del padre de 2004, según me dijo. Hernando y Camilo eran primos, vivían juntos en Ciudad Bolívar y eran inseparables, tenían el sueño de estudiar. El último día que estuvieron presentes, Hernando tenía una fiesta en la noche y no quería ir solo. Menciona doña Aurora que las ironías de la vida están presentes en cada momento: Hernando le dijo a Camilo, “que no lo dejara morir solo”, como efectivamente sucedió.

Lo que doña Aurora pudo recrear después de que Hernando y Camilo salieran de sus casas es, según ella, muy incierto. Días antes de que se fueran de casa, a su hijo Camilo le habían ofrecido un trabajo con muy buen pago, \$700.000 pesos. Camilo le había contado que un muchacho le había ofrecido trabajo en Villavicencio, tenía que limpiar unos tanques y él consideraba que el tiempo en realidad no era mucho, pero tanto Camilo como doña Aurora pensaron que de eso tan bueno no daban tanto, así que dejaron pasar la oferta. Meses después Camilo y Hernando desaparecieron, exactamente el 18 de junio de 2004.

Una muchacha llegó a las diez de la noche a recoger a Hernando para que lo acompañara a una fiesta; no quería ir solo así que le dijo a Camilo que lo acompañara, que no lo dejara morir solo. Camilo tenía que trabajar al otro día con su papá en la buseta, tenía que madrugar. Esa noche se fueron a la fiesta y doña Aurora me dijo que ella sabía que algo iba a pasar esa noche. Pasaron las horas y no llegaban. Doña Aurora, su hermana y la hija de doña Aurora llamaron en varias ocasiones al celular a Hernando y a Camilo. La angustia empezó a adueñarse de doña Aurora y de su familia. Pasadas las horas de la noche, llegó el papá de Camilo a levantarlo para trabajar en la buseta y como pudo, doña Aurora lo evadió y le dijo que Camilo estaba muy enfermo, que no lo podía acompañar.

Al día siguiente la preocupación invadía a doña Aurora. En la mañana se fue a la terraza junto a su hija y a su sobrina y a lo lejos los veían venir. Doña Aurora dijo que el regaño que le iba a pegar iba a ser tremendo, que el susto que les habían hecho pasar no se volvía a repetir, entonces, cuando los vieron más cerca, se dieron cuenta que no eran ellos, y la angustia las invadió de nuevo.

Pasó un fin de semana y por radio escucharon la noticia sobre un enfrentamiento de la guerrilla y el Ejército; los resultados: dos jóvenes muertos encontrados en El Perdomo, bien al sur de Bogotá. Cuando leyeron los nombres de los jóvenes, el presentimiento de doña Aurora se había hecho realidad, habían matado a su hijo y a su sobrino. Mientras me contaba en susurros yo hacía un esfuerzo mayúsculo por poder escucharla; luego, ella se levantó abatida, corrió la silla y dejó de susurrar mientras decía que eso no podía ser real.

¿De cuándo acá hay enfrentamientos con guerrilla en las ciudades? ¿Y más, en ciudades como Bogotá?

Cuando fueron a recoger el cuerpo, ella no era capaz de ir, me dijo que si hubiera ido probablemente se hubiera enloquecido. Su cuñado y su esposo, fueron a Medicina Legal a identificar el cuerpo de su hijo, quien era, supuestamente, un guerrillero. Lo más impactante vendría después. Fueron 59 impactos de fusil que recibieron los primos. Tales impactos los habrían dejado desfigurados, masacrados hasta más no poder. Se ensañaron con sus cuerpos “como si hubieran cometido el más grande pecado”. Los desfiguraron y como eran supuestos guerrilleros llegaron a Medicina Legal como N.N. Por esta razón, les sacaron los órganos para donación. Doña Aurora recordó con gran tristeza el que le hubieran sacado los ojos a Camilo. Se quedó callada y, tratando de apaciguar sus lágrimas, me miró a los ojos y me preguntó sobre los ojos de su hijo. Y como si en mí pudiera encontrar una respuesta, me aseguró que si en algún momento pudiera dar con la persona que los tuviera y si ella llegara a mirarla a los ojos, en los ojos de esa persona encontraría la verdad. Yo no supe qué hacer, qué decir o cómo mirarla. Nunca me había encontrado con la pregunta sobre “la verdad” y la importancia de la misma de una manera tan estremecedora.

Cómo me hubiera gustado decirle que la justicia iba a llegar, pero habían pasado once años de ires y venires en el caso y ambas sabíamos que la justicia no era la más cercana a la verdad; entonces, doña Aurora buscaba la verdad a través de aquellos espacios y lugares de comunicación con la presencia de su hijo, a través de la añoranza de sus ojos, los que le habían arrebatado al cuerpo. Yo no podía ayudarla en su aflicción, aunque luego entendí que ella no estaba sola. Doña Aurora me hablaba sobre el modo en que Camilo aparecía al borde de su cama y le acariciaba la cabeza. Le hablaba y la tocaba, como si nunca se hubiera ido. No era una aparición precisamente aterradora. Para Aurora era una oportunidad de verlo de nuevo, una oportunidad para recordarlo como siempre había sido, atractivo y alegre, como ella lo describe; lo recordaba sin el rastro de las balas, lo recordaba con la ropa que a ella más le gustaba que él se pusiera, una camisa azul y un jean oscuro. Aurora me contaba que su hijo le hablaba y le decía que le preguntara al Alcalde sobre lo que había pasado esa noche, que

él sabía cosas. Posteriormente Aurora hizo caso a lo que su hijo le dijo y no encontró respuestas. El Alcalde se había ido, no sabe a dónde, algunas semanas atrás.

El relato de doña Aurora empezó a darme pistas sobre lo que pasaba con la experiencia de vivir con la ausencia de sus hijos desaparecidos. A pesar de la certidumbre que las mujeres tienen sobre la muerte, ellos seguían ahí, poniendo a la muerte en jaque, dándoles y dejándoles pistas desde otro lugar que ellas no conocen, pero desde el cual ellas y ellos se pueden comunicar con ellas.

Podríamos pensar que todo este proceso que tienen las madres y los familiares de las víctimas nos permitirán de hablar de un cuerpo nuevo, atravesado por experiencias de muerte, dolor y agencia política. Estos nuevos cuerpos son los cuerpos de mujeres que siguen luchando, ¿por qué no, por y con los cuerpos de sus hijos de alguna manera encarnados en los de ellas cuando estos se sienten como presencias en los cuerpos de ellas.

Interesante pensar estos relatos en términos del devenir, propuesto por Gilles Deleuze y Félix Guattari (1998), en el libro *Mil Mesetas*. La propuesta de estos dos autores alude a pensar una especie de continuidad. El devenir es un proceso que ya está en construcción que conlleva a repensar los cuerpos. A pesar de que la propuesta mencionada de estos dos autores está relacionada con el devenir humano-animal, sería interesante pensar ese devenir en términos de ausencia y presencia. La ausencia/presencia como creadora y captadora de la vida. Como dicen los autores, no hay orden específico para el devenir (p. 259) como tampoco lo hay para vivir la desaparición. Los hijos aparecen y desaparecen en lugares y en momento altamente significativos. El devenir no hace que la ausencia y la presencia sean la aparición de un hijo vivo y la desaparición de un hijo muerto, “el devenir no produce otra cosa que sí mismo” (Deleuze & Guattari, 1998, p. 244). Entonces, la ausencia y la presencia no son contradictorias, ambiguas o contrarias, como se creó, más bien, ambas existen en el devenir.

En este sentido, podríamos pensar al desaparecido en términos de continuidad, en términos de devenir; su ser tiene comienzo, pero no tiene final y ni con el cuerpo que se encuentra se acaba la búsqueda ni se extermina su presencia, su vitalidad. La ausencia y la presencia no

son una contradicción de la desaparición forzada, la ausencia y la presencia se viven como una sola. Los cuerpos de los hijos y los de sus familiares están en constante relación, en constante comunicación, en constante lucha; son cuerpos presentes en una realidad de concomitancia que se expresa en los caminos sinuosos de búsqueda de la verdad. Ese cuerpo, que no es ni inmaterial ni fantasmagórico, se reencarna en sus familiares y se reconstruye mirando a los demás, marchando, llevando las fotos de sus familiares. Dejan la muerte en el limbo, están más vivos que muertos y aunque nos los veamos todos los días, sus familiares los recuerdan en todo momento. Cuando los recuerdan en sus pieles, en sus úteros.

La experiencia de la ausencia es un *continuum* de comunicación, dado en tiempos y en lugares concretos, cuando y donde las personas que sobreviven a los desaparecidos elaboran y siguen construyendo la memoria de la presencia de sus familiares desaparecidos. El color de sus ojos, los pequeños lunares que les adornaban la piel, los gestos, hasta las enfermedades, las particularidades corporales y del carácter de las personas se vuelven referencias constantes de esa presencia; particularidades con las que ellas ven a sus hijos en sus sueños y en sus pesadillas, y con las que ellos les hablan de lo qué pasó o de que todo está bien, les dicen que se cuiden, les dan las gracias por las luchas que llevan y por nunca parar.

Como dicen muchas de las personas con familiares desaparecidos, ellos solo desaparecerán cuando los olvidemos. Esto no quiere decir que las entidades Estatales evadan responsabilidad frente a lo que ocurre. De hecho, el Estado debe estar presente y brindar más herramientas que permitan una búsqueda de la verdad más transparente. Considero que el primer paso es que el Estado reconozca su responsabilidad frente a los casos de las desapariciones selectivas. Igualmente, pensar la ausencia en términos de devenir nos puede hacer pensar en términos relativos la vida, la muerte y el cuerpo.

4. Conclusiones. La experiencia sensible y política de ser víctima de crímenes Estado

Este apartado de cierre pretende aglutinar y reflexionar de manera más sistemática sobre los diferentes ítems y temáticas abordadas a lo largo de esta tesis y que surgieron a partir de la realización del trabajo del campo. Ciertamente, el cuerpo, la aflicción, la muerte; las ausencias que se hacen presentes, las narrativas y la agencia política de las mujeres y de los hombres participantes de los colectivos con los que trabajé son las categorías que fueron emergiendo a lo largo de esta experiencia y que me permitieron entrelazar las intuiciones que se fueron desarrollando en el trabajo de campo y que hicieron posible elaborar una discusión alrededor de lo que implican las tensiones en torno a la memoria individual y la memoria colectiva y en torno al significado de ser una víctima de crimen de Estado en Colombia.

¿Cómo viven aquellas personas después que enfrentan la desaparición y/o ejecución de sus familiares? ¿Qué procesos de transformación de la experiencia y de la cotidianidad emergen a raíz de este acto violento? Se trata de preguntas que pueden tener una respuesta en cuanto se conozca la experiencia vivida de las personas. En ese sentido, la antropología de la experiencia permite entender que la vida, la experiencia vital, se compone de “elementos” transitorios y cambiantes que permiten conocer cómo el sujeto se vive a sí mismo, cómo desde el sujeto se vive la experiencia (Turner, citado por Díaz Cruz, 1997, p. 3).

Así, la experiencia nos permite comprender a las sociedades más allá de una disposición política impuesta, establecida y lógicamente retomada por los sujetos; en vez de esto, la búsqueda que se posibilita es la de entender, a partir del “fluir mismo de la vida”, que los procesos sociales constitutivos, “desgarradores a veces, no carentes de horror y desazón, son esencialmente transicionales: aspiran a alterar, modificar nuestras formas de existencia” (Turner, citado por Díaz Cruz, 1997, p. 4.). La experiencia es organizada por medio del lenguaje y a través de este se hace evidente un campo de elementos históricos y culturales que la atraviesan. Con ello, como punto de llegada, podríamos pensar en el lenguaje de las telas y de las galerías de la memoria como un ejemplo material de la elaboración colectiva de una experiencia de la

violencia, en *El Costurero de la Memoria* y *el Movice*. Para Díaz Cruz, la expresión de la experiencia es siempre singular pero construida a partir de lo común. ¿A qué se refiere el autor con lo común? ¿Podríamos pensar estos grupos como el espacio de lo común, en tanto espacio no dado, sino que deviene y con ello configura la posibilidad singular a la vez que necesariamente colectiva de la experiencia?

La experiencia de las mujeres, la experiencia compartida en estos grupos, parte de la historia personal, subjetiva, singular, hecha pública por medio de las narrativas externas que responden a la exigencia de los colectivos políticos en una constante tensión entre lo privado y lo público; entre tanto, también se hacen expresas narrativas más profundas, surgidas en los espacios de la intimidad, donde el relato de la experiencia se hace más denso de significados y de sentidos materializados corporalmente, incluso para aquellos que participan de esa escucha y a quienes les es más asequible la profundidad de esa experiencia: vivencias habladas, cocidas en telas, expuestas en galerías, materializaciones de la presencia de una ausencia. Estas experiencias están siempre dispuestas a ser reinterpretadas, además de estar abiertas para el futuro. Como afirma Díaz (1997), las experiencias se alteran, se transforman y se reestructuran de diversas maneras, leves o fuertes (p. 11). La experiencia situada en el cuerpo se mueve, se transforma, se expresa y se encarna, convirtiendo al cuerpo en el lugar de ser, estar, sentir y transformar la experiencia violenta.

El cuerpo es entendido, estudiado y representado como una forma de situarse en el mundo, como “un agente experimentado”, según diría Csordas (1994, p 1-3); así que la fenomenología se preocupa “por ir más allá del sentido o del círculo hermenéutico del lenguaje y de la textualidad, para tratar de alcanzar la base experiencial de la enfermedad es vista como:

“[...] una experiencia humana intersubjetiva, una vivencia corporal y existencial [...] un cuerpo pensante que desafía la separación cartesiana mente-cuerpo, un acontecimiento que actualiza una memoria cultural incorporada o una encarnación de los procesos de hegemonía-subalternidad de la realidad social más amplia” (Martínez, 2008, p. 115).

En este sentido, la fenomenología posiciona al cuerpo y a la experiencia como las primeras formas de ser y estar en la sociedad. Como lo menciona Csordas, el “*embodiment*” supone que la experiencia incorporada es el punto de partida para analizar la partición humana en el mundo cultural (Martínez, 2008, p. 120, citando a Csordas, 1993, p. 135).

Ello es importante en cuanto me permite pensar la experiencia incorporada de la violencia expresada en términos de dolor y de sufrimiento. Un cuerpo sufriente, un cuerpo con dolor, ocupa un lugar particular en el ser-estar en el mundo. Las formas de expresión del mismo son el reflejo mismo de la vivencia diaria, expresando el lenguaje de su mundo. Una forma de expresar ese dolor y el lenguaje del mismo puede ser por la metaforización. Las metáforas permiten nombrar lo que en términos estrictos y objetivos no sería de fácil expresión. Esto no significa que el dolor anule el lenguaje diario, significa que el dolor encuentra otras maneras de expresión.

Dentro de los trabajos realizados sobre formas en las cuales la vivencia del dolor se manifiesta, las metáforas sobre los nervios permiten entender cómo el cuerpo y la experiencia violenta se hacen manifiestas. La sintomatología nerviosa al parecer solo se expresa desde la parte biológica; sin embargo, con los conceptos y referencias dadas respecto a la corporalización (*embodiment*), permiten entender esta sintomatología como la corporalización de un malestar social.

Setha M. Low (1994) propone cómo la experiencia vívida, en este caso de los nervios, genera un vocabulario cultural de signos y síntomas. El análisis realizado por la autora se enfoca en las formas de expresión y sus significados. Sus trabajos, realizados en Guatemala y en Costa Rica, permitieron mostrar que *los nervios* generaban alteraciones en los cuerpos tales como temblores, calores, la sensación de sentirse fuera de sí mismo, entre otros. Para la autora, los nervios son una experiencia en la cual el cuerpo está “fuera de control”, “como si el cuerpo no fuera de ellos” (p. 149).

Estos síntomas, en donde el cuerpo se “desmaterializa” o se “desprende” de uno mismo, hacen de los nervios una experiencia física dada en respuesta de un “malestar social”. *Los nervios* son

un síntoma culturalmente interpretado. Las metáforas de expresión de los síntomas “corporalizados” permiten un entendimiento de la cultura local. Low muestra cómo los síntomas comprenden una serie de diferentes sensaciones tales como el miedo, los temblores, el llanto, la taquicardia, el insomnio, los calores-fríos y demás (p. 141).

Por otro lado, en la zona urbana de Costa Rica, *los nervios* han sido interpretados como una metáfora corporalizada en relación con el sistema social, presentando por una forma de expresión del cuerpo “discontinua” (Low, 1994, p. 148). Los nervios son la expresión de perderse a sí mismo. En un sentido similar, en El Salvador, un estudio sobre los nervios muestra cómo la población indígena de este lugar manifiesta los nervios como “la situación” corporal que al parecer es respuesta a condiciones de violencia y de pobreza en ese lugar. En otros estudios, los nervios aparecen como formas de “resistencia” en lugares políticamente conflictivos:

“Nerves signifies the embodiment if generalize adversity and recreates in the internal world of the body the perceived contradictions and disorder of external work” (Flinker, 1989, p. 174).

En Guatemala, el estudio de los nervios también presenta síntomas similares a los descritos en El Salvador y en Costa Rica. Mareos, dolores de cabeza temblores, mal humor. Muchas de las explicaciones dadas por las personas hablan de cómo la rabia es uno de los principales productores de los nervios; por esa razón se considera que los nervios son la angustia incorporada o al menos la forma en la cual el cuerpo responde a los contextos sociales o a situaciones cotidianas de estrés político, económico o social (Low, 1994, p. 150).

Por esto, el *embodiment* no solo permite entender cómo se expresa narrativamente la experiencia corporal, aquella que nunca está completa y que nunca termina de “ser”, sino que, además, permite entender el lugar del cuerpo en la elaboración de las experiencias violentas y angustiosas. El *embodiment* permite hacernos partícipes de la cotidianidad y de las experiencias de los sentidos de vida de las personas, las formas en las cuales conllevan el duelo cuando se saben muertos sus familiares, o el conocer cómo viven la muerte de ellos dentro de un marco

de desprotección estatal. Además, nos permite pensar sobre el papel de la experiencia corporal como el lugar primerizo de la lucha política.

En este caso, en la narrativa profunda que me permitió conocer todas sus historias no se hizo explícita en categoría de nervios u otras semejantes, pero sí permitió una expresión de corporalización en relación con la presencia y persistencia de sus familiares desaparecidos en esas formas en las cuales sus cuerpos pueden sentir el peso de la lucha política, que genera otro tipo de aflicción, el dolor de la pérdida de sus hijos y el sufrimiento singular y, a la vez, colectivo que comparten al ser víctimas de crímenes que no acaban y que las re-victimizan constantemente.

En la etnografía titulada *Do Kamo: La persona y el mito en el mundo Melanesio* del antropólogo francés Maurice Leenhardt (1947), la existencia cotidiana está estrechamente ligada a lo que desde la colonización se obligaría a llamar a los melanesios como “cuerpo”, que vive estrechamente ligado con su entorno. Un “cuerpo” en el cual las emociones se sitúan en los lugares en donde el mito de origen fue fundado: el vientre, como primera apertura a los órganos humanos y a su vez a la vida, y el corazón, el cual está obligatoriamente ligado a la emoción. Según Leenhardt (1947) el lugar de recepción y de vida de los melanesios se entiende a través de tres ejes: el empírico, el estético y el mítico (p. 36). La etnografía de Leenhardt permite entender cómo se vive lo que después de la llegada de la Colonia se denomina como “cuerpo-vitalidad”, pero que no es una categoría pre-existente, o una forma de vivir en sociedad para los melanesios, esto por medio del mito es fundamental para entender sus formas de expresión y de relación con el entorno. Según Leenhardt,

“[...] el melanesio [...] nos ofrece algo mejor que narraciones maravillosas; nos permite penetrar, al lado de él, en el seno mismo de una realidad donde las formas míticas de su vida se manifiestan a simple vista, donde las expresiones de su lenguaje tienen una sonoridad mítica, a través de la cual el mito aparece verdaderamente como una realidad vívida (Leenhardt, 1947, p. 42).

La forma de experimentar el mundo del melanesio, sin lugar a duda, muestra la importancia de entender la relación experimentada entre las comunidades y su entorno. “El hombre se proyecta en el mundo y una visión antropomórfica de éste lo ayuda a reencontrarse en sus detalles, a referirlos a sí mismo y a nombrarlos” (Leenhardt 1947, p. 42). Para el caso, la importancia radica en entender la vivencia de la muerte en términos como se hace explícita su significación, es decir, lo que pareciera en principio es que la muerte está en suspenso y hace presencia en tanto que lo los muertos no acaban de irse, de modo que la experiencia de la muerte no acaba sino que es un proceso lento y extenso de desafectación.

Tanto en la experiencia mítica en el mundo melanesio como en la experiencia más cercana de la violencia en Colombia, los difuntos y los vivientes comparten los mismos espacios vitales; los difuntos no están muertos, están de una manera menos activa si se quiere, difunto traduce desafectado, de modo que morir es un proceso progresivo de desafectación, pero aun hacen parte de la vida cotidiana de los familiares en el sentido de la vida social más extensa. A partir de las experiencias de desaparición y difamación se generan nuevas relaciones con los muertos producto de la violencia. Las nuevas relaciones están mediadas por la aparición y presencia material de ellos en la cotidianidad de los familiares. Los hijos desaparecidos hacen presencia en los sueños, en los sonidos que no tienen explicación, en la ropa, en las casas y están en la vida, en las contingencias de la vida cotidiana, como si no se hubieran ido aún, como si aún no hubieran terminado de irse.

El ser víctima de crimen de Estado se presentó como un debate álgido en ambos grupos que tuve la oportunidad de acompañar; más aún cuando estábamos en mediaciones de un proceso de paz que en un principio no reconocía a este tipo de víctimas, el Estado niega muertos que se resisten a desaparecer, pues a lo largo del proceso, se siguieron generando agresiones contra personas que hacían parte del Movice, tales como grupos sindicales y organizaciones indígenas, así, hablar del ser víctima de crimen de Estado implica una problemática que no aún no está resuelta y que implica una lucha constante por el reconocimiento de sus esfuerzos tanto colectivos como individuales.

Decir que la pérdida de un hijo es difícil es caer en la obviedad. Nadie pone en duda lo difícil que es perder un familiar y más cuando es una muerte que necesita la búsqueda de la verdad y de la justicia para poder estar en relativa paz, con uno mismo y con la persona que “no está”. Perder un hijo a manos del Estado termina siendo un problema en diferentes niveles y diferentes perspectivas pues ellas están amenazadas, los procesos para exigir justicia son más lentos y difíciles y por supuesto hay una ruptura familiar.

El conocer que sus hijos fueron asesinados de manera tan vil les genera una frustración que es muy difícil poder describir, las lágrimas que brotan de sus rostros cuando recuerdan con cada detalle lo que les hicieron a sus hijos y la búsqueda por la verdad para que historias como las suyas no se repitan. Saber que a los hijos y a otros familiares se les disfraza y masacra para poder subir estadísticas de exterminio en el conflicto armado genera todo un entramado de actos que hagan verídico una “representación” falsa de un combate con guerrilleros son construcciones de cuerpos falsos que implican una serie de modificaciones corporales: poner ropa de militar, pólvora en las manos, drogas y armas, entre otras; y de las actividades de las personas asesinadas: poner un alias y rangos dentro de bandas criminales, adecuar apartamentos con explosivos para justificar un allanamiento o una captura.

Dentro de las reuniones en ambos espacios siempre existía el debate frente al papel del Estado y el reconocimiento de los crímenes cometidos por ellos a líderes sociales, a partidos de izquierda, como lo son la Unión Patriótica; líderes estudiantiles y víctimas que reclaman a sus familiares. Las experiencias de las víctimas cuando sus hijos son tildados de guerrilleros, las rupturas familiares alrededor de la imposición de un alias y los problemas frente a la justicia cuando hay representaciones que buscan justificar la muerte de otros por medio de una representación del asesinato de un guerrillero. Cómo se maneja y debate la memoria en dos espacios que se centran en hacer memoria para los participantes y para los que no conocen.

La oportunidad de ir al Movice y El Costurero me ha dado la posibilidad de entender que el papel de estas organizaciones es fundamental para buscar verdad frente a casos específicos de víctimas, es decir, la colectividad se hace más visible frente a los ojos de los civiles y en

menor medida del Estado. Es bien sabido que ser víctima en Colombia es vivir buscando verdad, reparación y atención por parte del Estado como ente garante de derechos de los civiles. Si las víctimas de la guerrilla o los paramilitares son reconocidas mucho antes de la Ley de víctimas y restitución de tierras, pero es en esta ley donde las ratifica “legalmente” ¿Qué pasa con las víctimas que son afectadas directamente por el Estado?

Si bien, el dolor permite a las personas un lugar de posicionamiento frente a la sociedad y frente a las posiciones que toma el Estado, también permite que algunos entes Estatales usen el dolor de las sobrevivientes para la generación de estrategias políticas, como la creación de leyes que involucren un apoyo psicosocial o reparación simbólica para el manejo del sufrimiento, por ejemplo. De esta manera, el Estado empieza a tomar un lugar ambiguo, al igual que el dolor, pues es perpetrador, pero a su vez trata de ser curandero ¿Qué nos puede decir esta contradicción? ¿Cómo actúan las sobrevivientes cuando algunos entes del Estado son victimarios y quieren reparar? ¿Cómo pueden demandar las sobrevivientes protección ante el Estado cuando éste mismo ha generado los crímenes? ¿Qué tipo de vivencias tienen las víctimas cuando el Estado “garante de protección” las amenaza? ¿Cuáles son las experiencias después de las pérdidas personales? ¿Cómo pueden expresarlas? ¿Cómo son vividas?

Un ejemplo muy concreto es lo que pasó con la propuesta reciente de Constanza Salcedo, una reconocida artista colombiana, de tejer una tela con los nombres de todas las víctimas del conflicto armado colombiano como una muestra de respeto y protagonismo a las víctimas después de que el no ganara en el plebiscito frente a los Acuerdos de Paz en la Habana. La convocatoria inició en la Universidad Nacional; el objetivo era que con ceniza se pusieran los nombres de las víctimas, dados por una lista del Centro Nacional de Memoria Histórica. Cuando se convocaron las organizaciones y personas para que fueran a tejer los nombres, el Movice se presentó en la Universidad Nacional. Cuando tuvieron la oportunidad de hablar con Constanza y una de sus asistentes, se llevaron una gran sorpresa, no solo porque recibieron lo que ellas consideraron como un mal trato, sino también porque entre los nombres de las personas que iban a ser tenidos en cuenta en el tejido no estaban los de sus familiares por no estar incluidos en la lista que hace la Unidad de Víctimas. Mientras doña Gloria me contaba, Juan Luis intentaba calmarla pues, según Juan Luis, doña Gloria lloró del

mal genio que le produjo tal disgusto con la artista y su asistente. Ni Constanza ni su asistente le permitieron al Movimiento tejer. Más allá de las circunstancias de agravio del encuentro, me parece sintomático que las víctimas del Movice no estén en lista de Unidad de Víctimas y puedo asegurar que no es precisamente porque no se hagan partícipes de cada encuentro que ofrece el Estado, sino que es porque el Estado no reconoce sus crímenes, como tampoco reconoce sus víctimas. Los casos de asesinatos políticos, masacres, falsos positivos y desapariciones forzadas son tratados como actos individuales de agentes que trabajaban para el Estado o en representación de este, por tal razón estos crímenes no se tratan como una serie de entramados y persecuciones políticas que van más allá de un funcionario en particular.

El Movice, como El Costurero, siguen en la lucha de hacerse presentes, las telas o las galerías son una de tantas formas, el ir a las reuniones donde se discute lo que pasa en términos institucionales u organizativos, todo con el fin de ser reconocidos por el Estado y por la sociedad. El ser víctima de un crimen de Estado es luchar contra un *monstruo terco* y poderoso que hace todo lo posible para que los casos de los “terroristas” sean lo más confusos posibles; amedrantan a quienes luchan por saber la verdad y los amenazan para que se queden callados y olviden a sus familiares y su paradero.

Haber tenido la oportunidad de trabajar y conocer ambos espacios me ha permitido encontrar las formas en que la presencia de los ausentes resiste de la mano de sus familiares que persisten en hacer memoria y en la búsqueda de la verdad. Sin embargo, también me aproximé a las tensiones en las formas de organización de los mismos, que se articulan problemáticamente con las formas de tensión que surge en las relaciones con las instituciones estatales. De esa aproximación, más que una respuesta, surgen más preguntas: ¿de qué manera se puede hacer memoria desde lo colectivo sin que lo singular se desvanezca?, ¿de qué manera se puede trabajar en la solución de las tensiones que surgen entre lo singular y lo común?

La memoria colectiva, como la piensa Halbwachs, es la afirmación de las cosas independiente de los individuos, es decir, una reafirmación de lo individual dentro de lo colectivo; lo

colectivo ligado a marcos sociales de interpretación “que dan sentido a las rememoraciones individuales” (Halbwachs, citado por Jelin, 2002, p. 21). En términos de Jimeno (2007),

“[...] la recuperación de las memorias se convierte en un terreno de disputa cultural sobre el lugar y el sentido del pasado y es arena de ardua lucha política pues establece responsabilidades e interpela el sistema institucional de justicia. Jelin dice que recuperar la memoria, el hablar de lo ocurrido, ‘raras veces puede hacerse desde fuera’, pues incorpora al investigador con sus propias creencias, emociones y opciones políticas” (p. 7).

Pensar en lo que implica hablar desde un caso particular, el de una narrativa profunda e íntima, es también pensar en cómo estas historias se vuelven a narrar para poder ser parte de un marco de interpretación general y cómo estos marcos generales logran ser parte del objetivo de un colectivo, en este caso, como el Costurero o el Movice. La memoria se convierte en un asunto de discusión entre aquellas personas que quieren que sus casos sean resueltos y conocidos, aunque la reiteración narrativa de “sus casos” se convierta a la larga en una carga agobiante cuando la eficacia de dicha reiteración no logra su cometido de justicia. De otra parte, la memoria colectiva en ocasiones riñe con la objetivación, enunciación y protagonismo de los casos en particular, pero la mayoría de veces la gente quiere que sean los casos en particular los que sean conocidos.

A través del proceso de campo lo que encuentro en común a todas las experiencias es que lo único que podría lograr generar en las familias algún tipo de tranquilidad es la verdad. Con todas las personas que tuve la posibilidad de conocer y contactarme, lo único que pedían era que les dijeran qué había pasado, quién había matado a sus hijos y por qué lo habían hecho. Me decían que cuando supieran todas esas cosas algo de ell@s podría descansar, al menos por un tiempo, pero mientras sus casos sigan sin ser resueltos seguirán luchando por hacer lo que la justicia no hace por ellas, buscar responsables y alcanzar las verdades necesarias.

En este trabajo recojo lo que considero lo más íntimo de sus vivencias, sus experiencias, sus dolores pero también sus luchas para hacerse escuchar ante los victimarios que no se pronuncian

y que pareciera no tuvieran culpa alguna frente los crímenes que cometieron con el amparo estatal; pero más allá de ser una queja evidente ante la justicia que va lenta como las tortugas que se tejen en el Costurero; es también un reconocimiento para la lucha incansable de todas esas familias que a pesar de las dificultades, lograron atravesar una experiencia de violencia y sufrimiento para transformarla en la bandera de sus luchas políticas.

Igualmente es necesario hacer un cierre a las preguntas que estuvieron presentes a lo largo de este escrito. En primer lugar entender por qué pareciera que existe una normalización del concepto de crímenes de Estado como una categoría que permite, normaliza y ejecuta crímenes y actos de desprestigio contra personas que no están de acuerdo y muestran otro tipo de opiniones frente a las normativas estatales. Los crímenes de Estado se convierten en el reflejo de un Estado que genera y materializa lo que podríamos denominar como torturas de término indefinido, es un Estado que a pesar de estar obligado a cumplir y a respetar los derechos de los sujetos, al mismo tiempo los asesina, desaparece y los calumnia, así, el Estado posterga dolores y al mismo tiempo intenta generar reparaciones que no son ni serán completas hasta que él mismo se haga responsable y se reconozca como victimario. También nos hace reflexionar sobre la normalización de este tipo de crímenes, la normalidad y estabilidad que le damos a pensar que es “normal” matar a un guerrillero o lo que sea parecido a este. Es una lucha que las víctimas también tienen que liderar, para que en este campo de lo permitido se recuerden a sus hijos, no como los delincuentes que se decían que eran para justificar sus muertes, si no como los hijos que se llevaron injustamente y que fueron difamados.

Entender cómo son las relaciones de las participantes del Costurero, más allá del espacio, es decir, conocer de ellas en diversos espacios en donde ellas sean resaltadas más allá de su posición como víctimas; también permite entender cómo se vive más allá de estos espacios, qué tipos de dificultades surgen, no solo por una condición económica que no es favorecedora, sino también por ser víctimas de crímenes de Estado. Estar con ellas fuera de los espacios del Costurero o el Movice es una deuda pendiente. Estar con ellas en esos otros espacios me hubiera permitido conocer cómo se constituye el ser víctima, cómo se constituyen ellas en los espacios judiciales y sociales que tienen que transitar para poder hacer justicia desde su verdad. Y es que son las mujeres las que tienen que tomar los casos de sus hijos y empezar a tejer los hilos de

sus historias, sus desapariciones y sus muertes. Tratan de entender desde las herramientas que tienen y las que aprenden a usar, cómo hacer una tutela, recoger documentación; en los espacios donde se habla de sus hijos y la lentitud de sus casos son ellas quienes llevan la batuta y cuentan, en algunos casos, con extremo detalle los procedimientos judiciales que aún están en proceso de llevarse a cabo.

Son víctimas que aprenden, sufren, pero sobre todo lideran y alzan su voz para convertirse en sujetos políticos que, de nuevo, representan un problema para el Estado. Representan un problema porque alzan la voz, hacen preguntas y no se quedarán calladas hasta encontrar la verdad. El Estado las re victimiza, las hace huir de sus hogares, las hace callar, las amedrenta y sobre todo las tortura continuamente. No les permite la verdad, tampoco les da garantías para seguir luchando y por si fuera poco, es al único lugar donde pueden acudir para poder encontrar la verdad.

Cuando el Estado presenta esta ambigüedad, podemos pensar en la eficacia de las herramientas de que este ofrece para reparar a las víctimas y en la efectividad de los grupos como el Costurero y el Movice, claramente, el Costurero desde su posición de agentes políticas que piden justicia a través del tejido y el Movice más desde un movimiento político. Más allá de los espacios prestados y la unión de personas con casos similares, qué pueden ofrecer estos grupos, cuando lo único que quieren las personas es la verdad; que en el caso de los crímenes de Estado es mucho más compleja de revelar, principalmente porque el Estado no admite sus crímenes. ¿Podríamos pensar entonces que los grupos en vez de ayudar revictimizan?, ¿cuál es la eficacia de los grupos?, ¿cómo repensarlos para que sean más escuchados a nivel nacional y a su vez más efectivos para reparar de forma más completa? Si tenemos en cuenta los espacios como el Costurero y el Movice vale la pena preguntarnos por lo que permite y no permite el financiamiento. ¿Qué cosas se pueden lograr?, ¿qué tantas personas se pueden unir a los grupos?, ¿qué tanto van a durar? Y, por más cruda que parezca la pregunta, ¿para qué sirven?, ¿cuál es su propósito? Pensar en el posconflicto también implica tener en cuenta esta serie de preguntas para que los grupos que surjan cumplan un papel que permita a las víctimas contar la verdad, pero, sobre todo, permitir que los grupos tengan peso político para que los testimonios que sean contados sean reparados con la verdad y la justicia.

Mi indagación también me permitió entender cómo las madres se conectan con sus hijos en maneras que a veces irrumpen con nuestras formas de pensar lo que implica “estar vivo”, “estar muerto” o no saber dónde se está. No hubiera podido lograr comprender cómo sus vivencias cotidianas con sus hijas e hijos asesinados o desaparecidos se viven de manera tan intensa de no haber comprendido lo que implica involucrarse en el campo y explorar narrativas profundas. Evidentemente todo eso se logró gracias a que muchas familias abrieron sus corazones y sus vivencias para que yo pudiera conocerlas y tratar entenderlas.

El saber cuál fue el destino de sus hijos o la indagación por el mismo es una situación que pone en primer plano a los cuerpos de estas madres, no solamente es una respuesta fisiológica al miedo o al dolor, también es un sentimiento estructural que ha acompañado a hombres y mujeres a lo largo de la historia; sus cuerpos son territorios donde los miedos más grandes se hacen físicos, palpables.

No me queda más que estar agradecida con todas las personas y espacios con los que pude trabajar en estas experiencias que muchas veces me pusieron los pelos de punta, pero que también me hicieron comprender el dolor de una pérdida y la valentía de continuar con la lucha sin importar las adversidades.

5. Referencias bibliográficas

- Agencia Surimágenes (2008) La marcha del 6 de marzo y el IV Encuentro Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado en Bogotá <http://www.surimagenes.com/reportajes/080306marcYasamVIC.htm>
- Agosín, Marjorie (1985) Agujas que hablan: las arpilleristas chilenas. *Revista Iberoamericana*, dic., p. 523-529. Disponible en: <https://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/view/4066/4234>
- Ahumada, M. (2007). *El enemigo interno en Colombia*. Quito: Ediciones Abya – Yala. Recuperado a partir de http://digitalrepository.unm.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1490&context=abya_yala
- Alvarado, Mauricio (2016) “La historia del tejido que envolvió el Palacio de Justicia”. Portal web de *El Espectador*. Recuperado a partir de <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/historia-del-tejido-envolvio-el-palacio-de-justicia-articulo-668883>
- Aranguren Romero, Juan Pablo (2010) “De un dolor a un saber: cuerpo, sufrimiento y memoria en los límites de la escritura”. *Papeles del CEIC*, No. 63, pp. 1-27. Recuperado a partir de <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/63.pdf>
- Arenas Grisales, S. P. (2012) “Memorias que perviven en el silencio”. *Universitas Humanística*, No. 74, pp. 173-193. Recuperado a partir de <http://www.scielo.org.co/pdf/unih/n74/n74a09.pdf>
- Begout, Bruce (2009) “La potencia discreta de lo cotidiano”. *Persona y Sociedad* (Universidad Alberto Hurtado), Vol. XXIII / N° 1 / 2009 / 9-20. Recuperado a partir de <http://personaysociedad.cl/ojs/index.php/pys/article/viewFile/198/148>
- Bernal, Luz (2016) Por Jhon Jairo Porras, ¡nunca más! Portal en línea CNMH. Recuperado a partir de <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/noticias/noticias-cmh/por-fair-leonardo-porras-nunca-mas>
- Borja-Orozco, Henry; Barreto, Idaly; Sabucedo, José Manuel & López-López, Wilson (2008) “Construcción del discurso deslegitimador del adversario: gobierno y paramilitarismo

- en Colombia”. *Universitas Psychologica*, Vol. 7, No. 2. Recuperado a partir de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=64770220>
- Calero, M. (1998) “Sobre los oficios femeninos en el refranero español: la mujer y la costura”. *Paremia*, No. 7, pp. 42-52. Recuperado a partir de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3418046>
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2015) Total de desaparecidos en Colombia podría llenar un estadio. Noticias Centro Nacional de Memoria Histórica. Versión digital. Recuperado a partir de <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/noticias/noticias-cmh/total-de-desaparecidos-en-colombia-podria-llenar-un-estadio>
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2016) *Hasta encontrarlos. El drama de la desaparición forzada en Colombia*. Bogotá: CNMH.
- Csordas, T (1994) “Introduction. The body as representation and being –in-the –world”. En: *Embodiment and experience: the existential ground of culture and self*. Cambridge: University Press.
- Díaz Cruz, Rodrigo (1997) “La vivencia en circulación. Una introducción a la antropología de la experiencia”. *Alteridades*, Vol. 7, No. 13, pp. 5-15. Recuperado a partir de <http://www.redalyc.org/pdf/747/74711130002.pdf>
- Dubois, Philippe (1986) *El acto fotográfico. De la representación a la recepción*. Barcelona – Buenos Aires: Ediciones Paidós. Recuperado a partir de <http://lamarcaeditora.com/admin/files/libros/821/DUBOISElactofotograficoMUESTRA.pdf>
- El Espectador* (2009) Distrito cobra más de \$600 millones a 14 familias víctimas del terrorismo. Portal web El Espectador. Recuperado a partir de <http://www.elespectador.com/colombia/articulo151251-distrito-cobra-mas-de-600-millones-14-familias-victimas-del-terrorismo>
- El Tiempo* (2006) ¿Examen fallido de las FARC provocó explosión en edificio? Archivo digital *El tiempo*. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1990812>
- El Tiempo* (2010) “Turbay dicta polémico Estatuto de Seguridad (1978 - 1982)”. Archivo digital periódico *El Tiempo*. Recuperado a partir de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-7934302>

- Henderson, Humberto (2006) La ejecución extrajudicial o el homicidio en las legislaciones de América Latina. *Revista Interamericana de Derechos Humanos*, Vol. 43, pp. 281-298
Recuperado a partir de <http://www.corteidh.or.cr/tablas/R08060-7.pdf>
- Jackson, J. (1994) "Chronic pain and the tension between the body as a subject and object". En: *Embodiment and experience: the existential ground of culture and self*. Cambridge: University press.
- Jelin, Elizabeth (2002) "Los trabajos de la memoria". En: *Colección Los trabajos de la represión*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Jimeno, Myriam (2007) "Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia". *Revista de Antropología y Arqueología Antípoda*, No. 5, pp. 169-190. Recuperado el 10 de febrero a partir de <http://antipoda.uniandes.edu.co/view.php/70/index.php?id=70>
- Kino Rama y Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado (2015). Somos semilla. [Archivo de Video]. Recuperado a partir de <https://www.youtube.com/watch?v=F7LA7YjcEiI&feature=youtu.be>
- Lindón, Alicia (2000) *La vida cotidiana y su espacio temporalidad*. Barcelona: Editorial Anthropos. Recuperado a partir de https://books.google.com.co/books?id=6vFG2KrRnggC&printsec=frontcover&source=gbg_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false
- Low, Sheta (1994) "Embodied metaphors: nerves as lived experience". En: *Embodiment and experience: the existential ground of culture and self*. Cambridge: University Press.
- Martínez, A (1994) "Los oficios femeniles. Tema: Manos que no descansan. *Revista de Historia Crítica* (Universidad de Los Andes). Versión Online. Recuperada a partir de <https://historiacritica.uniandes.edu.co/view.php/127/1.php>
- Martínez, Ángel (2008) *Antropología médica: teorías sobre la cultura el poder y la enfermedad*. Barcelona: Editorial Anthropos.
- Ministerio de Cultura (2012) Hacia una política pública desde la cultura y el arte en el marco de las víctimas del conflicto armado colombiano. Bogotá. Ministerio de Cultura. Recuperado a partir de <http://www.mincultura.gov.co/areas/poblaciones/V%C3%ADctimas%20el%20conflicto%20armado/Documents/Hacia%20una%20pol%C3%ADtica%20p%C3%ABli>

[ca%20desde%20la%20cultura%20y%20el%20arte%20en%20el%20marco%20de%20las%20v%C3%ADctimas.pdf](#)

Montero, Dora (2012) Los falsos positivos según sus protagonistas. *La silla vacía*. Portal web.

Recuperado a partir de <http://lasillavacia.com/historia/los-falsos-positivos-segun-sus-protagonistas-33714>

Moreno, Astrid (2011) Estatuto de Seguridad Nacional: efecto colateral de la pacificación forzada. Caso: Santiago de Cali (1978-1982). Cali: Universidad del Valle. Trabajo de Grado para optar por el título de Licenciada en Historia. Universidad del Valle.

Recuperado a partir de <http://bibliotecadigital.univalle.edu.co/bitstream/10893/4796/1/CB-0441216.pdf>

Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado (2015). Quienes somos. Historia.

Portal web del Movimiento. Recuperado a partir de <http://www.movimientodevictimas.org/?q=content/historia>

Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado (2012) ¿Quiénes somos? Historia.

Recuperado a partir de http://www.movimientodevictimas.org/versionantigua/index.php?option=com_k2&view=item&layout=item&id=2685&Itemid=322

Nocua, Diana. (2015) “Guerra sucia, doctrina contrainsurgente y paramilitarismo en Colombia. Artículo publicado por Agencia de noticias Nueva Colombia”. Artículo en línea. Recuperado a partir de <http://anncol.eu/index.php/colombia/politica-economia/item/1550-guerra-sucia-doctrina-contrainsurgente-y-paramilitarismo-en-colombia>

Ortega, Francisco (2008) “Rehabitar la cotidianidad”. En Ortega, Francisco(ed.). *Veena Das: sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas; Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar. Lecturas CES.

Ospina, William (2013) *Pa´ que se acabe la vaina*. Bogotá: Editorial Planeta.

Puerta Henao, Catalina (2009) Discurso político y violencia en Colombia. O cómo se construye un enemigo 1949-1980. *Estudios de Derecho*, Vol. 65 No. 145, pp. 189-

220. Recuperado a partir de <https://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/red/article/viewFile/849/742>

- Ricoeur, Paul (2004) *La memoria, la historia, el olvido*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Semana. (2013). La historia inédita de los falsos positivos. *Revista Semana*. Portal web. Recuperado a partir de <http://www.semana.com/nacion/articulo/la-historia-inedita-falsos-positivos/349851-3>
- Uribe de Hincapié, María Teresa (1998) “Las soberanías en vilo en un contexto de guerra y paz.”. *Estudios Políticos*, No. 13. Universidad de Antioquia. Recuperado a partir de dialnet-LasSoberaniasEnViloEnUnContextoDeGuerraYPaz-5263684.pdf
- Vega Cantor, Renán y Comisión Histórica de la Verdad (2015) Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia: Injerencia de los Estados Unidos, Contrainsurgencia y terrorismo de Estado por Renán Vega Cantor. Recuperado a partir de https://www.mesadeconversaciones.com.co/sites/default/files/Informe%20Comisi_n%20Hist_rica%20del%20Conflicto%20y%20sus%20V_ctimas.%20La%20Habana,%20Febrero%20de%202015.pd
- Villegas, Astrid (2008) “Un largo camino por las víctimas de la desaparición forzada: hechos del callejón”. Universidad Pontificia Bolivariana. Hechos del Callejón. Serie periodística, versión digital. Recuperado a partir de http://cmap.upb.edu.co/rid=1232507548685_1944665350_4139/DesaparicionForzada.htm